

FRANCISCO UMBRAL

LAS ÁNIMAS
DEL
PURGATORIO



Francisco Umbral

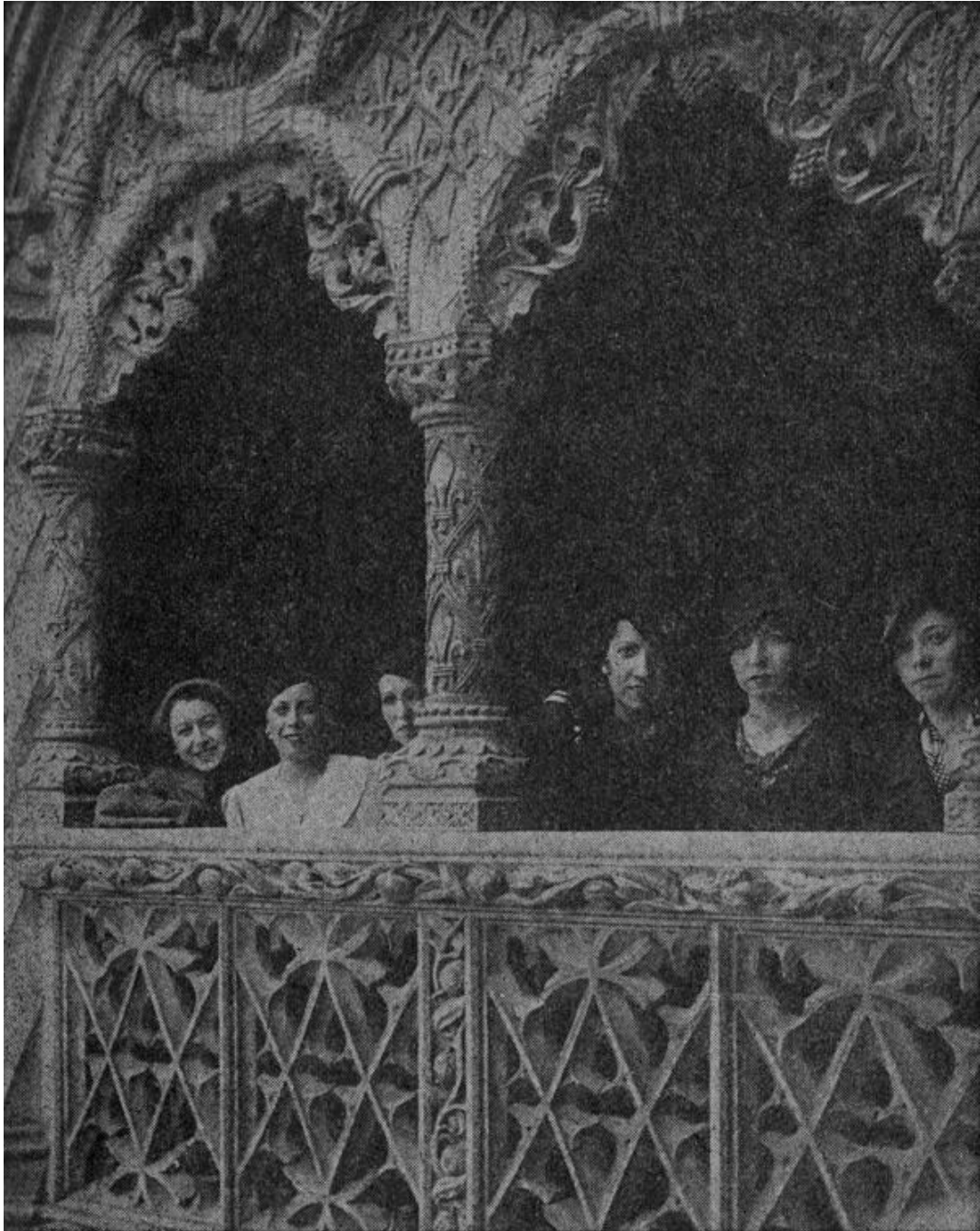
Las ánimas del Purgatorio

Título original: *Las ánimas del Purgatorio*

Francisco Umbral, 1982

«El latín es sagrado, el trigo es sagrado.»

EZRA POUND



LA tía Algadefina, el retrato de la tía Algadefina, la foto oval, ampliada (las pompas y circunstancias de la casa ya no daban, por entonces, se conoce, para un óleo de aficionado local), la tía Algadefina, desvaída por la ampliación fotográfica y por la muerte adolescente, o casi, con la melenita garçon (la cedilla, tan arcaizante en castellano, era como la horquilla francesa y frívola de ese peinado), los ojos un poco atónitos, grandes, exteriores, y la gracia inevitable y no excesiva de la poca edad, el mentón puro, el largo cuello y el descote cuadrado del vestido de cuadros, todo como una última voluntad involuntaria del cubismo no analítico de unos años antes, que empezaba a llegar a nuestro país y nuestra moda, a los estampados de nuestras tías. La tía Algadefina.

Había salido, sin duda, con los cadetes más rubios de la Academia de Caballería, había tenido toda la época posada en su pabela de paja o encaje, como un ramo falso de flores/frutas verdaderas, y se había intercambiado postales de grafismo picudo y pipudo (ellos y ellas escribían igual) por el reverso. Postales épicas y costumbristas de la guerra de África, unos mozos con gloria de dril en Alhucemas, el desastre de Annual, el Barranco del Lobo o una morita de velo y picardía arisca, coloreada en anilinas por sobre el sepia de la foto.

Algo así.

La tía Algadefina, su retrato de muerta (par del retrato del abuelo consumero y místico, en igual orla fotográfica, con igual marco negro y excesivo, como un luto de madera). La tía Algadefina, a la que descubrí de pronto, tras toda una vida viéndola en su sitio, sin verla, a la que descubrí a mis veinte años (tantos que ella había muerto), a mis veinte años tuberculosos, enamorados e interiores.

Fue como un susto desde dentro, como el susto que me daba alguien dentro de mí, encontrarme aquella mañana con el retrato de la tía Algadefina, al entrar errabundo y en pijama en la habitación azul, de un cuadrangular no riguroso, con superpuestos azules de humedad, tiempo y retoque sobre el primer azul natural y profesional de los pintores de paredes. Calendarios de un modernismo azul, juegos de té azules en el aparador y láminas azul/ceregumil, recortadas del *Blanco y Negro* (generalmente gitanas de Romero de Torres y toreros de Zuloaga) y enmarcadas con cristalito. La tía Algadefina, de pronto, me gustaba, me gustaba mucho, era como la hermana muerta antes de nacer uno (cosa que nunca había ocurrido y le daba mayor verosimilitud al asunto), era como otra mamá que mamá (loca en su lejano loquerío) a la que uno podía amar con amor de hombre de veinte años, porque no era mamá y porque estaba muerta. La tía Algadefina había vivido, había yacido su tisis y su fiebre en la alcoba italiana de al lado (puertas de madera crema

y cristal de flores menudas), como en su nicho, ya, de premuerta, y de todos modos se había muerto, porque entonces se moría uno, una, de esas cosas, por más que una legión de rubios cadetes uniformados de domingo le estuviesen escribiendo a una postales de amor sin quitarse los guantes blancos de la gala, estorbados en su caligrafía por el sable dorado y enorme que llevaban al cinto, un poco bajo, y en cuya empuñadura les daba el codo izquierdo.

Pero, de todos modos, no había que quitarse el sable, porque lo mandaban las ordenanzas y porque así se sentía uno un poco capitán de los Tercios de Flandes, señor capitán, personaje de Marquina o de Lope, escribiendo desde tierra extraña a la amada aristocrática y enferma, cuya única aristocracia —ay—, en el caso de mi tía, era la enfermedad misma.

Fue como una cinta caída que se lleva el agua en los domingos de pasear en barca. No fue nada, la tía Algadefina. Seguramente los rubios cadetes tenían la novia de casarse, hija de general o de rico, en su lugar de origen, y la tía Algadefina sólo había sido el amor pasajero (y verdadero: eso sólo lo sabrían ellos siglos más tarde) de la provincia, la Academia, el domingo, la visita del Rey a la ciudad, las tardes primaverales de la Hípica, con un mundanismo de chales y nácares en la penumbra de la tribuna, mientras allá a lo lejos, bajo un sol un poco bárbaro y militar, ocurría lo ininteresante/apasionante, la carrera de caballos.

Haber visto a la tía Algadefina por las entrepuertas de la casa, por las cerraduras, por las contraventanas, haber acechado sus cambios de combinación espliego a combinación genciana, su cuerpo blanquísimo y jovencísimo, de tísica, e incluso haber llegado una noche, tembloroso, voluntariamente sonámbulo, al borde lunar de su lecho de enferma que aún dormía bien, sin fatiga ni fiebre, de muchacha rendida por los paseos en la calle principal, el fragor de la Hípica (como si ella misma hubiese corrido y ganado el primer premio) y el aliento demasiado intenso, cercano, quemante, macho, del cadete más fumador, más rubio y más inminente.

Yo la deseaba ahora con el deseo seminal y lírico de toda una promoción de cadetes que la deseaban dentro de mí.

Fue cuando me dio por registrar cómodas, visitar armarios, asomarme a los hondos baúles y las redondas sombrereras, como pozos pueriles donde se ahoga la mujer de la temporada anterior. Fue cuando me dio, temblorosamente, por saquear la casa —ladrón de mi propio hogar—, buscando rastros, cintas, intimidades, perfumes de la muerta, todo lo que hubiese estado en contacto con su piel blanca y

tísica, pamelas tiradas en el ropero, como nidos de una paja de sueño, donde anidaba el olor de su pelo, donde quizás estuvieran los pájaros de su cabeza a pájaros. La tía Algadefina era la obsesión enfermiza del enfermo.

Forzaba pestillos, saltaba cerraduras, en la soledad de aquellas mañanas con el tiempo como un trajín distante de criadas, en la inmovilidad de aquellas tardes que eran como un mármol cárdeno y llovido. Removía fotos, páginas rasgadas de algún periódico, endurecidas como se endurece el papel de la actualidad cuando pierde actualidad. Olía zapatos de raso blanco, con tacón Luis XV y botoncito de nácar para abrochar, zapatos caídos y olvidados con ese ladeamiento de las barcas blancas que ya no navegan.

Pero nada, realmente, me olía a ella, claro, sino que todo olía igual: a intemporalidad. Ese perfume entre la desmemoria y la podredumbre, ese vinagre olfativo que es el pasado. Nada.

Buscaba entre sus cosas, porque la muerte es trapera de la muerte y reúne siempre, en un montoncito, las cosas del muerto. Así encontré un sujetador, un sostén de la tía Algadefina, una cosa tenue, leve, entre el espliego y la genciana, como todo lo suyo, el poco sustento que necesitaban sus senos sin duda pequeños, casi planos en la foto, sujetador que era más bien velo para la mirada de los pezones que soporte de nada. Ella lo había usado, sencillamente, porque no se podía ir sin sujetador.

El sostén me lo llevé a mi cama de enfermo, lo tuve bajo la almohada, lo oculté a criadas, enfermeras, abuelas, tías, visitas, y fue el contacto antiguo y delicado de mis masturbaciones de enfermo, de hombre de veinte años amortajado en una cama de tísico.

A la tía Algadefina y a mí, que nunca habíamos coincidido en el tiempo, nos unía el timbre genealógico de la familia, la enfermedad, la tisis, y eso, que yo lo había heredado de padres y madres, me gustaba haberlo heredado de ella, casi como una enfermedad venérea de nuestros amores incestuosos que nunca hubo, porque a los veinte años se piensa, sin razonarlo demasiado, que los amores incestuosos son los que engendran enfermedades venéreas, como se piensa que la meretriz que nos contagia una blenorragia es ya sangre de nuestra sangre, nos ha hecho un presente pútrido, milenario y sagrado.

A media mañana, cuando las mujeres de la casa habían salido o andaban a sus cosas, me levantaba yo en pijama, con esa bata de los enfermos, bordada

invisiblemente de bacilos, y pasaba a la habitación azul, con miedo, ahora, de mirar a los ojos del retrato, de la fotografía, no porque ella me mirase, sino por no descubrir que yo no había pasado nunca por aquella mirada. Lo que primero había sido casi un cruce de miradas hombre/mujer, era ya la certidumbre fría y vacía de que aquellos ojos doblemente muertos de cartulina y de muerte no me miraban a mí. Par de la foto, como he dicho, al otro lado del aparador, estaba la foto adusta del abuelo barbado, y esto, no tenido muy en cuenta, era sin embargo como la necesaria presencia patriarcal que rubricaba/amenazaba el incesto.

Por la tarde, a la hora de la siesta, mi excursión iba hacia el hondo ropero, donde los desnudos de las revistas cinematográficas —*La Pantalla*—, las mil mujeres de las viejas revistas que se parecían a la tía Algadefina, con parecido de época, y el adunamiento de ropas femeninas, hacía de las sombras de boudoir de la muerta.

En una ventana que daba a otro ropero menos espeso de pasado, había una eterna botella de aguardiente de guindas, que hacía y renovaba mi abuela, o alguna de las criadas —la Ubalda, la Inocencia, la Eladia, la Manuela, no sé—, y llegaba yo a la locura prohibida de beberme un trago difícil de la boca ancha de la frasca, tosiendo por el alcohol, a punto de hemoptisis, pero obteniendo con los labios, entre el licor, una de las guindas del fondo, que era como la boca de la tía Algadefina que viniese a besarme suavemente en los labios. Porque a la tía Algadefina, por lo oído, le había gustado mucho el aguardiente de guindas de la abuela, que al principio le daban por enrojecer un poco su palidez enferma, hasta que el médico (el doctor Arapiles, mi mismo médico, ahora mucho más viejo) prohibió el tónico, el alcohol, como letal para la tuberculosis de la niña.

Como los besos que ella no había dado nunca, estaban las guindas en el fondo de la frasca, rojas y maceradas, oscuras y suavísimas, vasija intocada desde que se supo su peligro, obsequio inesperado para los porteros, trago agradecido por el señor Juan. Era como la sangre de ella en reliquia, aquel licor, y era también la cicuta que ayudó a matarla. Y eran sus besos, que quizás alguna vez enrojecieran la boca del cadete con sable de oro. Yo me iba a la cama con una guinda en la boca, como los labios de la muerta, y entre unas cosas y otras iba recreando, recomponiendo un fantasma de mujer que me acompañaba y me daba lo más íntimo —su boca, sus pechos—, porque la muerte es exterioridad y ella sólo había muerto exteriormente.

Por la noche, cuando había un búho y una urraca y un cuervo en el alero de enfrente, más arriba de mi mirador (siempre abierto al aire limpio del norte), yo

era el insomne sin fiebre que la esperaba.

La fiebre de la tisis se disipa en la noche, la hoguera de la enfermedad la apaga el agua negra de la noche, y eso hay que disfrutarlo, hay que vivirlo, es cuando el enfermo se sienta en la cama, llegando a ver en la oscuridad, como los gatos, llegando a ser el gato que le maúlla en el pecho, como una bronquitis.

Lo que la tuberculosis tiene de felinidad, es lo que yo disfrutaba en la noche sin fiebre, cuando enero era un ángel de escarcha fijo en el cielo, cuando abril era una primavera previa viniendo por las entretapias y los solares y los jardines, desde el campo lejano/cercano, cuando agosto era un aire parado con bulto de mujer.

Tras la masturbación violenta, rápida, extenuante, o la masturbación demorada, maligna, en la que otro yo nos masturba, quedaba extenso en el lecho, escuchando la noche, con los ojos duros y videntes en las tinieblas exteriores, asustado del derroche, del esfuerzo, del sofoco, empapado en terror, pegamentoso de mi propia vida, que así se me iba, como cuando se me iba en sangre.

Luego venía un sueño como traído por la brisa, y a no sé qué hora caída y libre, como si la gran aguja del reloj de la iglesia se hubiese descolgado de su número, apuntando hacia abajo, averiada, a esa hora loca y pura volvía a despertarme, reposado y fresco, y había en los tejados del barrio una querella de gatos, búhos, urracas, cuervos, un fabulario ruidoso, infernal, que era toda la maldad del universo a que podía asistir el enfermo, el insomne, el que tenía ya en su pecho el curare prematuro del lanzazo que siempre nos da la vida en el costado. Algo así como una crucifixión.

Entonces era cuando la tía Algadefina, que había vivido las mismas noches en una alcoba cercana, separada sólo de mí por el pasillo central y la habitación azul, entonces, digo, era cuando la tía Algadefina podía ser una realidad dormida y tenue, un poco de verdad blanca y tendida. Llegué, alguna vez, como ya creo haber contado, a levantarme en el sonambulismo voluntario del enamorado y del insomne, pisando descalzo las anchas tarimas, las frías baldosas, las dormidas alfombras, como quien pasa de unos países a otros, de unos territorios a otros, con desnuda zancada lentísima, llegué a girar consabidos pomos, lentas llaves, resistentes y frías como amas de llaves, hasta asomarme a la alcoba italiana que había sido su alcoba, y la luna horizontal que nadie ha visto le iluminaba el lecho, poniendo un bulto de luz que la fingía donde no estaba. Llegué, pienso, a pasar una mano por la colcha de hilo, por el dibujo invisible, no sé si para acariciar la

nada o para comprobar que ella no estaba allí y deshacer la alucinación. Luego, de vuelta en mi cama inesperadamente cálida y acogedora, entreveía, apenas sin deseo (masturbación de hacía unas horas), a la muchacha desnuda que había muerto a mi edad, o poco más, a la tía Algadefina, que habría estado, en noches de calor o insomnio, tendida en aquella luz horizontal de luna, desaparecido el seno tenue en la horizontalidad, negro el pezón en la blancura total de lo negro, translúcido el vientre virgen, con la sombra del ombligo como la única alusión a un volumen, y el triángulo negro del pubis, tomillo de muerta, mirto de muchacha, mirto/muerta de un sexo que ningún cadete (de eso estaba yo seguro, no sé por qué) había besado con su boca de vino ni había penetrado con el sable de oro de la Academia.

Los ligeros muslos, resueltos en planos bajo la ropa ceñida por el viento y la moda, las rodillas sacrificiales, las largas piernas, los pies desnudos en actitud de chapín. Cómo la veía, cómo la veo, cómo la imaginaba amor único e imposible de mi vida que iba a terminar pronto, si la tisis seguía ardiendo en mi pecho.

Era la solución desesperada, la mujer que podía llevarme a la muerte, la locura sexual de una vida muy corta, y todas mis gimnasias de lenocinio, de colegio, de camaradería, de hombres solos y confianza y postal desnuda, todo lo ejercía en ella, pero todo en ella, inexistente, se tornaba blanco, puro, fácil como el orgasmo primero de dos bestias o dos ángeles. Luego pensaba, con desesperación, que, aunque yo no muriese, ya nunca iba a encontrar mujer semejante, cuerpo tan claro, amor tan nocturno, e iba dotando a la tía Algadefina, ya entre sueños, con los sabores genitales, los olores estabularios, los colores y la lubricidad de las meretrices, de las peores putas de mi adolescencia y ciudad, hasta tenerla de bulto y vida, enquirnaldada con lo más canalla, en la infinita pureza de mi deseo. Sólo con las múltiples vidas de las meretrices gritadoras, de las fornicatrices llenas de mierda y semen, podía darle un poco de vida a aquel cuerpo de luna.

En el fabulario de los tejados gritaban un gato y una urraca, un gato asesinaba una urraca, hasta que yo me quedaba dormido.

YO había vivido, hasta que llegó la febrícula, hasta que llegaron los mareos, los desfallecimientos, las desganadas, una adolescencia burocrática, una juventud glorificada de timbres y tampones, en el Consistorio de mi ciudad, subiendo por las escaleras secundarias, casi por las escaleras de incendios, a los buhardillones del escalafón, que olían a funcionaría menstrual y maderamen. Yo tendría que haber estudiado Derecho Administrativo. Luego, en la cama, yo debiera haber aprovechado para preparar las oposiciones que nunca preparé, pues el médico, el doctor Arapiles, dijo que eso no me hacía daño, «un poco de estudio por la mañana, fresquito, sin esforzarse, en la cama, eso le distraerá de otros pensamientos», y no sabía yo si decía el pensamiento de la muerte o el pensamiento de la mujer —la tía Algadefina, las meretrices del sábado por la noche, las novias obreras del domingo, en los cines masturbatorios y musicales—, pero decía exactamente, el doctor Arapiles, tan viejo y tan sabio, por anticipado, los pensamientos que efectivamente me estaban matando. Los médicos saben que uno se muere de pensar.

Yo había vivido la alegría mañanera de la Casa Consistorial, su luz de mármoles convencionales, sus vidrieras flamígeras de estética indefinida, las escalinatas con remate de oro, y luego el paso brusco a los negros entarimados, las desperezantes oficinas, los geológicos archivos, días iguales encarpétándose en la luz sin luz de las ventanas traseras, de los patios municipales, de la biografía esmerilada. Y la floja esperanza de ser un día de plantilla, de sacar las oposiciones, de tener silla coja y máquina de escribir negra y ferroviaria para siempre. Por las tardes, Derecho Administrativo junto al mirador, entre los coros celestiales de las modistas de un piso, las monjas de un convento, las colegialas de otro y el fragor madrileño y remoto de una radio.

En aquel entrecruce de cielos movidos a pedal de máquina de coser, o artesonados con gracia de convento, yo y mi libro de Derecho Administrativo, no sé cuántos cientos de temas, y la frecuencia con que me tentaba el Derecho Romano de mi primo, que no me iba a servir para nada, pero que era un tomo claro, harinoso, sólido, de letra ancha y segura, con el peso y la geometría de los marciales conceptos de aquellos legisladores, que habían querido fijar para siempre en sus páginas la luz entera del Imperio.

Aquello sí que estaba bien escrito.

El latín es sagrado, el trigo es sagrado. Lo había leído yo en un poeta de quien aún no sabía demasiado. Al atardecer, lentos paseos de niebla con los amigos de siempre, Isidorito Latarce, que iba para cura, Federico Lasalle,

romántico de Escuela de Artes y Oficios, Alejandrino, tartamudo, triste y divertido. O la novia remota del barrio de los trenes, Estrella, niña andrógina y bizca, costurerita guapa, con todo el desvío sin remedio de su destino en el ojo desviado. Ellos, los amigos, me llenaban de teosofía, vino deambulante, chistes de la radio, música chopiniana y tarareada, frustración prematura del adolescente que no va a llegar a nada.

Estrella, en cambio, me metía en la novela decimonónica y proletaria de su barrio, en aquel clima ferroviario donde todo, hasta sus besos, tenía la aspereza del humo de los trenes que pasaban cada poco, borrando aquella media ciudad, dejando un bloque de noche en la anticipada noche del suburbio. Era otro mundo, era otra ciudad, era otra vida, todo tan distinto de mi barrio colegial y canónico, conventual y romántico, abierto en plazas de una geometría borrosa, dudosa y como flotante en la niebla.

La costurerita y yo, entre los travesaños de los puentes y las pasarelas, en las arboledas de humo violento que dejaban los trenes, nos besábamos sin porvenir, y ella cerraba sus párpados como apresando la huida de su ojo levemente desvariado, y sus manos picadas de agujas y alfileres, manos pequeñas, delicadas y obreras, me buscaban el pecho, ya insincero de vello, me buscaban el sexo, con decisión popular, y Estrella sabía tener entre sus dedos de costurerita un falo joven, desarrollado y urgente, e incluso la riqueza ovoidal y dúplice, el testiculario como recién emergido, dos huevos posados en la palma de su mano como en un nido cálido y corto. Hasta el sábado por la noche, el domingo por la tarde, el barrio de las meretrices, el orgasmo general y repartido entre soldados, pardillos y estudiantes por una puta inmensa, total, sucia y hostil. Lo de Estrella era otra cosa, un amor artesano y desgraciado, una pasión mediocre para quien —yo— había leído ya a Alfonso Daudet y su Jack, que uno, al mismo tiempo, quería y no quería ser. Estrella podía masturbarme, con la boca o las manos, como sólo lo hace la primera novia insegura, enamorada y humilde. Yo me sabía, me sentía personaje de un novelón como los que hasta poco antes había leído, interior a la prosa mazorral que era mi propia vida.

Hasta que llegó la enfermedad, el mareo, la hemoptisis (tan esperada, por otra parte), breve, pero emocionante como un lanzazo de lanceta, casi dulce.

Se lo había dicho yo a Alejandrino (cabeza alta y estrecha, conversación enredada e irónica), paseando por el Paseo de las Moreras, a mí me pasa algo, Alejandrino, aquí pasa algo, yo estoy como mareado, confuso, a la espera de no sé qué, que tiene que suceder, y me gustaba esta cacofonía rítmica de *qués*, como en el

clásico, y ya no era el vago mareo lírico juanramoniano, sino la esperada/desperante tuberculosis, con todas sus consecuencias, con su lenta secuencia, y así lo acogió el doctor Arapiles, el viejo médico de la familia, siempre igual de viejo, con algo de militar bondadoso que quizá le venía, simplemente, de su apellido galdosiano de episodio nacional. El doctor Arapiles, bajo, ancho, cano, resignado ante no se sabía qué, resignado en general, movió penumbras y rayosequis, escuchó en mi pecho y en mi espalda las telefonías interiores de la enfermedad y certificó lo que estaba claro: reposo y buenos alimentos.

La hemoptisis, sí, era como el sello de sangre de la familia, la gota imprescindible, el lacre que me certificaba como uno de los míos, fatalmente.

La comprobación de lo horrible es el único alivio de lo horrible, y la hemoptisis, corta, que fue en casa, después de una comida, nos dejó a todos (el padre muerto en una guerra, la madre loca en un loquerío o tuberculosa en un sanatorio del cielo) como relajados, reconfortados a la inversa, comprobados. Era como si un notario nos hubiese enviado el sello genealógico que rubrica las familias. Ahora había que tratar de salvar al niño (veinte años, mes de mayo). Eso era todo.

Pero la vida, naturalmente, se ensanchó, se desbordó como un Nilo de luz al estrecharme yo en mi habitación y mi cama. Ya de vuelta del médico, en un alto taxi negro y mortuario, como todos los de mi ciudad (sólo se cogían taxis para los entierros y las urgencias médicas), había advertido yo, por la ventanilla mareada, cómo el día se iba abriendo en dos orillas caudalosas al paso del feo motor, cómo la realidad es una parva nada parva, una era de la que no nos enteramos hasta que algo nos obliga a abandonarla. Mujeres, tiendas, acacias, perfumes, colegios, cuarteles, iglesias románicas, barrocas, churriguerescas, platerescas, flamígeras, las iglesias de toda la vida y toda la muerte, me entraban su abundancia, su rostro de piedra con gesticulación humana, cuando pasaba ante ellas por última vez.

Mi vida sombría, resulta que estaba llena de luz.

Tras esta mutilación de la realidad (el cielo condensado en los charcos de luz del mirador, el día yacente como una momia clara en el armario de luna), vino, inevitablemente, el tomar posesión de mis limitaciones, eso que yo había leído de que mis límites son mi riqueza, el amar la celda de enfermo como el monje y el preso aman la suya, que les quita libertad, pero les acota un espacio propio (y dicen que el primitivo tuvo conciencia de sí precisamente de esta manera: acotándose un espacio). La altura de aquel armario, la migración de los cielos por

un rectángulo del mirador, la anchura y el olor a cera encerada de las tarimas, la cualidad floral de los pocos libros, la arqueta de ebanistería que estaba sobre la cómoda, reventona de cartas sin contestar, recibos sin pagar, fotos sin fechar y escrituras notariales sin legalizar. Todo ese papelamen que es el cimiento incierto de una familia.

Y, como la gran pérdida y la gran revelación al mismo tiempo, la mujer. Estrella, novia remota y proletaria, las meretrices del sábado, que se emparentaban vagamente, en mi miedo, con la enfermedad del enfermo, y, sobre todo, la mujer como presencia que llena el mundo, la condición femenina del día, el olor a sexo de aquella primavera, niñas olvidadas, muchachas de una tarde, amigas de mis tías y de mi madre, Luisa Lammenier, Eugenia Primo, Pepita Alonso Hidalgo, Betsabé, la unigénita de las Caravaggio, con aquel nombre intempestivo, excesivo e incomprensible, bella, gorda y adolescente como un Niño Jesús vaginal, compañera de juegos y de años, Clara, Teresita, Antonieta, todas. Así es como llegué, supongo, al enamoramiento de la tía Algadefina, en la casa solitaria, bajo la cúpula de sombra de la abuela poco vista, marginándome del trajín feo de las criadas. Cuando todas las mujeres se me hacían imposibles con la triple imposibilidad de la reclusión, la enfermedad y el miedo, había que optar por la más imposible de todas, por la muerta.

Y esta opción, claro, no la hacía yo, no la hacía nadie, sino que se hacía en mí. Pronto agoté las viejas colecciones de revistas antiguas, *La Pantalla* y otros desnudos con mantón de manila, pronto comprendí que la reclusión actúa por acumulación y que cualquier cuerpo en azul/ceregumil o sepia/tiempo, cualquier mujer, muchacha, novia, meretriz recordada, venían a enriquecer la pobreza de la muerta, que ni siquiera era ni estaba, pero se prevalía de todo, con ese inevitable vampirismo de los muertos, para tomar corporeidad ante mí en la luz genital de la mañana o en el bulto maternizado de la luna, como un seno o un glúteo de mujer dormida.

De la imaginería y la iconografía, de las viejas revistas ilustradas y los inconsútiles sostenes de la tía Algadefina, pasé a la palabra, a la literatura, al erotismo leído, imaginado, como quizá la humanidad misma, el fresco y musculado primitivo, pues que la sexualidad de relieve, en la India o en Egipto, las fornicaciones en piedra, la sodomización de la mujer con cabeza de diosa y tetas de cierva, los amores bucales y diurnos de los antiguos parecen anteriores, en el ordenamiento de la cultura, a todo lo escrito.

Los hombres hablaban y fornicaban, hasta Heráclito, con quien comienza la

modernidad. La escritura sobre lo hablado o lo fornicado me parece a mí que es posterior, o me lo parecía entonces, y en todo caso allí estaba aquel tomo modernista, *Eróticos y sentimentales*, unos poemas abarquillados en el rubendarianismo más hospiciano y follador, donde los versos alejandrinos se abultaban de pechos color de rosa, y eran pechos sin dejar de ser mármol, y los glúteos le daban a la mujer invisible de la escritura toda la densidad, la peana y el asiento de las gordas de Rubens, y alguien se había masturbado, quizás, antes que yo, con aquel usado libro, que quizá me olía a mis propias masturbaciones y que no era erótico ni sentimental, sino un aluvión de sexos de mujer oreados en la era del retozo y muslos que adquirirían su mejor veta blanca en la blancura de la página, en los márgenes del libro, todo embutido apresuradamente en un parnasianismo de mala traducción para pasar la mercancía como exquisita.

El libro estaba en la parte de biblioteca por donde había localizado yo — pesquisidor frenético y en bata de la muerta— las lecturas de la tía Algadefina, desde el devocionario de nácar de la primera comunión hasta *La novela verde* de López de Haro, Alberto Insúa, *El caballero audaz*, Hoyos y Vinent, *De cómo dejó Sol de ser honrada* y todo eso, *Ella fue honesta*, tantos títulos, las esquemáticas mujeres de Penagos y Baldrich, hechas como por un delineante inspirado y cachondo, apuntado apenas el seno y sólida la pierna, brillante en sedas, cruda en el muslo, las portadas y las ilustraciones interiores, pero también el Kempis para los arrepentimientos del domingo por la mañana, antes de comulgar, hasta caer más tarde, entre el runcular de las tórtolas del Campo Grande y el alarido de alarife de los pavos reales, en los brazos duros del cadete de oro, bajo sus besos de vino, cuando él sacaba por fin una mano de entre los pechos asténicos de ella y se le quedaba el guante entre ambos pezones, como una paloma de trapo en el corazón tísico. Algo así debió ser.

Y todo estaba allí, en aquellos versos *Eróticos y sentimentales*, con un frondor de gruta, un deseo de domingo, que nacía casi eucarístico y a la tarde estaba ya húmedo de bragas y braguetas, marchito de manos furtivas y herrajes que marcaban a la res humana con su marca militar. Cuánto había salido y entrado el sable de oro en el pecho plano de las mil tías Algadefinas que hacían de la ciudad el gran congreso de las pamelas, la Venecia de las pamelas, en un ir y venir de mujeres y cisnes como góndolas.

Qué erección y qué celos. Aquel libro de mala poesía mal imitada de los malos modernistas (ni siquiera de los buenos), era como la biografía que nadie escribiera nunca de la muerta (y que quizá estoy escribiendo yo ahora, más inventada que sabida).

La poesía, sí, aunque sea mala, y quizá mejor la mala, nos da siempre un clima, una luz, una época, mejor que la mejor novela, y, después de haber transitado sus armarios, el color amortajado de sus vestidos, después de haber revisitado sus fotografías, después de haber probado el aguardiente de guindas que tenía que curarla y la mató, el cofre vítreo de sus besos, la frasca del ropero, después de todo eso, cuando yo tenía su vida más mía y sabida era cuando leí y releí aquel libro, abierto como un sexo, laso en su apertura como unas piernas después del orgasmo, besando con mis labios de fiebre la juntura de las páginas como besaría la juntura de unas piernas, que es grieta más que juntura, desvencijamiento secreto, enredado, húmedo y débilísimo de la mujer.

Aquel beso me dejaba los labios plenos de hembra, como cuando lo había intentado yo con Estrella, sólo que los grandes orgasmos y los pequeños sabores de la costurerita eran una experiencia densa, compacta, joven, de palabra agreste, y la feminidad de la tía Algadefina, de su libro, me sabía a un sabor pálido, enfermo, a la ausencia de otro sabor más fuerte o más fino, pero en todo caso a ausencia.

Me lamía un labio con el otro.

Por el fragor falso y galante de aquellos versos viví la biografía corta y turbia de la tía Algadefina, o creí vivirla, verla, padecerla.

No, ella no había sido inocente, como de pronto comprendí que había yo creído, sin motivo (creído o querido), sino que ella había leído aquel libro, que era como si lo hubiese vivido, y —lo más grave— seguramente lo había vivido con esa necesidad que se tiene en la juventud de vivir los libros antes o después de leerlos. Aquellos versos de un modernista madrileño y remoto del principio del siglo, de un poeta de pensión sepia de cucarachas, eran, no sólo el breviario de la tía Algadefina, su otro Kempis, sino su diario íntimo, su autobiografía vaginal. Dado que el cadete convivía tanto con el caballo, durante toda la semana, el domingo, cuando convivía con la novia dominical, era en realidad el caballo quien convivía con ella, y así, entre la penetración áurea y brutal de un caballo y la agresión sexual y galante de un sable, había vivido su inocencia de premuerta, jadeando dulcemente la agonía, quizás, en un último, levísimo y soñado orgasmo.

LAS ánimas del Purgatorio. El cuadro de las ánimas del Purgatorio estaba allí, playa de fuego, procelas de llama, mar con luz de bombilla, veraneo nublado y eterno del alma en el cielo/infierno transitorio de los tibios, de las tibias, de los que purgaban su falta de fe o su exceso de purga en la cala del carmelo, en el carmelo/caramelo de un marrón sollamado y triste, lleno de cuerpos desnudos, cuerpos de trascoro, mujeres mayormente, quizá porque el alma es femenina, y la ánima es ya casi corporeidad femenina y pecadora del alma, quizá porque las mujeres pecan más, son el pecado mismo, su visualización, su corporeización, pues que la teología y la moral (barrenaba el pequeño filósofo enfermo de veinte años) han construido sus ámbitos por el modelo de las cosas de la tierra, que otra referencia no hay del cielo, o luego (proceso de madurez cultural) han metaforizado el cielo como un verano y el mal como una mujer desnuda, lasciva y con los pechos innecesariamente abundantes, que en esa abundancia, en ese exceso, en ese lujo lujurioso está el pecado. Exactamente. Más o menos.

El cielo lo ha construido la teología a imagen y semejanza del verano terrestre, y el pecado como la mujer/sirena que en lugar de ser medio pescado es medio serpiente, con lo que se llega fácilmente al abuso de hacerla serpentina a toda ella, y así eran aquellas mujeres/ánimas del cuadro de mi infancia remota, cabecera de mi cama, todas sorprendidas en la torcedura sensual de la interrogación que formulaba su cuerpo a la nada, al Todo, al cielo, a Dios, a la Virgen del Carmen, que estaba allí, descendiendo rígidamente, en un miércoles color mierda, como dentro de un ascensor invisible, sobre las ánimas enfangadas de pecado, culpa y castigo, siendo fango ellas mismas, la materia deleznable (y deseable) de sus cuerpos retostados por el sol del Purgatorio. Y portadora, la Virgen del Carmen, de un escapulario en una mano y un Niño Jesús en la otra, Niño Jesús feo (no parecía pesarle más el cuerpo infantil que el trapo del escapulario), Niño Jesús que no se parecía a Betsabé, la niña de las de Caravaggio, tan parecida al Niño Jesús y tan guapa. El escapulario, bien observado, quizás era como el paracaídas de la Virgen, el resorte de su aparición, aun cuando su oreo debiera ser, canónicamente, lo que traía brisa del cielo a alguna de aquellas ánimas, la destinada aquel miércoles al traslado definitivo al Paraíso, donde, según decía don Amadeo Vives, el tan nombrado músico catalán, se podría usar sombrero de paja y representar *Marina*, porque el músico, tan católico (y esto lo tenía yo leído en las viejas revistas del ropero profundo de aguardientes), había, como digo más arriba de la religión en general, imaginado y construido una resurrección de la carne a imagen y semejanza de un domingo en la Costa Brava, que era lo que a él le gustaba, y ya, como ultracielo para los vecinos del entresuelo de Dios, un poco de Mozart vagamente tañido por potestades de faldumenta, pantorrilla catalana y pechos dorsianos (que por los entonces de mi enfermedad leía yo en el lecho *La*

bien plantada y, lejos de las docencias del maestro, imaginaba a la moza alegórica como una Núria Espert de dieciocho años, piel dulcemente aspérgima, ojos ultramar y muslos de Planes o Planas, uno de aquellos artistas entre el Mediterráneo y el Novecientos, que le sacaban a la piedra de las plazas la temperatura curva, sólida y maternizada de unos buenos muslos de mujer).

Ni con la tía Algadefina, ya muerta, ni con Nuria Espert, aún no nacida para la gloria, ni con Teresa *la Bien Plantada* tenía mucho que ver aquel o aquella ánima del Purgatorio, la que centraba el cuadro de la cabecera de mi cama infantil, señorita de pelo largo y como hecho de ternísimas culebras, perfil rubio y cuerpo remoreno, delgado, interrogante, ya digo, con una punta de llama quemándole la punta del pezón perfilado, no sé si por castigo de otras quemazones, no sé si por pudor de la Iglesia o necesidad del artista hospiciano (que estaría haciendo un encargo y pintando a su novia tísica y caliente, como el propio Greco).

Aquella señorita ánima, yo no me atrevía a mirarla mucho, de niño, a la hora de acostarme, por no pasar ya todo el sueño en el Purgatorio o, lo que era peor y mejor, por no soñar con ella y masturbarme a deshora, según oficio de tinieblas y secreto que entonces me parecía sólo mío: fornicación contra las sábanas y los jergones, primero con la pichita blanda, y luego el endurecimiento/crecimiento (como la barra fálica que pongo entre estas dos palabras), hasta el orgasmo en vilo, todo el cuerpo en el aire, sobre las manos y los pies, y aquel glande salido y raigal rozando la fresca sarga femenina de la cama, caliente de mi propio cuerpo, el derrumbamiento sobre el charco de fuego blanco y no visto, como una gracia derramada, absolvedora y pecadora, que era continuación de la luz lechosa que la Virgen del Carmen exhalaba de sus abiertas y panzuditas manos de priora.

Por las mañanas, sí, las mañanas de los domingos, las mañanas de la vacación, que a la luz del día se pierde el santo temor de Dios, la noche queda muy lejos, y el infierno también. Por las mañanas, si no había que ir al colegio o madrugar para la confesión y la comunión, el fornicatorio era prolongado y complicado, sólo el niño bajo el cuadro de las ánimas, que entonces se atrevía a mirar muy de frente, fijándose sobre todo (como luego en el teatro de revista) en una de las pecadoras, en aquel desnudo de primer término que centraba el cuadro, mujer de pezón coruscante y castigado por una punta de llama como lengua del gran demonio total que es el fuego, mujer de cintura larga y culo de pera (luego las preferiría con culo de manzana, más alto y redondo), mujer de curvatura hermosa, generosa, serpentón femenino, sexo también comido/velado por la llama, que el incendio que las castigaba en el Purgatorio se ocupaba también de velarlas ante mí, sufrientes como muertas, púdicas como vivas, en sus siete velos de los siete fuegos

de los siete círculos del infierno del Dante (a quien mamá me había hecho leer en italiano en edad homicidamente prematura, y ponerlo luego en taquigrafía, no sé para qué, quizá para purgar tanto mal con el ascetismo de aquella escritura absurda e inútil, hecha de palitos). Un atardecer, en el largo domingo solitario, allá en la infancia, digo, cuando todos se habían ido a las fincas de la abuela, de excursión, y yo estaba en mi cama infantil con las anginas quemantes e inflamadas, viendo pasar por el techo con resol las sombras vagas de la hora errante y los paseantes perdidos, un atardecer, aquel atardecer, siendo ya anochecer, olvidada el ánima y su lujuria por la fiebre y el tedio, habiéndome yo levantado a hacer pis en el orinal de la enfermedad, cuando levanté la vista del chorrillo, tenía ante mí, sentada en la cama, a la señorita ánima, la misma del cuadro, pero en combinación, y no se me ocurrió mirar al cuadro (que por otra parte estaba en penumbra y tenebror total del tenebrismo) para compararlas o comprobar si aquella ánima faltaba de su sitio. Pero la misma sí que era.

—¿Ya ha hecho pis mi niño?

—Pero no me gusta que me vea ninguna mujer. A los hombres no les ven las mujeres cuando hacen pis.

—¿Sabes que tienes una pichita muy bonita?

—¿De hombre?

—No, de hombre no. Pero ya quisieran algunos hombres.

Y me la cogía con su mano de un calor moreno y grato, hasta que me la puso dura, y esto lo recordaría yo siempre, cuando las meretrices, Estrella o alguna compañera de juegos en la calle, como Teresita, tenían mi testiculario delicadamente, como sopesándolo, y aún le sobraban dedos, a la señorita ánima en combinación —que la otra mano la usaba revolviéndome el revuelto pelo—, para descapullarme con ternura, de pie yo ante ella, sentada ella en la cama, con los ojos profundos, el gran escote de la combinación, que, al inclinarse, le dejaba fuera los pechos sollamados, y las piernas abiertas, el encaje por medio muslo, las rodillas morenas y lucientes en la penumbra. Su boca fresca (me extrañó en mujer que venía del Purgatorio), sus manos como brasas del cuadro, su sexo contra mi boca o mi sexo, como un topo, un puercoespín cariñoso o un osezo hirsuto y retozón. Muchas cosas me hizo aquella señorita ánima, mucho hombre despertó en mi hombre, y nunca he sabido, con el tiempo, si fue criada de la casa a mi cuidado, amiga de la familia, primita lontana, planchadora o bordadora nueva, chica de la

portera reclamada para ayudar, señorita ánima o qué.

Cuando pasé a mi cuarto actual, la señorita ánima estaba olvidada, como las masturbaciones (o más bien fornicaciones contra el colchón), y el pequeño cuarto del ex niño convertido no sé si en trastero, cuarto de la plancha o de la ropa sucia, dormitorio de la hija de la Ubalda —ayudadora niña de estopa y pechos de limón verde—, quién sabe, pero siempre que se me ocurrió llegar hasta aquel límite de pasillo, en mañanas o tardes de soliloquio adolescente (dos o tres veces a lo largo de mi vida), siempre encontré allí una mujer en combinación, con la cabeza baja, trabajando en algo, hacendosa, y una altísima bombilla que malamente llegaba a oscurecer, más que iluminar, el cuadro de las ánimas, ya sin categoría ni sentido. Y siempre aquella mujer me acogió con una sonrisa humilde (al tiempo que apagaba la luz) de eterna condenada provisional en los Purgatorios de la teología y de la pobreza, dispuesta, entregada, dándome un amor incondicional, urgente, impune, o haciéndome un amor de caricias como un azúcar áspero, que me gustaba mucho, todo en silencio, su orgasmo como un hilillo de grifo, todo abnegado, intemporal y anónimo. Siempre estaba en la misma edad la señorita ánima.

EL doctor Arapiles, entre militar y paisano, aureolado por su apellido de episodio nacional, como ya he dicho, incluso para mí, lector reciente y no muy entusiasta de Galdós, el doctor Arapiles viene algunas mañanas, como de tarde en tarde, casi siempre cuando estoy solo, y me ausculta delante de una criada o de mi abuela, pero prefiere verme sin testigos, dice que la familia y el servicio no hacen más que complicar las enfermedades, la relación entre el médico y el enfermo, que él ve, me parece, como una relación casi castrense, cosa de hombres —no sé qué hará con las mujeres, con las enfermas—, un negocio en que él y yo nos jugamos la muerte, la mía, por supuesto. El doctor Arapiles, con esa coherencia de canosidad entre el cabello y el bigote que hacen que parezca todo postizo, me escucha el pecho, como siempre, me escucha la espalda, con o sin fonendo, me mira los ojos por dentro, levantándome mucho los párpados con una mano que huele a tabaco y a rifle cuando me la acerca a la cara.

«Todo está en el ojo, hijo mío, todo se ve en el ojo, el hombre entero, por dentro, si se sabe mirar un ojo», pero no me explica si en el revés de mis ojos se ve la vida o la muerte, el futuro con sol y mujeres o el cementerio con perros, gitanos y las flores ya anticuadas de la familia, que no ha tenido tiempo de renovarlas.

Así eran las visitas del doctor Arapiles, cuando yo estaba leyendo a don Antonio Machado, campo, campo, campo, entre los olivos, los cortijos blancos, devorando salud, sol, tiempo, España, toda la blancura harinosa del libro, como la blancura del sol primero del día, o el tomo de Derecho Romano, de mi primo, mal estudiante, el latín es sagrado, el trigo es sagrado, un poeta americano, Ezra Pound, y cómo lo comprendía yo eso entonces, en la reclusión, sin saber latín, adivinando por aquel texto la sacralidad/eternidad de la lengua madre, y sin poder asomarme a los trigos del verano (debíamos andar ya por el mes de junio o julio, me había encamado en mayo), los trigos que otros años viera ondear como un cielo verde y caído, mar de los niños que crecimos sin saber que existiera otro mar que el de los mapas escolares, cuadriculado y de un azul falso.

También podía ser que estuviese yo leyendo *Eróticos y sentimentales*, el libro que me contaba, sin contármela, la adolescencia viciosilla y gentil de la tía Algadefina, sus fornicaciones dominicales con un caballo de Caballería, aquel potro, aquel tordo, lo que fuese, que la había poseído hasta el delirio, colmando esa necesidad insondable que tiene la mujer (lo sabía yo por la confidencia de alguna meretriz) de llenar su angosto hueco de caña, más sentiente que pensante, más foureriana que pascaliana. Cuando se trataba de este libro, lo escondía yo debajo de la cama, al serme anunciado el doctor, y durante toda la visita estaba como ocultándole algo, como temiendo que me lo iba a adivinar, tú te estás matando,

hijo, con esas lecturas, tú eres un muchacho vicioso, tú abusas de la masturbación, vives en una eyaculación perpetua, tienes poluciones nocturnas, mírate las ojeras, cada día más ojeras, cada día más profundas, como tu madre, como tu tía Algadefina, como todos los muertos y los enfermos de esta casa. Pero el doctor Arapiles no decía nada, esperaba mis movimientos, mis cambios de postura, que yo ya me tenía aprendidos, para aplicarme el aparato o el oído, y a mí me gustaba más que escuchase directamente mi muerto interior, me tranquilizaba más, era como si el doctor Arapiles, con sus manos de pólvora y sus orejas de viejo y sus ojos sangrientos y tristes estuviese manteniendo un cuerpo a cuerpo con la muerte, con el muerto, precisamente en el espacio de mi cuerpo. Aquellas manos sabían tocar el mal, limitarlo, hacer cuenco para contener toda la hondura fatigada de una respiración reglamentaria. Quizá la imposición de manos y demás orientalismos no tienen otro origen curativo que esta liberación del enfermo cuando siente que alguien —un viejo, un sabio— está tocando la muerte directamente dentro de su cuerpo, como el que sabe encontrar un gato en la oscuridad, un lobo en el bosque, por mero instinto o costumbre cazadora.

El doctor Arapiles nunca me decía si yo estaba mejor o peor, o quizá lo decía como para sí mismo, con diagnósticos confusos que se le enredaban en el bigote caído. Alguna rara vez me hacía una receta, me dejaba un papel en la mesilla, sin ninguna convicción por su parte ni por la mía, y yo, ni malo ni bueno, ni vivo ni muerto, me quedaba quieto, boca arriba, hasta que el aire de la casa, muy de bulto y luz, venía a llenar de nuevo la ausencia que había dejado el cuerpo del anciano, mientras el día se tomaba verde, azul, morado, blanco, de oro, en los cristales rectangulares del mirador, y campo, campo, campo, entre los olivos, los cortijos blancos.

LUISA Lammenier era de oro y crucifijo, toda encendida en rubios y en gritos, viniendo de misa, yendo para misa, perdiéndose la misa, con su melena en vuelo, los senos demasiado salidos para la época, para todas las épocas, el sexo enlutado en luto, el cuerpo enlutado en satén, los rasos de su corpiño, el humo de sus medias, la tropelía de sus piernas en tropel, Luisa Lammenier, de toda la vida, entrando en nuestra casa, gritadora, con exceso de rimmel en los ojos, con exceso de carmín en los labios, con exceso de pechos en los pechos, y un crucifijo de oro en la juntura, y un crucifijo de plata, el del rosario, enredado en las manos, y un crucifijo al vuelo, no sé dónde, los gatos se subían a los armarios, los pájaros acudían a los espejos, la casa se llenaba del resplandor azul de su plumero, porque Luisa Lammenier, de las Lammenier de toda la vida, usaba plumas azules en sus breves sombreros de ir de boda, de baile o primera comunión, y en seguida dejaba aquel pájaro falso, aquel azul caído sobre un mueble, junto al aceite triste de la máquina de coser, o la aceitera de lavativa, como un ave del paraíso, el plumero azul, junto a un raro pelícano de hierro. Así era, más o menos, Luisa Lammenier, a la que yo había visto en casa desde niño, subiendo la escalera a gritos, saliéndose al balcón, al mirador, para decirles cosas a los cadetes, llamando por teléfono a los bomberos, en las casas donde había teléfono, oiga, ¿son los bomberos?, que se me quema el culo, y siempre así. Demasiada mujer, qué escándalo de pechos y de piernas, y la rueda infructuosa de las tías, queriendo parecersele, y la rueda, concéntrica y más amplia, de las criadas, mirando a aquella señorita de luz y libertad por todas las rendijas, cerraduras, cortinas, entrepaños. Luisa Lammenier.

Traía noticia de bodas y bautizos, casamientos, adulterios, pecados, era la recadera de los crímenes pasionales, y luego, hecha la crónica de la ciudad, nos contaba su vida (se la contaba a ellas, a mi madre, a las tías, a sus amigas, a alguna criada que entraba el talco para los muslos siempre ardidados de la señorita Luisa, Luisa Lammenier), que cambio de cadete, que he cambiado, ahora salgo con otro, uno más rubio, sí, ese alto, no paramos de andar, cuánto pasea, así ando yo de escocida, y se sentaba en una silla alta, de la abuela (si no estaba la abuela, que si no, no la dejaba), se subía la falda ceñidísima, con crujido de satenes que iban como a estallar, un acordeón de trapo del que salían unas largas piernas, en medias humo, los zapatos volando por el aire, de raso negro con brillantito, la liga por medio muslo, bordadita de flores, miniada como un códice, el ligero lo mismo, floreal y de luto, y los muslos, los muslos, aquella porción alta, tan redondeada y tan sólida, como la base de no sé qué columna, mirad, chicas, las escoceduras, Inocencia, ese talco, ande, hija, así toda la vida, desde mis pocos años, pero también después (ahora), a mis veinte, Luisita Lammenier, siempre la misma, cambiaba de cadete, pero no de edad, de tiempo, de hermosura.

Me llegó una mañana, como siempre, que quiero ver al niño, a ver si engordas, hijo, qué flaco estás, siempre ahí metido, que tú ya eres un mozo, yo te conocí así de pequeñito, e hizo así con la mano, hubo un silencio.

—¿Ya no pides el talco?

Me había dado la espalda. Estaba ante el espejo del armario, bella de cuerpo entero, enlutada de muertos y de muertas. Se retiró la Eladia, que la había pasado hasta mi cuarto, no hay nadie en esta casa, ya nunca hay nadie, qué solo te me dejan, hijo mío, pero tú sales de ésta, yo rezaré por ti, que estás muy mozo, hubo un silencio.

—¿Ya no pides el talco?

—¿Cómo dices?

La veía de frente, en el espejo, belleza respingona, ojos de rimmel pecador, como si ella, tan cristiana, le hubiese pedido prestado el rimmel a una prostituta. Nariz inexistente, ojos de gata loca, el gran escote canela, el crucifijo, la luz azul, o roja, de su pelo en el aire de la casa, sus pechos tan abiertos, los lutos familiares ciñendo un breve vientre, unas altas caderas, unos muslos tirantes de amazona (Luisa Lammenier montaba en el caballo de los cadetes), hubo un silencio.

—Antes pedías el talco, en cuanto llegabas. ¿Ya no te escuece tanto?

Seguía frente al espejo, me veía en el espejo, como yo a ella, sentado yo en la cama, desnudo mi pecho ya con vello, distraídas las manos en revistas, en libros, en cansados dibujos que me subían la fiebre.

—Mucho has aprendido tú —dijo sin volverse.

—Antes pedías el talco. ¿Llamamos a Inocencia?

Sujeta en el espejo, prisionera, comprendiendo de pronto, la alocada, que estaba con un hombre, a solas con un hombre, un enfermo como los que ella, madrina de guerra, enfermera de Dios, había cuidado durante la guerra, llena de unción y de pasión por aquellos cuerpos delgados, desgalgados, jóvenes y mortecinos, medio desnudados ya por la muerte. Se sujetó un ricito, hizo algo con la mano en el escote, tenía que comprobar que estaba libre, sin las redes de plata del espejo. De los cadetes ecuestres había pasado, con el tiempo, a los excombatientes ennegrecidos por la pólvora, hermosados por el peligro. Ése era

todo el cambio. Por lo demás, Luisita Lammenier me parecía la misma de otros tiempos, Luisa de tantos años, ¿veinticinco años, treinta y cinco, cuarenta y cinco?

Pero le salió la señorita chula que ella era:

—Tú lo que quieres es mirarme el culo.

—Claro, pero qué más te da. Me voy a morir pronto y no podré contarlo.

La loca de la casa, la loca de aquel barrio, promociones enteras en su vida.

—Pues sabrás que soy virgen.

—No lo dudo.

—El culo ya me lo viste de pequeño.

—No es lo mismo. ¿Y aquellas ligas que usabas, tan bordadas?

Le halagó este recuerdo. A las mujeres les halaga que uno se acuerde de un vestido (de un liguero) que ellas ya han olvidado, porque ellas se ven a través de la moda y uno las ve a través del siempre. Dudó un momento, yo sentí que me ahogaba, presentí algo, estaba arrepentido, no podría soportarlo, pero Luisa Lammenier, amiga de mi madre y de mis tías, resplandor loco de otros tiempos, empezaba a subirse la falda en el espejo, muy trabajosamente, mas con gracia, el talco, niño, llama a Inocencia que me traiga el talco, y torció una butaca hacia el espejo, sentándose ya en ella, con las faldas subidas, ocultándoseme tras el respaldo, en un juego infernal, pues la tenía de frente en la gran luna. Tiré del cordón, llamé a Inocencia, sombra aldeana que vino con el talco, me lo había imaginado, señorita, tiene la piel tan fina, señorita Luisita, ya no hay pieles tan finas, ni señoras, y me miraba a mí, Inocencia, como preguntándose si estaría yo en edad de ver aquello sin perder la gracia, como tantas veces, cuando niño, para nuestras criadas, costureras, para el servicio viejo de la casa, somos unos extraños y unos niños, al mismo tiempo, y no aciertan a vernos porque empezaron viéndonos como trabajo, como tarea (nosotros éramos su tarea), y sólo podrían entendernos como mercancía, no como hombres de veinte años, por ejemplo.

—Déjenos aquí el talco, Inocencia, hija —dijo la Lammenier.

La criada entendió que había que irse. Quizá se santiguaba entre dos puertas. Contra sus propios malos pensamientos. Luisa Lammenier mantenía

subida la apretada falda, echó las piernas por alto, hacia los lados, cada una sobre uno de los brazos de la vieja butaca. Yo podía ver de frente, en el espejo, su braga de satén negro, o lo que fuese, la confusión de encajes, y los nacientes muslos, de un moreno ligero, casi claro por la parte de dentro, que era la más exhibida, muslos pronto embutidos en las medias, en la complicación de los ligueros, y sus manos un poco temblorosas, las manos de Luisa Lammenier, la de toda la vida, sostenían el viejo bote de talco, de un azul farmacéutico, quizás el mismo talco que me habían dado a mí en el culo, cuando niño, y los zapatos en alto, de ante breve, no podía respirar, yo no podía respirar, me muero entre sus brazos, pensé como un imbécil. La butaca era vieja, con borlas y con flecos, una leve butaca tapizada, de estilo indefinido, toda de verde huyente, paisajes decolorados por el uso, la trama sutilísima, la textura del tiempo, que tan rozadas tenía sus texturas. La butaca era entrañable (mamá se había sentado mucho en ella), conservaba la gracia de las patas de madera, de cortísimo alabeado, como patas de perro enano, pero vista así, por detrás, la butaca tenía un revés de saco en el respaldo, un saco ennoblecido por el tiempo, la falta de limpieza, la ausencia de la luz. A veces, cuando solo, me levantaba yo de la cama, me sentaba en la butaca, junto al mirador, para ver un trozo de calle o un trozo de cielo, según, para sorprender un momento de vida viva y compadecerme un poco de mi muerte/premuerte, de mi reclusión, porque al adolescente, al hombre muy joven, le gusta autocompadecerse, así se afirma, haciéndose muy débil para emerger muy fuerte, reinando en su dolor, siendo como el monarca de un lluvioso país (leído en Baudelaire), el país de la pena. La butaca.

—Hijo, no podía más de escoceduras.

Sus manos de mujer, uñas muy largas, pintadas uñas rojas de ir a misa, de hacer con ellas pájaro en plegaria, pico rojo del ave que esperaba la hostia como un pato sacrílego, con el cuello estirado, largos brazos. Sus manos de mujer, con anillos de oro, familiares, con anillos de plata, plata falsa de hombres, novios idos, sus manos de mujer, con alguna venosidad marcada como cruel dibujo elegantísimo, los nudillos oscuros, cuánta vida, sus manos de mujer extendieron el talco por la carne más niña, el revés de los muslos, aquella zona tierna, enrojecida, tanto pasear cadetes, repatriados, hombres de la Academia, muertos/vivos de la guerra, tanto montar caballos de remonta, amazona violenta, como la tía Algadefina, ¿como la tía Algadefina? Compañeras habían sido de noviazgos marciales. Sus manos suavemente, circularmente, por lo más carnal de la carne del muslo, con movimiento que de pronto me recordó mis masturbaciones, ¿es que se masturban ellas, las mujeres? Hijo, qué alivio, así ya es otra cosa, que me echen a mí cadetes, los que quieran. El corazón ya lo tenía yo perdido, todo mi pecho era

corazón, o quizá todo mi sexo era latiente corazón, aquella mujer con las piernas abiertas, bella y desvencijada, con las piernas al aire, dibujado el revés por la costura de la inedia, y la braga entrevista, y las manos blanqueando suavemente la curvatura ágil del interior del muslo.

—No habrás mirado, espero.

Estaba ya de pie, con la falda en su sitio, se limpiaba las manos con los guantes, sacudía los guantes contra el respaldo de la butaca, era la hermosa Luisa Lammenier, la de toda la vida, hijo, cómo me miras.

¿Y cómo la miraba yo? Vino hacia mí, se me sentó en la cama, muy en el borde, sólo con un glúteo en el colchón, y se inclinó hacia mí, estás muy mozo, me pasaba una mano por la cara. Su mano me olía a talco, a infancia, a niño, y por debajo de aquel olor soso, la multitud de oro de sus perfumes, una tribu de olores y sabores. Hasta me acarició el pecho desnudo, un poco hundido ya por la postura, resbalado yo dentro de la cama, tienes pelo en el pecho, como mis pobres enfermos, los heridos, eres blanco, eres guapo, tienes que curarte mucho, voy a rezar por ti, el Cristo yacente a mí no me niega nada, con las Vírgenes me entiendo menos (y rió), pero el Cristo yacente a mí no me niega nada, ya lo sabes, aquellas manos tenían aún el calor de haber andado en sus intimidades, creo que besé las puntas de los dedos, como hubiera besado allí, muy dentro, entre los muslos de Luisa Lammenier, la de toda la vida.

Y ella tenía en la voz el catarro sensual de las mujeres que han conocido hombres, que han enronquecido en la queja suprema bajo el hombre. No era la tía Algadefina, era todo lo contrario, pero habían sido amigas, habían vivido juntas aquel frondor de domingos y caballos, de bailes y cadetes, en las grutas rojas del Campo Grande, en el oro extensísimo de la remonta. Y ella tenía en la voz la ferralla del pecho (las primeras mujeres que fumaron), y estuvo cariñosa, acariciante, y comprendí que me había visto por primera vez, que me había descubierto aquella mañana, después de veinte años, porque ella sólo veía uniformes o desnudos y muertos con bocas de metralla para besar de noche bajo un cielo sacrosanto.

—Que tienes que curarte, Francesillo.

Se incorporó, dejó la butaca a su aire, y eso me gustó mucho, porque el desorden era el rastro luciente de su paso (lamenté que no se hubiera quitado los zapatos, como antaño), y salió de mi cuarto, la sentí en los pasillos hablar con las

criadas, le dicen a la señora que he venido, y a las señoritas, sí, ya saben, le he hecho una visita al niño, está muy guapo, qué chico, volveré cualquier día, venía de misa, a ver si llego al aperitivo, que me espera un cadete en el Coriseo. (Había que echarle al servicio, no para deslumbrarle, sino para alimentarle, aquellas piltrafas de vida y lujo, de libertad y derroche.)

—Y gracias por el talco.

Mi habitación sin ella, llena de ella, la butaca a su aire, el perfume de sus muslos, el olor de sus manos enguantadas en lila, en lilas, el catarro sensual de aquella voz, mi mundo trastornado. Todavía pude oír, por la escalera, con oído de tísico, sus tacones ligeros, como alegres, y algo que iba cantando, un viejo vals, Danubio azul, de plata y zafir, pon, pon, pon, pon.

LA fiebre de por la mañana era una fiebre tibia, sigilosa, un rosicler interior que acompañaba el nacimiento del día desde dentro de mi pecho. La fiebre de la mañana cía como un anticipo del calor de junio, de julio, en la hora ligera, fresca y blanca. La fiebre de la mañana era mi leve sobresalto, el primer disgusto del día, pero el optimismo del despertar podía con todo. Me tomaba yo la temperatura con el termómetro de mamá (lo había dejado allí, cuando partiera hacia cielos más altos y sanatoriales, como sabiendo que me haría falta, como se deja una media botella de ron en la cabaña del bosque, para el desconocido que sin duda ha de venir detrás, entre la nieve).

Era un termómetro alemán, ancho, casi plano, un termómetro que le daba mayor autoridad y gravedad al comportamiento de la febrícula. Todo lo alemán tenía mucha autoridad en aquel tiempo, como una vez por siglo ocurre en media Europa, pero el termómetro, aquel termómetro que a ella, a mamá, le había regalado su médico más asiduo (quizá un termómetro de muestra, pienso ahora) lo sacaba yo, delante de las visitas, con esa vanidad que ponemos en todo, incluso en nuestras enfermedades. Aquel termómetro me hacía el snob de mi tuberculosis. La gente se quedaba sorprendida con el termómetro. «Es alemán.» Y dudaban si cogerlo o no cogerlo, dudaban entre la curiosidad científica, la fascinación por lo germánico y el miedo al termómetro de un tísico, porque parece que entre los números del cristal viven los bacilos de Koch, bañándose quizá en el canalillo fluyente del mercurio. El termómetro, por lo menos, era de fiar.

El doctor Arapiles, no sé si por patriotismo o por cientifismo (las raras veces que iba a verme), ignoraba el termómetro alemán, usaba su propio termómetro, como hacen todos los médicos, y lo sacaba directamente del interior de la chaqueta, como quien saca una estilográfica. Era un termómetro corto, pequeño, más delgado que un lapicero, que él sólo alojaba un momento en mi axila y ni lo miraba apenas, luego.

La fiebre de la tarde, esas décimas del atardecer (había quien, siendo temeroso, me las hacía además odiosas, llamándolas «decimillas»), la fiebre de la tarde subía con más dureza, me ponía en las mejillas un bozo y un embozo de calor, más en un lado que en otro, generalmente el izquierdo (treinta y siete y medio en el termómetro alemán, el tísico se muere con muy poco gasto), y este terror de las décimas se me mezclaba a mí, se me continuaba, en la soledad y el silencio, con un poema muy leído de Juan Ramón, de un incoloro casi verde, vehemente e inmenso cual mi alma, me llevaba el ocaso hacia todo, nada hay que yo, esta tarde, conocido no haya, y ahora, de vuelta ya, como yo mismo, en la playa diaria, me pongo a recordar, cantado de las olas de la sangre, cristal de luz que

sube, puro, y baja, entre la sombra que avanza, de tantas cosas y de tantos tiempos, vistas, pasados hace casi nada. Era, para mí, no sé por qué, el poema de la fiebre, un poema con fiebre o, cuando menos, un poema febril. De un incoloro casi verde estaba el cielo en el mirador, poliedrizado en cristales, vehemente e inmenso cual mi alma desnuda dentro de un lecho sudoroso. Me llevaba el ocaso hacia todo. Se llevaba mis ojos, pero yo seguía allí, boca arriba, que era la postura recomendada. Nada hay que yo, esta tarde, conocido no haya: el miedo, la esperanza, la masturbación, las imaginaciones de la tía Algadefina, el mundo abultado de *Eróticos y sentimentales*, el recuerdo presentísimo de Luisa Lammenier con las piernas abiertas sobre los brazos de la butaca, y la fiebre, la palabra silenciosa del calor, el insulto de fuego en la mejilla izquierda.

Y ahora, de vuelta ya, como yo mismo, en la playa diaria (el lecho), me pongo a recordar, entre la sombra que avanza (todo negro, ya, el mirador), cantado de las olas de la sangre, las olas de la fiebre, cristal de luz que sube, puro, y baja, en el termómetro, de tantas cosas y de tantos tiempos, veinte años, toda una vida, vistas, pasados hace casi nada. La emoción de la fiebre se me hacía así emoción estética, la muerte quedaba un poco juanramonizada y el frescor de la noche me iba aliviando, relajando, aligerando, hasta que estallaba la luz en la habitación, la Ubalda, la Inocencia, la Pilar, mi ama de leche, una de ellas con la cena, que aquí tiene la cena el señorito, y no me diga que no tiene ganas, hay que abrir los apetitos, mire que si no me lo llevo para mis niños, que se han acostado con una mandarina y unos higos, las criaturas.

Eso que hay en las viejas criadas, resentimiento de clase que ellas ignoran, odio muy justo al amo, justicia que en ellas se tornaba mezquina, porque mezquinas eran.

Y así, teniendo la Historia de su parte, se quedaban en la pequeña vileza de desear mi desgana para llevarle a su chico, rubio, crudo y feo como un pastor nacido de un pastor y una cabra, mi huevo frito o mi filete duro.

Ya sabía yo algo de esto, lo veía, pero la tisis estaba antes que cualquier entendimiento de la Historia, y el miedo a morir, antes que el hambre de uno de aquellos chicos, quizás hermano mío de leche. La consigna era comer, alimentarse, engordar, más ese juego de abalorios de las vitaminas, que es como jugarse la vida y la muerte al abalorio acertado o desacertado. Sentado en la cama, apoyado en un codo, como un romano, o erguido y con las piernas cruzadas, como un moro, comía yo muy despacio, voluntariosamente, obstinadamente, sombríamente, masticando muerte antes de que la muerte me masticase a mí. Unos días era el

moro fatalista, y otros días el romano racionalista, según como me sentase en la cama, quien se proponía jugar aquel ajedrez con la muerte y ganarlo, y mis enemigas eran dos, la desgualdrajada muerte y la arregostada y florecida mujer, cualquier mujer, Luisa Lammenier, de las Lammenier de toda la vida, o Eugenia Primo, tan dulce, o Betsabé, la de las Caravaggio, la niña gorda y guapa, lechal como un Niño Jesús, o la incógnita criatura del cuarto de la plancha, ánima del Purgatorio entre calores de la otra vida y calores del planchado en una habitación breve y sin huecos.

Aquellas dos señoritas, muerte y mujer, se me habían hecho una, o se me hacían a veces, en la síntesis transparente, natural y conseguida de la tía Algadefina, que era la muerta con actualísimas turgencias de vida, que era la muchacha viva, la mujer con carne de madre o de mi madre, pero aureolada por su muerte como a los vivos les aureola un viaje. Tan anhelante yo de la mujer plural en que cuajaba el día, tan paredaño de la muerte y de la muerta, quizá mi pesquisición de la tía Algadefina era como el deseo subconsciente de asegurarme una mujer para después, para cuando fallecido, una mujer que, por estar ya muerta, no iba a abandonarme quedándose del lado de acá, en el andén ruidoso y vulgar de los vivos. Era la criatura que mejor podía amar un muerto.

Pero la fiebre, dura y pura, me había fijado al lecho como un cuchillo verde y largo, el incoloro casi verde del ocaso juanramoniano, y había habido aquel momento inmenso, interminable, de estar viendo reflejado en el mirador el relámpago quieto que rubricaba el cielo, quizá ya con un fondo de urracas y de gatos a muerte por los tejados. El trueno permanente del silencio, la soledad y la inminencia, y el haber visto la vida, a los veinte años, con una despaciosidad dramática y escéptica que sólo tienen los antepasados y los enfermos. El termómetro alemán, grueso y seguro, lo metía yo en su sarcófago de buen metal plateado, hasta el día siguiente.

LA tía Algadefina a lomos del caballo rubio del cadete, la tía Algadefina, con el pañuelo de la pamelita a un viento que no había, y el caballo de crin blanca en un aire nocturno, fornicación de luna, charco de luz adonde habían llegado, ella resbalando, jadeando y rota, por el lomo y la tripa del caballo, la tía Algadefina, y la pamelita ya en el suelo, con un rodar momentáneo, paja mordida apenas por el animal, paja muerta sin sabor, o con sabor a tiempo y multitud, la tía Algadefina, abrazada al mello largo del caballo, tanta gasa perdida, tanta gala caída, sujeta ahora, ella, aún elegante, en su deflagración, a las correas y estribos del alazán o lo que fuere, boca arriba, la cabeza colgante, y la corta melena, muerta como en la foto, pero viva, viva como en la foto, pero muerta, y las sedas y sargas colgando por el suelo y ella, la muchacha, quién, mi tía, con sus piernas y muslos enlazados a las ancas del animal, el vientre blanco, porcelana y sombra, contra el vientre inmenso, poderoso, del potro, separación azul de las nalgas, muslos de leche y crispación, y las medias de plata, atirantadas de más luna y esfuerzo, y los zapatos grises, color perla, con alguna estrellita brillante en algún sitio, los zapatos, los cruzados pies de la muchacha, por sobre el nacimiento del rabo del caballo, honda fornicación, nocturna cópula, no era a cadetes, no, a quienes se daban, sino al propio caballo, a caballos de crin blanca y miembro deshumano, meramente bestial, roja y negra biología, o lo más genital de lo telúrico, delicada moña de palidez y trapos, sumergida, adherida a la montuosidad, a la monstruosidad de un total caballo. Había un jadeo, un relincho, un acontecimiento que trastornaba el cielo, conflagración de especies, penetración como geológica de lo humano por lo deshumano, sólo un poco de luna atenazada al celo en tremedal de aquel caballo, y comprendí sus males, la muerte de la tía Algadefina, pecado del que todas morirían, sueño de la mujer, ánima del purgatorio, sexualidad fluyente, interminable, insondable dolor, morir —placer— así.

Mujeres y caballos, delicadas muchachas tosiendo la tisis de la época, sombras de vana luz, niñas de sexo, la cópula absoluta, lo imposible, el mar de la mujer, su inconsolable mar, mar vaginal, quizá sólo un caballo, quizá sólo un caballo. Para el pavor masculino adolescente, meretrices de negras profundidades uterinas, señoritas de raso y diminuta lujuria interminable, cómo saciar a la mujer, quizá sólo un caballo, la curvatura inmensa de su miembro, qué sombrío acoplamiento, tinta china el caballo, luna sin sus collares la delgada muchacha, dónde había visto yo, turbado, de repente, aquel raro grabado, lo no imaginado nunca, una mujer abrazada a la panza de macho de un caballo, la masculinidad cínicamente poderosa, y la criatura leve, centauro de marquesa Restauración y amazona desnuda, suicidándose en la cópula loca, clavándose en el vientre el sable japonés de sangre y desgarrón.

Lámina nunca vista, Titania del poeta, anhelo prefinal de la mujer, llenar su hueco eterno, la criatura de ausencia que ella es, con la presencia fálica total, eso que sólo, según yo había leído, consigue la mujer ya con el embarazo muy avanzado: sentirse embutida, al fin, llena de hijo o de falo, ese hueco de ser, mordisco legendario en sus entrañas, el alma que, según los griegos, a ellas les faltaba, el hueco, el hueco. Sueña el adolescente, sufre, teme, habiendo conocido la matriz insondable de las putas, la sexualidad escocida de Luisa Lammenier, la muerte tuberculosa e insatisfecha de la tía Algadefina, y hasta siente los celos de un caballo, porque no habrá cadetes, promociones enteras, que puedan atenuar ese escozor con ríos de semen.

La mujer, tierra incógnita, hasta dónde el placer, hasta dónde su grito, mira el hombre su miembro, reconsidera el muchacho lo fugaz y enfermizo de su poder, y se siente incapaz, me sentía yo, o quiere conocer, cuando menos, el límite del mar, la playa de la luna u otros astros en que muere la expectativa inmensa de la mar, sexo salobre, hembra y extendido. Cómo, cuándo se extingue ese deseo, serás un fracasado, serás un fracasado, contra lo que dijeran frailes y guerreros de que ella es frígida, frágil, fragancia sola.

La tía Algadefina galopando a la inversa bajo el caballo rubio del cadete, en el doble galope del trote y del orgasmo, tanta luna en los ojos, tanta sangre en la sangre, tanto semen o fuego o urgente río. Teresita, de niños, no se saciaba nunca, subidos en la copa de una acacia, no saciaba su boca comulgante con mi erección colegial, con mi bravo erguimiento prematuro. En Estrella, costurerita bizca, había como una casi mansa resignación proletaria, después del amor, porque uno presiente e ignora en cada mujer satisfecha miles de mujeres insatisfechas que aguardan dentro de ella, niñas que gimen esperando turno. Bajo la luna triste de los sábados, la meretriz enorme, embutida de moros, legionarios, hombres de otra sexualidad, que sabían incluso inducir un cuello de botella entre los grandes y los pequeños labios de la hembra, roturar una vulva con su machete. Nunca llegarás a eso, jamás llegarás a eso. La tía Algadefina, mi muerta disponible, la mujer hecha sólo de bulto de luna, besos de guinda momificada, orgasmos de masturbación, versos canallas, lencería de donde yo volaba todo calor, todo color, todo olor o recuerdo de su cuerpo, la tía Algadefina, criatura a la medida de mis débiles fuerzas, sueño flojo del hombre, había galopado caballos fornicantes, había sido llena de gracia y lechada en la remonta negra de su lujuria negra de premuerta.

Pregunta del muchacho de veinte años, en aquel tiempo antiguo y solapado: ¿hasta dónde llega la sexualidad de la mujer, qué astro apaga un orgasmo, qué cielo hiende su grito, y cómo va ella gozando, rotando en constelación de orgasmos

encadenados hasta la playa impura de la orina del mar y el sueño duro?

Nada sabías, nada sabías, el macho universal era un caballo que podía fecundar a las galaxias, tu entrevisión de aquello era una lámina, la tía Algadefina, amazona inversa, cabalgando boca abajo el potro militar, encabritado. Dónde empieza y termina una mujer, quién, en el beso, termina el beso, había dicho el poeta.

La mujer, lo comprendía yo entonces, es ser sin principio ni fin, eso que las teologías han querido conferirle a Dios, a los dioses, y que solamente está claro en las mujeres, a cuya semejanza se hicieron las diosas. De dónde viene una mujer, cuál es su parentesco con el agua, con la harina, la dalia, la erguida cierva, el fuego.

Y adónde va o llega, dónde termina (que no termina nunca) una mujer, cuál es la dimensión en que se pierde, ese fondo de bosque, ese bosque de nietos, esa piedra de ojos, piedra marina, oscura o clara, de generación en generación, como un rebote de la luz, como una veta de cristal distinto. Vivimos (lo pensaba yo entonces, en mi cama) sobre un paisaje que es todo mujer, y somos pasajeros, es el hombre, somos fecundación, instante, un oro de cadete, una fiebre de enfermo, un muerto de la guerra. Se ha entendido mal, inversamente, se ha malentendido el sistema reproductor de las especies, gallo en su gallinero, semental entre yeguas, entre vacas u ovejas. No hay monarquía masculina en esto. Las hembras, por el contrario, son la pululación universal de la hembra, la perduración latiente, devorante, que sólo algunos insectos ejemplifican: el macho es lo fugaz, lo devorado, el macho es lo soluble en el rebaño denso de las ovejas, el potro del cadete puede ser absorbido, consumido por la vagina pálida y hambrienta de la tía Algadefina, de una muerta.

Pasamos a través de ellas como camellos de ideación a través del ojo de su aguja, del agujero dulce de su cuerpo, y a la Naturaleza de anchos muslos le escuece ya la carne, el sol, la piedra, donde penes y penes, promociones, tuberculosos jóvenes, lectores en Derecho, militares, judíos, legionarios, heridos de la guerra, potros de la remonta, van penetrando grieta, haciendo obra, recomponiendo con su vida y su muerte la oquedad femenina del mundo. La tía Algadefina, lámina simbolista, dibujantes franceses, licenciosos, la tía Algadefina, boca abajo, muerta ya del caballo, pero llena de vida trotadora, con sus muslos de plata y su vientre de leche desnatada, enclavada a un gran sexo de caballo, fincándose en un viento de collares, el monte de la noche entre los muslos.

Pero la señorita de la lámina, la amazona inversa, no era la tía Algadefina,

no tenía por qué serlo. Reconstruyendo, creyendo o queriendo reconstruir la biografía de la tía Algadefina, con revistas de baúl, láminas viejas, resacas del pasado, fotos, crespones, cosas, lo que estaba reconstruyendo, quizá, fragmentariamente, era la biografía general de una época, el clima de una generación, como el antropólogo que por un solo hueso reconstruye el esqueleto total del mono humano, su edad, su antigüedad, su sexo, sus costumbres.

O más bien al contrario, reconstruyendo aquel clima de época, e incluso el ser natural y eternal de la mujer (eso que aún se llamaba «el eterno femenino», en *La novela verde*), lo que me iba saliendo era la biografía muy particular y personal de la tía Algadefina.

Lo había yo leído en Flaubert, seguramente (señor que nunca me gustó por la sequedad de su prosa, por su hacer, que había confundido sobriedad con taxidermia, taxidermizando la gramática y el estilo), lo había leído en ¿Flaubert?: «Basta observar una cosa con detenimiento para que se torne interesante». La enfermedad, la cercanía, la pesquisa, me habían tornado la vida de la tía Algadefina más interesante de lo que nunca fue, seguramente, y, sobre esto, pesquisando el pasado de una muerta (las muertas y los muertos también tienen presente), seguramente confundía los datos, equivocaba las conductas, pero aprendía mucho, o por lo menos algo, sobre la condición general de la mujer, que siempre me había sido incógnita.

Pasa igual con el amor, la ternura o el humanitarismo universal. Dice Ortega (en quien entonces se había parado el pensamiento español, mientras él andaba por París dialogando con las estatuas) que el amor es un fenómeno superior de la atención. Lo mismo de Flaubert, pero más líricamente expresado (y por lo tanto más cercano a mí).

Hasta observar con atención (en el plano superior de la atención) un gato, un niño, una mujer, un pájaro, una flor, un amigo, un enemigo, para llegar, no sólo al amor o la ternura por ese ser y toda su especie (incluyo el mundo mineral), sino a la comprensión esencial del orden o desorden del universo: de esa atención han nacido la ciencia, el soneto, el socialismo, la novela, el naturalismo, el erotismo y la tía Algadefina, que otra realidad no podía tener ya que la que yo le daba mediante mis pesquisas, sospechas, celos retrospectivos, fantasmales, indagaciones y deducciones fantasmáticas, como aquella de la lámina ecuestre, la señorita entre Odilon Redon y el marqués de Sade, entregada al amor de un caballo de remonta, como Shakespeare, en su insatisfacción homosexual, sueña la verga de un burro para la reina de su fábula, para sí mismo.

Lo que pasa es que toda calumnia tiene algo de adivinación mágica, y si yo había calumniado (sin siquiera formulármelo) a la tía Algadefina, suponiéndola aquella señorita de la lámina, la mitad femenina de aquel centauro sexual, de la calumnia quedaba algo, y cómo saber, entonces, si el deseo último, inexpresado (que ella no habría conocido en sí ni durante cien años de vida), el deseo post-lujurioso de la tía Algadefina no habría sido fornicar con un caballo.

La mujer repite hasta el infinito la decisión de Eva, su salto cualitativo, su devoración universal (que era lo que me había sugerido a mí la lámina del caballo y «la tía Algadefina»), y cuando ha asimilado el otro sexo, pasa a las otras especies.

En las clases del colegio (en esas clases que se dan fuera de clase, y que son las más informativas) habíamos sabido que el conquistador español fornicó llamas y cabras. Pero nadie pensaba que la india de América, cuando fornicaba con un ser de pecho de acero y rostro de bosque, con un ser de sonido incomprensible, que había llegado sobre cuatro patas (el caballo). ¿Acaso aquella india, que nunca había visto un caballo ni semejante centauro, no estaba fornicando con el ser entero (tardaron en saber que caballo y caballero no eran una sola pieza) y equino?

El licencioso dibujante simbolista no había inventado nada, y todas estas divagaciones, y otras, las anotaba yo, con caligrafía febril, en mis cuadernos de enfermo, por detrás del cuadro de las décimas, hasta que todo quedaba, extenuado, sobre el lecho, o caía al suelo, en la alfombra y la tarima, extendido yo sobre la sábana, boca arriba, latiente de escritura, de conjeturación sexual y esfuerzo, viendo sólo, con los ojos abiertos o cerrados, la lámina, la lámina, la tía Algadefina (el mismo peinado/despeinado, el mismo vestido/desvestido, y hasta las medias de plata con que estaba en las fotos de álbum: otra mañana habría yo de buscarlas en el ropero de aguardiente y sombra). La tía Algadefina, buscando en el cadete la masculinidad inmensa del caballo.

Si encuentro unas medias de plata, en el arcón, entre sus cosas, sabré examinarlas a ver si han perdido la plata, con el roce violento, por el interior del muslo, ahí donde se escuece Luisa Lammenier, me decía yo, jugando hasta el final aquel juego injugable con la muerte y con la muerta. Luisa Lammenier: fue cuando tuve la revelación penetrativa, relámpago de la cabeza sobre el pecho: Luisa Lammenier no se escocía de pasear cadetes, ni de montar su caballo (solían hacerlo a mujeriegas, con las piernas juntas), sino de fornicar caballos de la remonta.

LA bata era una bata dinástica. La bata había sido de mi abuela, de mi madre, de las mujeres de la familia, hasta llegar a mí, cuando enfermo.

La bata, como ciertos privilegios antiguos, era de transmisión matrilineal. Desnudo o casi desnudo, alguna vez con pijama, me envolvía yo en la bata satén, cuello de seda, no sé, perdido dibujo persa (el tiempo va volviendo persas todos los dibujos).

Era la bata con que (aún no mía) me había sentado yo, de diez u once años, a escribir, o hacer como que escribía, ante el espejo grande y enlutado que había sobre la consola de la habitación azul. Bata que al fin, desechada por alguien, devenida, era mi bata, la bata del enfermo, échese siempre algo por los hombros, envuélvase en algo, había dicho el doctor Arapiles, cuando salga de la cama.

El peligro de un frío, de una corriente, la ligera y suficiente protección de la bata, velo azul, cuello de curva negra, o azul marino, aquella ropa leve con que yo transitaba por la casa, o me miraba en el armario de luna, el pelo en una sola onda rubia, los ojos de un brillo triste, las ojeras, las ojeras, las ojeras de la masturbación y el insomnio y la ¿fornicación? y la conjeturación y la tuberculosis y la neurastenia que acompaña a todo proceso tuberculoso, como había yo leído, o sea, la enfermedad de la enfermedad.

¿Estás tú neurasténico?, me preguntaba ante el espejo. La neurastenia que me llevaba a tener celos de una muerta, y luego del improbable cadete novio de la muerta y luego del caballo, del improbable caballo del improbable novio de la improbable muerta.

Allí, de pie o sentado frente al espejo, como un día Luisa Lammenier, para exhibir su braga de un negro exquisito y suavizarse con talco lo más escarpado de los muslos paseantes/fornicantes, allí veía yo aquel hombre, me entregaba a mi enfermedad, como dejándome hundir en un agua negra, como dejándome ahogar, y experimentando, con horror, que aquello era placentero. Ah si de verdad los espejos se tragasen a la gente, como en las novelas y en las películas.

¿Y qué has hecho hasta ahora, cuál ha sido tu vida? No me sentía, aquella mañana, aquellas mañanas, de vuelta de nada, como suele el hombre de veinte años, porque la enfermedad, varándole a uno en sí mismo, le desautoriza aquello de que su caos es sagrado, mal traducido de Rimbaud. Yo no había hecho nada, sino acudir a escuelas apagadas, besar la braga malva de Teresita (con olor a lejía) en la copa de una acacia, asistir a las oficinas consistoriales, no estudiar Derecho

Administrativo para no aprobar nunca ningunas oposiciones, leer el Derecho Romano de mi primo (mal estudiante perdido por tabernas taurinas y flamencas), comprender que el latín es sagrado, el trigo es sagrado (sin saber latín ni frecuentar el trigo), hablar de Petrarca, Leopardi y Virgilio con Isidorito Latarce, sin haberlos leído, mantener amores dominicales con Estrella, la costurerita bizca, obrera y ferroviaria, dejar que me masturbase abnegadamente en cines de sesión continua, escribir en esos cuadernos desmelenados y desesperados en que escribe siempre el escritor adolescente (cuadernos que trato de peinar y esperar aquí y ahora), masturbarme desde muy temprana edad o vivir, sin pensar en ello, la experiencia callada, sexual y profunda del ánimo del Purgatorio del cuarto de la plancha, a más de las meretrices de los sábados, pasear mucho la calle ancha entre Federico Lasalle y Alejandrino, sintiéndome la síntesis de ambos, niño autista como Alejandrino (pero que había superado su autismo en el donjuanismo vano, mero polen errante, de Federico Lasalle, novio de colegialas filarmónicas, chicas del Conservatorio, cursis del Liceo Francés y hermanas histéricas de sus amigos). Y ahora vas a morirte.

Me gustaba asustarme, darle un susto a mi miedo, era casi comfortable sentirse arropado por la muerte y por la bata, tengo que encontrar algo aún más parecido a la muerte, me decía, tengo que vivir la experiencia de la muerte antes de muerto, irme acostumbando, y era ya mi póstumo, joven poeta frustrado, malogrado por larga enfermedad, una manera provisional y engañosa de jugar al engaño, de disfrutar la muerte como un retiro glorioso antes de la gloria literaria.

Pero no dejaba obra ni tenía cultura, unos poemas dispersos, unas prosas, y qué había leído yo, había leído mucho, era un saco de citas y lecturas, pero te falta una cultura estructurada, me decía, una cultura vertebrada, ésa era la palabra, vertebrada, y no quería recordar demasiado que el primero en tomar esa palabra de la historia natural para aplicarla a la Historia había sido el famoso escritor, muerto ya o mascarilla, vivo en París dialogando con las estatuas, como he dicho, porque si, además de tener una cultura invertebrada (que no era lo mismo que *no* tener una cultura), reconocía en lo consciente que la palabra no era mía, sino de un libro no leído, qué es lo que me quedaba. (El hombre de veinte años retrocede ante cosas así, sostiene su insostenible seguridad en el andamiaje vergonzante de unas citas que prefiere olvidar de dónde vienen.)

La abuela, cuspidal y remota, que sólo de tarde en tarde venía a verme sin verme, por la Creta de pasillos de la casa, el padre, muerto en la guerra, la madre, loca en sus loqueríos o asunta, como la Virgen, a cielos más puros y sanatoriales, desde donde a veces me llegaban sus cartas de letra redonda, clara, tranquila, su

buena letra de funcionaría, de escritora, de enferma y de madre, anota todos los días las décimas, no dejes el cuadernito de las décimas, esto era muy suyo, había que ser, cuando menos, un cadáver ordenado, había que llevar bien la contabilidad de la muerte. Las cartas estaban allí, en la arqueta de sobre la cómoda u otro mueble, entre los recibos sin pagar, las escrituras sin firmar, los testamentos sin legalizar.

Ya sabía ella que yo no la iba a escribir, me tenía prohibido que la escribiese, por el esfuerzo que en mí era eso, pones demasiado en la escritura, hijo, pero luego yo me derrochaba en anotaciones como éstas, febriles, perdidas y crispadas, para nada.

Las visitas, el médico, los amigos, las extrañas mujeres, las amigas de la familia, las criadas, doña Hungría del Pazo de Ulloa, a partir de cierta época. Una cultura invertebrada, lo peor de Rubén Darío. Lector: si oyes los rumores de la ignorada arpa mía, oirás ecos de dolores; mas sabe que tengo flores, también, de dulce alegría. Lo suficiente para contrastar con *Eróticos y sentimentales* y conocer lo que en este libro hospiciano había de plagio agravado por lo venéreo. Pero mi poesía no iba a ser eso, no podía ser eso.

Y pasaba el lañador, borrando con su melopea gitana y suburbial las arpas tísicas de Rubén Darío. Como un saludable viento de hojalata.

Eso, como un saludable viento de hojalata, como cuando entran los metales wagnerianos después de las arpas becquerianas. Yo, que había ido con mamá a todos los conciertos elegantes de la ciudad (en los claros de su enfermedad o de la mía), sin hacerme nunca una educación musical, porque todo me sonaba lo mismo: se puede tener oído para la prosa y hasta para la poesía, y no para la música, al contrario de lo que le ocurre a tanta gente. Yo, que conocía orquestas, solistas, concertistas y cuartetos de cámara, que me sabía programas de memoria con la memoria abarquillada como se abarquillan los programas después del concierto, yo, que no era capaz de organizar todo aquel sonido organizado dentro de mi cabeza o mi corazón, yo, en cambio, había adquirido la disciplina o la sensibilidad de oído que me permitían disfrutar la mañana, en el lecho, como un recital. (Cuando no se llega al contacto eléctrico con una emoción estética, queda al menos el protocolo de esos contactos, y de tal protocolo viven muchos snobs.)

Así, la mañana se iniciaba, como un concierto, para el madrugador que no tenía que levantarse (y hablo ahora de las doradas mañanas del buen tiempo), con el canto de un solo pájaro, que luego eran dos o tres y luego miles, como cuando el

concierto de los miércoles se iniciaba en una esquina imprevista de la orquesta, hacia donde se dirigía el director inesperadamente con su batuta.

Luego, después del violín amanerado de los pájaros (los pájaros son unos amanerados que han nacido solistas), la vida irrumpía en tropel, «el metal amanecía clarín», como dijera el niño precoz, genial y homosexual de las Ardenas, y había una galopada de lecheros, panaderos, tartanas, automóviles (mejor en singular), guardias y procesiones, allá abajo, en la calle, bajo el mirador, como cuando la orquesta entra a toda batalla y, más que Wagner, parecía reconducirla el propio Nietzsche, con ese ímpetu vital de los enfermos, los ciegos y los locos, que era el ímpetu de Nietzsche.

Esto se prolongaba con salvas reales (sacudida de alfombras), dúos matinales (dos criadas de balcón a balcón) y coros celestiales (las monjas o las colegialas en sus campaniles de cogerle a Dios por una manga). Hasta el clarín de cinc del gitano, un saludable viento, sí (la hojalata amanecía clarín), que barría tanto cielismo y confortaba el oído y el pecho con el rute runcular del lañador.

Hacia media mañana, el *moderato cantabile* o las arpas simbolistas (becquerianas, rubendarianas), que no eran sino mi ensimismamiento en la lectura de algún poeta infame o genial, con preferencia por los surrealistas locales y los segundos románticos franceses (*Eróticos y sentimentales* era una lectura extraliteraria, ereccional primero, pesquisidora después, cuando yo descubrí o creí descubrir en ese libro la vida secreta de la tía Algadefina: leía aquel libro como una biografía o una novela). Venía luego un como descanso, a la manera de los conciertos del teatro, en que yo aprovechaba para tomarme la temperatura, y vagos personajes, como en los intermedios, iban y venían por mi cabeza: la abuela cuspidal (que cualquier mañana llegaría a verme), las ánimas del Purgatorio, tan hacendosas, Luisa Lammenier, de las Lammenier de toda la vida, la tía Algadefina, Alejandrito, Federico Lasalle, que había anunciado su visita, la Inocencia, la Ubalda, la Manuela, la Eladia, aquellas mujeres negras o sombras aldeanas que no se sabía bien si servían a la familia o la tenían secuestrada desde varias generaciones, como pasa siempre con el servicio duradero.

La segunda parte del concierto era ya un bosque de oro, con frondor de nubes blancas y cielos recién llegados en el reflejo múltiple y cubista (no analítico) de los cristales del mirador, en el poliedro de luces y vidrios que era el mirador a partir de cierta hora.

Dentro de una sinfonía (y más dentro de un concierto), hay un momento en

que ya no estamos consumiendo sonidos, sino luces. Ocurre igual con la poesía y ciertas prosas. Ese paso del sonido a la luz, de la luz al sentimiento, del sentimiento al color, esa traducción simultánea o encadenada de unas cosas en otras es la creación artística o literaria, sin que esto tenga nada que ver con el ideal wagneriano de la integración de las artes.

Crear es traducir. No sólo traducir la realidad a palabra o el sentimiento a sonido, sino traducir palabras, sonidos y otras muchas cosas entre sí, si se quiere que lo creado tenga bulto, cuerpo, dinámica, vida.

Pero con la misma naturalidad que los ruidos se habían fijado en notas, y luego las notas en colores, ahora los colores, prima tarde, volvían a hacerse solubles en música, y la música empezaba siendo callejera, charanguera (radio madrileña de las modistas de no sé qué piso), como un coro de teloneras, como una irrupción de coristas que, sobre el jaleo radiofónico, ponían el jaleo triste de sus voces y el pedaleo de la máquina de coser.

Tras este número populista y muy aplaudido entre mis públicos interiores, volvían los coros de las potestades y dominaciones, el canto natural del cielo, el entrecruce de cielos, como un entrecruce de aguas en el estrecho de Bering, la túnica larga y azul de un firmamento interminable que arrastraban, en su procesión interior por el convento, de capilla en capilla, las colegialas de una cierta distancia y las monjas de clausura de otra distancia diferente.

Al principio todo me había parecido igual, claro, pero luego aprendí a distinguir el canto celestial de las colegialas, más moreno, más terrestre, del canto celestial de las madres de clausura, más ileso, más divinal. Como aprendí a distinguir el solo de la maestra de taller de las modistas, un solo aguardentoso y ahogado de claveles viejos de verbena antigua, del solo de la oficiala joven, que le ponía al viejo repertorio un algo nuevo y fresco y lo hacía presentísimo. Como no veía yo a aquella oficialita, ni la había visto nunca, inevitablemente le daba la fisonomía de Estrella, su distante par en edad, clase, generación y oficio.

Y esto me llevaba o me traía a la nostalgia repentina, a la urgencia sexual por Estrella, su belleza malograda por el ojo viajero, sus manos picoteadas por los pájaros de la pobreza, agujas y alfileres, su boca perfecta y su cuerpo de masa suburbial, anchura joven y fornicación de pie, entre las florestas del humo de los trenes, como promesa de un hogar proletario, ferroviario, escaso y excesivo, con joyas de hielo en el eterno enero de la pobreza y la ventana del piso bajo. El concierto había terminado y volvía yo (qué lejos las Delicias, los trenes, Estrella y

su felicidad a cuadros de mantel), con mamá, a pie, despacio, en el anochecer de gamuza y guante impar, muy dentro de mi clase y de mi mundo, mirados ambos por los escaparates, las estatuas y los grupos últimos, en pie, de los antepasados.

AQUÍ las vitaminas, y el termómetro aquí, lo limpias siempre con alcohol, ya sabes, el espejo está lleno de polvo, hijo, te lo voy a limpiar también un poco, pero esta Ubalda, ¿es que no pasa un trapo?, no es bueno que respires tanto polvo, será sano tener siempre abierto, pero hay polvo que sube de la calle, y Eugenia Primo, la entrañable Eugenia, la dulce Eugenia Primo, envejecida, la treintena, no sé, la cuarentona, iba y venía por la habitación, ponía en todas las cosas un toque mate de tristeza, creyendo poner un toque de brillo, de aseo, o a la inversa, no sé, Eugenia Primo.

De niño, Eugenia Primo me había llevado de la mano, alguna vez, al taller de sus padres, sus hermanos, en el tranvía remoto, y me había dado de almorzar una tortilla francesa con azúcar, ay aquellas tortillas francesas con azúcar, y sus padres, sus hermanos, los hombres, los mecánicos, con hermosos monos azules, muy manchados, como mares sobre los que flota una mancha de aceite, movable y con reflejos, aquellos hombres, digo, arreglaban un Ford T, siempre un Ford T, el eterno Ford T, que era como los de las películas, el cine mudo del domingo y la infancia, todo eso.

Seguramente, el único Ford T que había en la ciudad —¿de quién sería?—, y yo, que entonces no me preguntaba eso, sentado en el suelo, comiendo un bocadillo de tortilla francesa con azúcar (a Eugenia Primo nunca se le olvidaba el azúcar: en eso se notaba que me quería un poco, o un mucho más que mis tías, por ejemplo), y yo, feliz al mediodía, en el garaje inmenso, viendo aquel gran Ford T, luego he sabido, con el tiempo, que Henry Ford I murió, príncipe de la industria, tísico como yo, y dibujando cigüeñas: era un inspirado, un lírico, también lo había yo leído, por entonces, en mis desordenadas y devorantes lecturas de la cama: el hombre sólo tiene proyectos líricos.

El primer hombre que sueña un Ford T, que lo imagina, que dibuja su cigüeña de cigüeña esbeltísima, es como el que sueña la Victoria de Samotracia (inevitable referencia a Marinetti en el lector adolescente), o Afrodita Anadiomenes o *La litada*, aquel sueño colectivo, aquel Homero de doscientos años, tejido de hombres, Homero, tejiendo todos en la tela sin fin de Penélope. Eugenia Primo me había llevado a ver el Ford T, un mediodía, muchos mediodías, y eso no se olvida. Estaba llamada a ser una mujer en mi vida.

Mi madre y ella se habían disputado a mi padre, o él, a la inversa, había dudado entre ambas (a Eugenia Primo le iba *entrambas*, no sé por qué), y luego, cuando él se decidió, Eugenia Primo se había quedado soltera, solterona más tarde, amiga de los traidores, de la pareja traidora, con el pelo estirado como por una

rabia contenida, en bello moño, con la frente luminosa, grande, hermosa y sufridora, con los ojos navegados por una bondad errante y sin destino, la nariz perfecta, la boca bella, el cuerpo grande, firme, un volumen armonioso como una delgadez, una delgadez casi voluminosa.

¿Y te tomas la fiebre?, ya sabes que tu madre quiere que te tomes la fiebre a diario, lo vuestro es cosa de familia, pero tú vas a ponerte bueno, sí, eso me ha dicho Luisa Lammenier, ¿la Lammenier, pero viene por aquí esa loca?, y había en su voz como una cansada alarma, te me tomas las vitaminas, come más, hay que alimentarse, no leas tanto, todo cansa en tu estado, estudia un poco, aprovecha, pero sin fatigarte, cómo se parecía a mi madre, Eugenia Primo.

Cómo se parecía a mi madre, Eugenia Primo. Llegaba sin llegar, estaba allí, algunas mañanas, regresando de misa o de sus compras, cruzándose, quizá, con algún otro novio imposible, casado ya, que iba a regentar su industria. Y me lo pudo decir, alguna vez, sentándose en la cama, inclinando hacia mí su cercanía de santísima virgen y el abundar contenido de sus pechos, que había dado «como melones, al rumor de la misa», ay los poetas, siempre los poetas. Me lo pudo decir, en mi habitación de enfermo, mientras la mañana era una ópera de lo cotidiano, allá afuera, allá abajo:

—Tú igual podías haber sido hijo mío. Si tu padre llega a cambiar de opinión...

Y me besó en la frente, después de aquella doble confesión de amor a dos hombres en uno, porque un enfermo grave es ya como un muerto, deja en libertad a los vivos, con el salto ejemplar hacia la muerte que él ha dado, para sentirse más libres y decir más cosas, las cosas que, de otra forma, nunca se hubieran dicho.

La enfermedad de uno le vuelve a uno oráculo entre la vida y la muerte, así como, inversamente, depositario de las confidencias de todos. Los enfermos son ya los últimos oráculos e iconos a quienes el mundo reza o se confía. Los santos mueren de carcoma, como toda la teología, y los muertos, a quienes también se acostumbra a dar mucha conversación, casi nunca responden.

A un enfermo grave se le dice todo (y en esto había yo colegido mi gravedad), porque se cuenta vagamente con que va a morir y porque la sola cercanía de la muerte es estimulante, distancia de la vida y sus conveniencias, ayuda a contar cosas. Incluso la tía Algadefina, muerta, me había revelado que su pasión sexual eran los caballos de la remonta. Luisa Lammenier me había

mostrado la braga y el liguero de filigrana como si yo siguiese siendo el niño de toda la vida (la muerte, asimismo, nos anaña), las criadas dejaban entrever su descontento —«mi niño se ha acostado con una mandarina y unos higos»— y hasta mamá, desde sus cielos sanatoriales, me escribía unas cartas —pocas— más de novia que de madre. Son lucros de la muerte.

Luisa Lammenier y Eugenia Primo eran vidas paralelas y divergentes al mismo tiempo. Habían vivido los mismos domingos, los mismos cadetes, las mismas tardes malva y perla de la Hípica (como mi madre, como mis tías, como la tía Algadefina), pero Luisa Lammenier, que era lo fugitivo, lo fornicativo (o eso creía yo), estaba siempre igual, se perennizaba (como suele ocurrir con lo más pasajero), mientras que Eugenia Primo, con modelado de eternidad, con arcilla de siempres en su cuerpo suavemente moreno, secretamente blanco, estaba como muy sometida al insulto del tiempo, a la prisa del siglo, a la devoración del pasado, y yo veía muy claramente que esta Eugenia de ahora, madura y triste, no era la alegre Eugenia juvenil que me llevaba de la mano a almorzar tortilla francesa con azúcar y ver el gran Ford T, en el garaje inmenso, entre cuya ferralla el sol hacía fogatas, aquel garaje con olor de película americana.

De modo que la segunda o la tercera vez que me dijo que yo podía haber sido su hijo, inclinándose sobre mi pecho desnudo, y me besó en la frente, como poniéndome en ella la ceniza sacrílega de su carmín, de su perpetuo miércoles de ceniza, aquella vez, digo, una vez, la cogí de sus hombros como frutas excesivas, de sus pechos a punto de rodar fuera del vestido, de su cintura geométrica y fuerte, como la de Afrodita Anadiomenes, y la besé en la boca, llenándome de aquel carmín convencional y eclesial, comiéndome el carmín hasta tener sus labios gruesos y delgados, y morderlos como mordiendo aún a la muchacha morena clara que me llevaba a ver el Ford T, por qué has hecho eso:

—Porque me llevabas de pequeño a ver el Ford T.

No entendía nada. Cuando se lo expliqué, mirando yo para el techo crema, por vergüenza de mi beso y por recordar mejor en el cinematógrafo de la superficie lisa (con alguna vaga mancha de humedad), fue comprendiendo, recordando, asociando, y hubo una adorable sonrisa en sus ojos con cristal de lágrima (mas no en su boca).

—Serás un poeta —dijo—. Eres un poeta. Como tu padre.

—Y como mi madre.

De nuevo, imperceptiblemente, la vieja y dulce rivalidad. ¿Habría Eugenia Primo fornicado con un caballo de la remonta? Hay una edad en que el natural desdoblamiento del adolescente le lleva a tener celos de sí mismo: puesto que se ha dejado besar por mí, se dejará besar por cualquiera. Y, en la línea de la pecaminosidad, ¿por qué no llegar hasta la fornicación con caballos, si es lo que ellas realmente necesitan? Eugenia Primo arreglaba cosas por la habitación, ladeaba un poco la butaca donde se había sentado Luisa Lammenier a suavizar sus muslos y mostrar su braga: si tú supieras, pensé, con sonrisa interior de hombre malvado y múltiple. Antes de irme, tengo que pasar a ver a la abuela, tampoco está bien, la pobre. Pero yo estaba pensando que, en cuanto tuviese una mejoría, iba a ir donde Carmen la Galilea, la meretriz, y preguntarle, oye, Carmen, Galilea, dime, vosotras, las mujeres, putas o no, ¿folláis con los caballos?

Era la única manera de saberlo.

Y lo abandonado que te tienen, hijo, los enfermos ya se sabe, o se curan a la primera o todo el mundo se cansa, tu abuela, la pobre, no está para ir y venir mucho, la Ubalda y todos éstas son unas brujas, eso es lo que son, unas brujas, que yo lo he dicho siempre, se están comiendo esta casa por un pie, se están llevando lo que no tenéis, tanto servicio, tanto servicio, y aquí no entra un duro de nadie, todo son gastos, ellas no quieren irse, claro, ni siquiera cobran, ya se cobran bastante en otras cosas, las comidas que tú dejas enteras, los filetes empanados, y luego lo que van sacando de los roperos, de los desvanes, que yo me dedico a la caridad, tú ya lo sabes, y conozco a los pobres, ay los pobres, tenemos que hacer mucho por ellos, que Cristo nos lo mandó, pero es que los pobres mienten, mienten mucho, pues buenos son, hay que andarse con ojo con los pobres, Eugenia Primo era muy de derechas, qué de derechas era Eugenia Primo.

Y mientras iba hablando, ordenaba lo ordenado, me estiraba el embozo de la cama, rozaba mi pecho con sus manos de caridades y ¿masturbaciones? de solterona, Eugenia ¿tú no te das talco en los muslos, no te escueces? Se detuvo un momento, sin mirarme:

—Ay, qué malo te has hecho, Francesillo, claro que ya tienes diecisiete años, por lo menos.

—Veinte.

—Claro, es que cuando yo conocí a tu padre era una niña.

Y se arregló el moño, no sé por qué. Tuve un deseo vehemente, pugnante, absurdo, ereccional, de que Eugenia Primo repitiese la película de Luisa Lammenier.

—Eso se queda para la Lammenier, que es una loca. Cuando tú eras pequeño, venía a esta casa y lo primero pedía el talco, sin pudor.

—Lo sigue haciendo.

Eugenia Primo vino a sentarse en la cama, con todo el culo, invadiendo medio lecho. Estaba erguida, con las manos en el montuoso regazo, con esa compostura de la decente dispuesta a escuchar lo peor:

—Un día lo ha hecho aquí, delante de mí. Le pedimos los polvos a la Inocencia.

—Qué vergüenza, por Dios, qué cosa más indecente, si es que esta guerra ha acabado con todo, los valores, ya no hay valores, es lo que tienen las guerras, claro que la Luisa siempre ha sido loca, hacérmelo eso a un niño.

Hablaba sin mirarme, con la cabeza baja, como mirándose el nacimiento fuerte y bello de sus pechos. Parecía que iba a accionar y no accionaba. Tenía las manos quietas. Yo puse mi mano izquierda, vagamente febril, entre las suyas.

—Sólo ha pasado eso, te lo juro.

—Que no lo sepa tu madre, que no lo sepa tu madre.

Y dos lágrimas de santísima virgen dolorosa de las angustias vivieron en sus mejillas dulces la incertidumbre pluvial de ir a caer. Me miró a los ojos, me miró el pecho desnudo.

—Mira, Francesillo, yo he vivido, como ella, entre hombres desnudos, entre heridos, pero lo he hecho por Dios y por la guerra. Alguna vez me he enamorado, claro, esos hombres destruidos, que lo han dado todo por unas ideas, pero sólo han sido cartas, unos bombones, un beso en la mano. Yo he salido con los cadetes de la Academia, como todas las chicas de la ciudad (las cuarentonas seguían llamándose chicas entre sí, y esto me hacía mucha gracia), pero nunca ninguno me ha besado, porque mi amor, yo, bueno, historias que no conoces (yo las conocía de sobra), y Luisa Lammenier, a la que todos queremos tanto, es una loca, la pobre, es una loca, tiene la desgracia de tener ese cuerpo que le ha dado el demonio, y esa manera de

tratarse con los hombres, y claro, pero un niño como tú, casi mi hijo, nuestro hijo, bueno (volvía a tocarme el pecho), la verdad es que ya tienes vello en el pecho, y muy suave, allá cada una su conducta, estoy hablando más de lo debido, pero eres un enfermo, tú ahora eres un enfermo (e insistía en esto, como habiendo encontrado al fin un argumento de hierro contra la conducta de Luisa Lammenier).

Iba a preguntarle lo de los caballos, ¿y os acostabais con los caballos de los cadetes?, vamos, acostarse a lo que fuera, porque la tienen más grande que un moro y encima no hay peligro de que os hagan un niño, sería, en todo caso, un centauro o así, me reí para adentro.

—¿De qué te ríes, tonto?

Miré su pelo duramente estirado, sus ojos de purísima, sus mejillas de fruta de la cosecha anterior, el nacer irrupiente de sus pechos, la línea de sus hombros, de sus brazos, el regazo maternal (tan deseable madre), y me dio pena. Pobre Eugenia Primo. Imposible insultarla, desconcertarla con la pregunta sobre los caballos.

Había sido una idea loca lo de imaginarla con las faldas por alto, como Luisa Lammenier, con sus muslos como dos sementeras, y una braga ¿de qué color sería la braga de Eugenia Primo?, una braga blanca, sin duda, y muy ancha, ni ligeros ni nada, las saludables piernas desnudas, deportivas, reflejando su intimidad en el espejo y acariciándose sus propias ingles.

—Necesitas una novia, Francesillo, para cuando te pongas bueno, yo sé lo que sois los hombres.

Acerqué la mano que le tenía cogida, se la besé cerrando los ojos.

Cuando los abrí, ella tenía su rostro muy cerca del mío (lo había sabido yo, lo había sentido a ojos cerrados), y, con los ojos a su vez cerrados, esperaba, sin duda, el beso, el mordisco en los labios, ya sin carmín, labios rejuvenecidos por la afluencia de sangre de mi morder furioso y casi cruel («practiquemos la crueldad como un rejuvenecimiento», leído también en el niño maricón de las Ardenas).

Amé el levísimo vello rubio sobre su labio superior, amé el sudor de agosto (que rizaba en el cielo su calor como una palma de ángel torrefacto) en su cara de altar, amé el temblor de solterona en su boca y su cuerpo, no sin tristeza, obligándome a desear aquella carne por la que habían pasado en vano, sin romperla ni mancharla, generaciones de machos de la guerra del Rif o la que fuera.

Ya no era el torpor adolescente y deslumbrado por la mujer mayor, sino la piedad nueva, extraña, generosa (que tan adulto me hacía, creía yo) por los cuerpos rozados mortalmente por el ala del tiempo, esos cuerpos que todavía se ofrecen, con una pompa melancólica (toda nostalgia es un fervor decaído, André Gide: lleno estas memorias de citas porque de citas vive el artista adolescente, como creo haber ya dicho). Pero en seguida caí contra la almohada erguida, vencido por mi propio deseo, incapaz de transportar y transmitir tanta carga sexual.

Eugenia, ya de pie, se arreglaba el vestido, recuperaba la dignidad perdida (tics universales de la mujer en el amor), pero lo hacía frente a mí, no vivía en los espejos, como Luisa Lammenier, me quería un poco más, o mucho más, quizás había una pequeña, dulce y húmeda serpiente entre sus grandes muslos de cosecha, no tienes que excitarte, nada de esfuerzos, tú tienes que curarte, para eso rezamos todas por ti en esta casa, y se iba, se iba, no acababa de irse, mi pobre niña vieja, mientras agosto rizaba en el cielo su temperatura como la palma de un ángel torrefacto.

FEDERICO Lasalle, perfil de un romanticismo mezquino y como rapaz, Federico Lasalle, chaqueta de cuadros blancos y negros, muy recosida, largas piernas y pies planos; elegantes, antiguos, pretenciosos zapatos de puntera, a lo hombre de cabaret, Federico Lasalle, de mi misma edad, otro alter ego, como todos los amigos, era hijo de viuda, violinista de oído, alumno por libre de todos los Conservatorios importantes de España, novio formal de obreras ferroviarias y costureras, chicas como Estrella, y novio informal de señoritas bien, acera de Recoletos, aquel mundo de pamelas, barquilleras y resoles que se alineaban frente al Campo Grande. Pero Federico Lasalle no iba a hacer una buena boda (sueño, quizá, secreto, de su madre) porque no tenía un clavo. Federico Lasalle venía a verme algunas tardes.

Habíamos vivido juntos la pesquisa inútil de las colegialas fugaces de las jesuitinas, la pesquisa estival de las extranjeras (francesas mayormente) que venían a los cursos del Palacio de Santa Cruz, y allí habíamos tenido idilios de fuente, piedra y encaje antiguo, idilios que Federico Lasalle remataba en el río, en una barca de la Oliva, con un beso, y que yo no remataba ni bien ni mal, porque mi francés era peor, y, sobre todo, porque me tiraban más las obreras de las Delicias, las meretrices de Santa Clara y el Caño Argales, las amigas de mi madre. Aquellos amores de pantalón blanco y falda escocesa, que tanto parecían gratificar a Federico Lasalle, a mí me jodían un poco. Nacemos, quizá, sectorializados, dirigidos a un grupo social, y por supuesto a un mundo femenino y no a otro.

Mis costureras y mis meretrices encontraban como un tanto cursi y redicho a Federico Lasalle, que tocaba el violín sin tener violín.

Yo, por el contrario, debía resultarles demasiado español (un raro español rubio que no lo parecía) a las francesas asténicas, frías y altivas del Colegio de Santa Cruz, que todas acababan apellidándose Polignac, a la segunda vuelta por el río o por el paseo:

—Salgo con la princesita Seina de Polignac —me dijo un día Federico Lasalle.

—Seina de Polignac es la mía —le dije.

Recurrimos a las respectivas tarjetas en letra inglesa de bulto que nuestras novias fugaces nos habían dado. Idéntica tarjeta que, obviamente, no era de ninguna de las dos, sino de alguna remota compañera de estudios a la que habían saqueado, antes de venir a España, su secreter, para abrumarnos a los españoles

con dinastías proustianas (cuando aún no habíamos leído a Proust: Federico Lasalle no lo iba a leer nunca).

Mi Seina de Polignac era menuda, morena, como tocada de una temperatura excesiva, lo que los propios franceses habrían llamado «una falsa delgada». El día en que traté de hacer el amor con ella, en el fondo de la barca, bajo su protocolaria falda escocesa, la luna se había ido, con su polisón de nardos, desvergonzadamente lorquiano (Lorca estaba prohibido y fusilado), a cuidar los niños de la Oliva, la barquera. Pero Seina de Polignac, desde las vidrieras medievales de Combray o algún otro reino poniente de Gilberto el Malo, me dijo oh no oh lalá Francisco tan impulsivo espagnol, imposible avec vous, yo me debo a mi virginité, oh sí oh sí, una noble de la France, me debo a un noble dans la France, pero tú vous me congratulas me.

Y entonces quedó claro que su diminuta membrana era hipoteca futura de un noble normando (los mismos billetes de cincuenta o cien francos parecen hechos de virgo de mujer, por lo delicado, sedoso y rompible/irrompible de su tejido). Pero ella, que para eso era francesa y noble, toda una printemps, o como rayos fuese eso, iba a hacerle otras cosas al español ignorante, impulsivo, compulsivo, etcétera, al español etcétera, porque el español no es más que un etcétera de tanta grandeza gala, y lo que me hizo fue una mamada importante, que ella llamaba fellatio o fellación, oh les plaisirs, y a mí me habían hecho felaciones diversas mujeres, Carmen la Galilea, Estrella, la costurerita y así, pero no se lo dije a la altiva princesa Seina de Polignac (se parecía un poco a la que luego hemos conocido como Françoise Sagan), porque hubiera sido grosero y español desencantar a tan encantada y encantadora princesa.

De modo que eyaculé en su boca de loba joven, como un bendito (y sin pagar), y lo que temo es haber salpicado un poco o un mucho la falda escocesa de la descendiente de los Polignac, de los Luises o de los Guermantes, yo qué sé, porque lo cierto es que no lo hizo nada mal la jeune feuille en fleur, que ahora se lavaba la boca, la cara y las manos en el río, inclinada sobre el agua negra, mientras yo pensaba en la verdadera e incógnita Seina de Polignac, que quizás estuviese en otro país meridional haciéndole felaciones a otro aborigen lerdo, y la luna volvía, no de la fragua, sino de dejar dormiditos a los niños de la Oliva, medio gitanos, medio payos, con su polisón de nardos desvergonzadamente lorquiano, porque Lorca estaba (bueno, ya lo he dicho), y yo había leído el Romancero gitano en la Biblioteca municipal, edición de los años veinte, con la página de *La casada infiel* preceptivamente arrancada, expurgada, claro.

Repetí la excursión fellatio/fluvial con otras francesas del Colegio de Santa Cruz y todas acabaron defendiendo el santo grial de su membranita mediante exhibición de la tarjeta que ponía Princesa Seina de Polignac, naturalmente.

Mi vieja ciudad agraria se había llenado de princesas de Polignac, sin saberlo, como dice Lawrence de Arabia que el unicornio camina entre corderos, ignorado.

Quizá Federico Lasalle fuese también un unicornio perdido entre corderos. Pero le faltaba el cuerno, el violín, para que los carneros pudiéramos distinguirlo, y yo quería a Federico Lasalle, pero me daba un poco de rabia lo cursi que le quedaba aquel violín que no tenía.

Federico Lasalle, eso sí, suplía muy bien la ausencia de violín con gestos impecables de violinista y una modulación a media voz atenorada del Vuelo del Moscardón, el Mercado Persa, las Estepas del Asia Central, el Claro de Luna, la Leyenda del Beso y otras exquisiteces. Éstos eran los recitales que me daba cuando iba a verme, de pie él en el centro de la habitación, mirándose de cuerpo entero en el armario de luna, y sentado yo en la cama, como siempre, agradeciendo, cuando menos (es lo único que he podido agradecerle en esta vida a la música) el obligado y grato silencio que me descansaba los pulmones y me permitía pensar en mis cosas.

—¿Te acuerdas cuando fui novio de la princesa Seina de Polignac?

—Y yo también lo fui, Federico.

Le cortaba en seco este otro recital, el de la rememoración de lo reciente, por tristeza de mi vida perdida, por envidia de su salud (en verdad, tenía él mucho más aspecto de tísico que yo) y por precoz pudor intelectual de tanta cursilería.

Quizás incluso por celos, pues a mamá siempre le había parecido un muchacho muy fino y con mucha sensibilidad este Federico Lasalle, que a veces comentaba con ella al racial y repetidísimo Granados, en el entreacto de los conciertos.

Y así eran las visitas que me hacía Federico Lasalle.

EL pelo de dulce estopa loca, la cara de harina malvada, los ojos de almagre espantado y femenino, la boca bordada en grata lana sensual de seda y de polilla, el cuerpo como un percal claro y ultrajado, como un serrín complaciente y derramante, la faldellina en revuelo triste, remotamente impúdico, cansadamente exagerado, y las piernas abiertas, todo blanco en lo blanco, todo negro en lo blanco, con descoyuntamiento de dimensión humana, y el zapatito de charol, muy abotonado, y el otro zapatito, perdido para siempre en los mares inmóviles del ropero de sombra y aguardiente. Colombine.

Al otro lado estaba Pierrot, no sé, la pareja natural de tamaño casi natural, pero él como ajusticiado por la revolución de la moda, con la risa boca abajo, injustamente estúpida, y el traje verde salpicado del serrín que le reventaba por la cintura, y un muelle como ortopédico saliéndole de un hombro ya sin brazo. Los muñecos de aquellos tiempos, su convencional alegría, la eterna pareja feliz y boba que se había sentado en los mejores divanes de la casa, en los *tú/y/yo*, como ofreciendo un modelo de felicidad disfrazada y dominical a los visitantes, a los invitados y a los propios anfitriones. La hembra, como ocurre siempre, había sobrevivido al macho incluso en la muerte, y estaba allí, todavía ligeramente soez, con una desvergüenza de cretona, mirándome.

Me habían asustado un poco cuando niño. Nunca acabé de saber si fingían estar muertos en su muerte de serrín, por un pensamiento del niño tan coherente (pero inverso) como el de los adultos. Si los adultos fingen que los muñecos viven y les cosen un botón y les sientan en actitudes correctas, sabiendo que están muertos, que no existen, ¿por qué no ha de ser al contrario, por qué no ha de ser su verdad la vida, su comedia la muerte?

Mas yo había ido al viejo ropero enorme, de sombra y aguardiente, buscando las medias de plata de la tía Algadefina, que estaban allí, entre sus cosas, tan reunido todo por la buena prendera que es la muerte, como he dicho, y tan revuelto por mí últimamente.

Puesto que estaban con su lencería, sus sombreros y sus sombrereras, sin duda eran, habían sido suyas aquellas medias, y las llevé conmigo, en un puñado dentro del bolsillo de la bata, debajo de la cual yo iba desnudo. Otra vez ya en la cama, a la luz matinal del mirador, medio incorporado en el lecho (qué otro cuerpo, como el propio, qué funda del cuerpo llega a ser la cama para el enfermo crónico, para el encamado, qué otra anatomía, cada vez más de uno, adaptable y cálida como la propia piel, con actitud ya de cuerpo, más que de cama, por la huella de las posturas), otra vez ya en la cama, digo, me acerqué las medias al

rostro y primero las olí, con los ojos cerrados, en un éxtasis de película que me dio risa. Por otra parte, aquellas medias olían a piltrafa del tiempo, a trapo de sombra, y, sólo muy vagamente, a cuerpo de mujer, a carne tersa, a sexo.

Eran elegantes, esbeltas, lo habían sido, aquellas medias completas, altas, hasta la cintura, pero no eran las dos medias independientes de la fornicatriz de caballos, de la señorita dibujada por el artista libertino, sino una malla de carnaval.

No sé si un caballo habría podido, con su verga, penetrar aquel virgo de plata, antes de penetrar el otro, mucho más sutil, inconsútil y delicado, pero allí no había huella de tal. La plata, el platinado, desprendido en estarnas, fallaba, efectivamente, en la entrepierna, en la rara interna de los muslos, allí donde se daba talco Luisa Lammenier, y el tejido de la media se hacía finísimo, transparente, de una delgadez que se confundía con la inexistencia, a la altura misma de la ranura sexual, y sólo la membrana de una costura, como membrana vegetal, cosía la nada a la nada.

Bueno, rozadas sí que están, me dije, pero por aquí no ha entrado nadie, claro que para lo del caballo se bajaría la malla, como la braga (y esta nueva imagen inquietante, deseante, fue nacimiento de nuevas fantasías e inquietudes). El objeto en sí, las medias pantalón, era un raro objeto sexual, y la carne de mi mano o de mi brazo ponía carne transparentada bajo la transparencia de la media, e incluso el vello de mi brazo fingía vagamente un pubis allí donde la prenda más se había tazado, en la entrepierna, dejando un claro en forma de hoja de morera (Alejandrito, sus paseos, su enfermedad cerebral, las moreras, su tartamudeo, su muerte, ¿su muerte?, Alejandrito...). El hallazgo era hermoso, importante, un tesoro de plata textil para el solitario robinsoniano y enfermo, enamorado y neurasténico, de modo que la propia belleza de las medias me curó un poco de la duda que en ellas pensaba resolver, del pecado que esperaba confirmar, como el celoso necesita confirmar sus celos (la disipación sin culpa sólo le deja a la espera de otra pista).

La malla, el sostén, un guante blanco de ganchillo, con el botoncito de nácar en arito de oro. Cosas así, de la muerta, que iba yo guardando en mi mesilla de noche, parte baja, entre libros, cuadernos literarios y periódicos con un artículo que me había gustado.

El cajón de arriba, tan corredero, lo reservaba para la enfermedad, el termómetro, la libreta de la fiebre, las vitaminas, el peso (quilos de más o de menos), fecha de la primera hemoptisis, ¿primera: es que podía haber otra?, todo el

ordenado arsenal del miedo, con olor a farmacia y a algodones de mi madre.

Pensaba yo entonces que unas medias completas, de plata, cerradas hasta la cintura, levemente tazadas en las puntas de los pies, en el interior de los muslos, con un claro en forma de hoja de morera en la entrepierna, no eran sino la entrevisión de una mujer, el despojo de lo deseado. Tardaría una vida, si la tenía, en saber que, independientemente de las mujeres, aquella prenda, aquella hoja de morera inconsútil, entre el pubis y la vulva, con una finísima hebra vertical por el centro, era en sí objeto mágico que remitía a todas las mujeres y a ninguna, milagro del uso, belleza del tiempo, malicia del vivir. Estaba, sí, reconstruyendo la morfología entera de la imaginación y el deseo, cuando creía reconstruir tan sólo la vida sentimental, sexual e ¿hípica? de la tía Algadefina. Unas medias de plata, que van perdiendo la plata en minutísimas escamas, unas medias de mujer, un medio cuerpo de sirena con dos piernas, con dos colas, y en medio el sexo de transparencia y perfil vegetal, unas medias así, un objeto así, lo vive el adolescente como una carencia, como una ausencia, como el molde vacío de la mujer que necesita, de la mujer a la que cree tener (y tiene) derecho. Pero prefiero imaginar ahora, suponer, saber, creer (la madurez quiere asumirlo todo, cada edad del hombre quiere asumir todas las anteriores, para borrarlas y modificarlas) que en algún momento comprendí que aquella malla, tan pegada al cuerpo de la tía Algadefina, a su piel, texturada en la entrepierna por el roce hirsuto de su triángulo, era en sí misma un mágico objeto del deseo, una bellísima cosa, trazo lírico, una creación poética y natural del devenir femenino, profundamente femenino, de los días.

LA abuela desde sus altos corredores, desde los buhardillones adonde a mí me impedía subir la fatiga, la abuela desde el reino de los gatos y de las criadas, la poderosa abuela, mortal y eterna, que un día había conseguido un tílburí de los ejércitos invasores para llevarme al colegio, en la remotísima infancia que está ahí mismo, la abuela viviendo su muerte, muriendo su vida en un cielo abuhardillado de helechos arborescentes, rosarios en rueda con el servicio, monólogos a gritos o diálogos a media voz, crueles y repetitivos, con todos los muertos de la familia.

Algunos días, la abuela debía incluso olvidarse de que tenía un nieto allá abajo, enfermo, encamado del mal de la familia, y que sólo nosotros dos, ella y yo, éramos ya los extremos que se tocaban de una familia entintada de muertos, desaparecidos, locos y emigrantes. Otros días, en cambio, muy raramente, la abuela bajaba hasta mi cuarto, y ya me lo habían advertido la Ubalda o la Inocencia, muy temprano, que la señora se está rizando de tenacilla y viene a verle, y llegaba ella, lentamente, de peldaño en peldaño, quizá rezando un avemaría en cada peldaño y caminando luego por el laberinto de los pasillos, por la Greta encerada (generaciones de criadas se habían arrancado la matriz encerando aquellas tarimas a golpe de pie y bayeta), y yo oía su diálogo con la Eladia, la Manuela, la Pilar, la Inocencia, quien fuese, o todas juntas, aproximándose.

La abuela no usaba bastón, había partido sobre sus rodillas de esqueleto enlutado los que le ofrecieran, la abuela caminaba erguida, con el pelo blanco recogido en moño bajo (como, quizá, lo llevaría alguna vez, de vieja, Eugenia Primo), la nariz recta, el labio inferior saliente, unas veces caído, otras agresivo, pero siempre avanzado, el cuerpo liso y negro, las manos temblorosas, como sumergidas en una corriente de agua, en un río invisible a través del cual veíamos nosotros aquellas manos, sin ver el río. Zapatos que apenas asomaban por debajo de su ropa, de sus sayas, zapatos que alguna vez entreví como de cardenal o de abadesa, más bien zapatos masculinos, de obispo, clérigo, canónigo o beneficiado, por no sé qué hebillaje, o por la media, por el duro tacón corto y cuadrado.

La abuela se apoyaba en las paredes, en los muebles, en los pasamanos, para caminar o bajar escaleras, y había siempre un bisbiseo en su boca grande, que quizás en otra vida fue sensual, y una violencia en sus ojos caídos y tristes. Aquel bisbiseo de oración o reprimenda la acompañaba como una mosca asidua siempre en torno de su boca, y a veces, efectivamente, se pasaba una mano por el labio colgante, en gesto rápido, como espantando la mosca, y paraba el bisbiseo.

La abuela, al entrar en mi cuarto, me miraba como a un desconocido, se ponía los lentes, se los quitaba, ¿y qué haces tú ahí, en la cama, a estas horas, por

qué no has madrugado para ir a misa, como toda la vida?, ¿qué dirá de ti el Niño Jesús de Praga?, eran preguntas rutinarias, milenarias, que seguramente estaban preguntando otra cosa: quién era yo, nieto, sobrino, hijo, qué.

Perdida la coquetería del cuerpo, a la mujer que ella había sido le quedaba la coquetería de la memoria, y vigilaba ocultar el desvarío de sus recuerdos, hacía preguntas generales, o no preguntaba nada, o reprendía sistemáticamente a su interlocutor, si era hombre, con los reproches eternos que se les puede hacer a todos los hombres (no has madrugado, no has ido a misa), si era mujer, con los reproches eternos que se les puede hacer a todas las mujeres, por qué no limpias más, por qué te pintas, por qué no cambias ya esos estores, están viejos.

Pero he dicho que la abuela, o la mujer remota que en ella hubo (homínido de Grossetto que vive en la cueva de la vejez, que en esa cueva se momifica, mineraliza, carboniza y perdura), había perdido la coquetería del cuerpo, mucho tiempo ha, naturalmente, y lo cierto es que la abuela llenaba mi cuarto con un olor de periódico quemado (prueba del calor de las tenacillas del rizado) y un aura verde de abrótnano macho, que era lo que se había dado siempre en su blanco pelo, más compuesto que abundante.

¿Coquetería hacia sí misma, de todos los días, erguimiento, dandismo, o afeitado de un día para bajar a ver al vago nieto pálido y difuso de quien la Ubalda o la Inocencia le habían hablado la noche anterior? En todo caso, la abuela era la eterna vieja ayudadora española, la mujer que sostenía sola, con su presencia, aquellos pajares en ruina, como los del hidalgo vallisoletano del Lazarillo.

Dura matriarca, la abuela no estaba enferma absolutamente de nada, y arrastraba el siglo en que había nacido muy adentro ya, como una cola más, del siglo veinte. Pero precisamente eso era lo grave: que la abuela se iba muriendo de la muerte misma, sin el intermedio de ninguna enfermedad, que jamás el doctor Arapiles había podido encontrársela, aunque tampoco ella se prestaba a mayores auscultaciones de su esqueleto bajo las ropas negras, de seda o lana, que vestía todo el año. Y esto me recordaba lo que tanto le había oído a Isidorito Latarce, porque Isidorito era iluminista:

—No se muere uno porque esté enfermo, sino que está uno enfermo porque se va a morir.

La abuela no hubiese podido, quizá, entender la frase, pero en realidad estaban muy de acuerdo mi amigo teósofo, teólogo, iluminista, pascaliano y

portroyaltiano, según épocas, y mi abuela: el cuerpo no cuenta, no existe, la caña pensante sólo es eso, pensamiento, alma. Se entendían directamente con Dios, con la Muerte, con el Alma, con el Diablo, sin admitir para nada la intercesión sensata y cansina del doctor Arapiles. Como aquella otra cosa que me decía Isidorito Latarce en la madrugada cárdena de los sábados, cuando la niebla del día anterior iba dando el relevo a la niebla del día siguiente:

—Vino Newton y las cosas se comportaron como dijo Newton. Vino Einstein y las cosas se comportaron como dijo Einstein.

La ciencia no era más que el doctor Arapiles, un viejo y rutinario médico de cabecera. Yo estaba ya mucho más de este lado, del lado terrestre, que todo eso, pero la abuela, mi abuela, mi gran abuela, con su vivir olvidándose de siglo como se olvida uno si es jueves o viernes, con su morir sin enfermedad, era quizá la última criatura de la raza cósmica que se había entendido directamente con los dioses, ignorando médicos, boticarios y filósofos.

La abuela iba y venía por la habitación, de un mueble a otro, disimulando que se apoyaba, haciendo como que sólo inspeccionaba, y el coro aldeano de las criadas estaba en torno a ella, todo lleno de polvo, aquí no hay más que polvo, sois unas guarras, unas malas mujeres, unas ladronas, eso es lo que sois, unas ladronas, tenéis a mi hijo viviendo entre polvo, y eso le hará toser (repentina linterna de lucidez, conciencia de mi enfermedad, cuando acababa de confundirme con algún hijo varón y muerto, o quizá confusión total de mi tisis con la de alguno de mis tíos ya extinto). Las criadas le hacían, sí, coro confuso, lejanamente halagüeño y sumiso, y ella, por toda ternura, me daba una estampa o un crucifijo espantable, como muerto en la cruz de tuberculosis, el Cristo, reza, rézale mucho, que él cura más que los médicos, y se iba en seguida dejando aquel olor de periódico chamuscado y abrótano macho, algo así como el olor mezclado de un incendio en un bosque, hacia sus buhardillones, desvaríos, devociones, golosinas y letanías.

VINIERA al fin, la tía Algadefina, en esa hora perdida, cuando la aguja de lanza del gran reloj de torre se ha desprendido y apunta hacia abajo, a ningún número («ella dijo su edad y era una cifra inédita»), cuando la noche cae o vuela a peso muerto, sobre sí misma, sin significar nada, viniera al fin, en fin, la tía Algadefina, la melenita de la fotografía —¿crece el pelo en la muerte?—, pero un poco más larga, o prolongada por la sombra, y los ojos de mirar tan derecho y exterior, mirándome a la luz de luna que no había, y la sonrisa tenue de la foto, la sonrisa cerrada, ahora abierta silenciosamente, una sonrisa de viva, o de dormida, en todo caso, pero no de muerta, una prolongada sonrisa que diluía su fijeza en otra sonrisa que venía ya, renovándose en su boca como las olas, y uno de aquellos camisones espliego/genciana del ropero de sombra y aguardiente, camisón apenas prendido de hombro a hombro, tela por media pierna, formas no transparentes, dibujadas apenas por el escultorismo del andar, los finos muslos, los apuntados senos, venía a través de las puertas abiertas del verano, cuando toda la casa comunicaba con toda la casa, en esclusas de agua de sombra, olor, intimidad, silencio y suspiro de los cadáveres que a última hora consiguieron esconderse en un armario, mientras los familiares nos llevábamos al cementerio un ataúd vacío (y quizá sabiendo todos el secreto).

Viniera, al fin, viniera, en fin, la tía Algadefina hasta mi lecho, como había de ser —como no había de ser—, con sonrisa y caricia, pies de luna y sigilo, tendiéndose sobre mi cuerpo desnudo, quemado por agosto, en frío de fiebre, fue un blando deslizarse de sus formas, de sus telas, por sobre mis alargados miembros temblorosos, pero en seguida me sentí tranquilo, porque ella cerraba los ojos dulcemente, para besarme en la boca con sus besos de guinda, con el frescor y el vino helado y la intimidad roja de la guinda, algo dijo, algo dijo, no sé qué dijo la tía Algadefina, yo no podía pensar, sólo mi verga, mi empuntada verga ¿de caballo? me reunía en mí, todo yo me reunía en ella, y el camisón le iba quedando a la tía Algadefina por la cintura, mientras yo besaba su pecho helado, su pezón dormido y de pronto despierto.

Ya mis manos habían comprobado lo que yo suponía, que ella traía puestas las medias plata, y aquella especie de malla ceñía sus glúteos de ninfa, tan de efebo, y mis manos comprobaban, más que acariciar, recorrían la superficie escamosa de las nalgas, de los muslos, y hasta pasé mi dedo corazón por el fino tejido desgastado, en forma de hoja de morera, entre sus piernas abiertas, así tenía que ser, se apretaba contra mí, sin peso, la tía Algadefina, qué fácil el amor, qué dulce el sexo, qué sin fatiga ni temor, aquello no podía matarme, aquello no podía ser la muerte, los médicos y los curas me habían hecho creer (mi propia experiencia lo confirmaba), que el sexo era quemante, extenuante, pero la tía Algadefina era

como una clara corriente de agua pasando sobre mí, sus glúteos estaban frescos de plata y luna, y sus delgados muslos navegaban despacio, persuasivamente, como en una suavísima natación.

Apreté mi glande de violencia y pétalo contra el tejido sutil, viejo, gastado, de la abierta entrepierna, evitando la raicilla de la costura, al tacto, desgarré fácilmente la firme levedad de aquel sexo textil en forma de hoja de morera, y la penetración fue tan profunda, la alegría tan penetrativa, que no sé si además del himen de seda llegué a destruir la membrana natural, el otro himen, la virginidad de tía Algadefina.

Pero una vez consumado el desgarrón, enclavada ella en mí profunda y suavemente, fincada en mi agresión quieta y enorme, la tía Algadefina onduló como lago, fue un claro lago de sombra sobre mi cuerpo, suspiró largamente, gimió en mi oído, me dejó un sobrante de guindas en la boca, una cordial abundancia, y yo me sentía duro, firme, fijo, definitivo, caballo de la remonta, sucesión de cadetes ensartados, infinito falo que soportaba con felicidad el desvarío lechal y musical de aquel cuerpo de muchacha al que la muerte había quitado peso, al que el amor había quitado muerte.

Tenía momentos de agonizante, sobre mí, después de cada orgasmo (aprendería yo, para siempre, que la mujer desea hacerlo encima, anudando su cuerpo, su entraña, su biografía, a la fijeza varonil de un amante desnudo y enhiesto como un dios, porque encima de ellas sólo somos un primate lujurioso que se afana, que suda desde millones de años, y sólo con tenderse el hombre boca arriba, su erección se hace monumental, sagrada, y se convierte él en la estatua yacente y fornicante de sí mismo). Pero era la suya una agonía alegre, como de un misticismo pagano e incestuoso, algo así como la dolorosa alegría de la santa dejando que el querubín le clavase una y otra vez su puntazo de oro. Luego volvía a deslizármese, como un agua remansada que despierta, que decide incorporarse al torrente general (que era mi cuerpo) y fornicaba de nuevo sobre mí, estábamos jodiendo, me dije, a través de la media desgarrada, a través de la carne desgarrada, a través de su himen desgarrado, y esta sucesión de pequeñas muertes me la hacía viva.

Había podido yo lo que no los caballos de la remonta, ni por supuesto los cadetes, que dejaron tazarse aquella virginidad primera, de seda y plata, de hilo y aire, había podido yo, enfermo y dormido, con los tabúes y los interdictos, con miles de defensas milenarias que prohíben, condenan, execran el incesto, la fornicación con mujer allegada, como asimismo la profanación de los muertos, que

echaba contra mí siglos y siglos de otras tantas condenas, imposibilidades, prohibiciones, la madre es sagrada, la hermana es sagrada, la hermana de la madre es sagrada, intocable, la muerta es sagrada e intocable, y esto tan vigente en mi cultísima ciudad agraria como en el bajo paleolítico, y mi verga nocturna, de veinte años, cavernosa y musculada, flexible de frenillo, caballar en el glande, estallaba allí dentro, hacía volar las ruinas y las religiones, transgredía la muerte, incendiaba la vida, fue una eyaculación ardiente y larga, en que sólo la prolongación iba extinguiendo el ardor. La tía Algadefina, suplicante sobre mí, destruida, suplicante de nada, con esa súplica turbadora y sin destino de la mujer satisfecha, ponía contra mi cuello una mitad de pelo y una mitad de mejilla, olvidaba sus manos por mi cuerpo, por el vello del pecho, como dos animalillos lunares perdidos en el prado de la ternura. Viniera al fin, viniera dulcemente, la tía Algadefina, para aquella cópula intemporal y nocturna, necesaria (*la belleza es una obligación de los fenómenos*), para aquel incesto sagrado y mediocre que nos unía y nos distanciaba, melancólicamente, entre el frondor sombrío de las generaciones. El espliego y la genciana, el licor de las guindas, viajaban por mi cuerpo, dentro o fuera, como el último rastro de aquel pecado dulce, venial, atroz y familiar.

CON pompa de oro, con plumero blanco, con el rubio bigote, rubio sobre rubio todo él, el cadete estaba allí, cadete o lo que fuese (algo habría ascendido con los años), supuestamente joven, falsamente joven, verdaderamente erguido, caballero, todo cordones, borlas, cruces, medallas, banderas, condecoraciones, aguanosos fajines, guantes blancos (uno de ellos descalzado, en la otra mano enguantada), el sable, el sable, de incrustaciones negras en acero, y las altas espuelas, como estrellas rodando en torno a nuestros pies (lo cual nos hacía un poco celestiales), sonando a nuestros pies, y la fusta en la mano, castigando secamente las altas botas, por qué.

Inocencia me lo había anunciado muy temprano, cogiéndome dormido aquella mañana, cuando lo cierto es que yo acostumbraba madrugar, dentro de la total vigila del enfermo, señorito, un cadete, que pregunta por el señorito, bueno pregunta por la señorita Algadefina, ya le he dicho, en fin, usted sabrá mejor, lo ha lamentado mucho, es muy marcial, quería ver a la señora, le he dicho que está enferma, que no conoce, bueno, que está esperando, ahí le he dejado solo, en la habitación azul, mirando la foto de la señorita, o sea de su tía Algadefina, ¿le traigo el desayuno al señorito?

Las viejas criadas tienen un sentido de la complicación dramática y las acciones simultáneas que desde luego no tienen los dramaturgos casi nunca. Inocencia pretendía haberle resumido nuestra vida de muchos años al insólito visitante, más la muerte de la tía Algadefina, la enfermedad de mi abuela, la mía propia, y ahora requería mi aparición urgente en escena, para poner desenlace a su nudo narrativo, pero al mismo tiempo me interceptaba mediante un café con leche.

—Dile que ahora voy, anda.

Aquella mañana transgredí (no sin cierto alivio) mis ritos matinales: comprobación y anotación de la temperatura en reposo absoluto, desayuno y grageas seleccionadas según el día y la hora, auscultación en el pequeño espejo de mano (también de mamá, como el termómetro) de las ojeras, la lengua y la garganta. Pero la felicidad de no tener que hacer nada de eso se me enredaba y borraba con el nerviosismo y la sorpresa de recibir a un incógnito cadete que suponía más empadronado en mis sueños diurnos que en la realidad.

Allí estaba el cadete, allí estábamos los dos, viviendo en el gran espejo, un poco inclinado, que había sobre la consola, él vestido de cadete, yo vestido de tísico, con bata, zapatillas y pijama, y le invité a sentarse y nos sentamos, desaparecimos del espejo, hasta el que ascendieron, en cambio, los astros en reflejo

de las espuelas, como un día ascenderán las estrellas a la Tierra, toda universo ya, cuando la raza humana y las razas animales la hayamos abandonado, lamento, joven, lo de su tía, la señorita Algadefina, ha sido muy sensible para mí, el servicio me lo ha comunicado, anticipándose, su tía Algadefina, usted sería muy pequeño, quizá ni llegó a conocerla, bueno, ella y yo, ahora precisamente estaba mirando la foto, es asombrosa, qué admirable retrato, a qué extremos ha llegado la fotografía, soy un hombre moderno, amante de la ciencia, por mi profesión, naturalmente (y pareció que iba a saludarme militarmente), la fotografía, qué duda cabe, ha sustituido con ventaja a la pintura, qué pintor habría podido, con mayor fidelidad, recoger el encanto, la mirada, la pureza del rostro de la muerta, bueno, usted perdone, joven, que me exprese de este modo, que quizá le parezca deshonesto, pero la quise mucho, en fin, a eso venía.

—Murió, sí, murió hace muchos años.

Me sorprendió mi propia voz, mi tono, mi seguridad, y esto ya me dio confianza para el resto de la entrevista, como me ha pasado tantas veces en la vida, que sólo mis primeras palabras me afirman o desconciertan para cualquier encuentro o para todo un día, al margen de la ventaja o desventaja que yo lleve en el caso.

—Sensible, muy sensible —decía él, que se había sentado erguido, no sé si por disciplina y por dandismo o porque su mucho atalaje le impedía otra cosa.

Tenía la gorra y un guante en una mano, la otra mano en el puño del sable, y una pierna ligeramente arrodillada en el aire, con la espuela arañando los flecos bajos de su butaca. Se va a enganchar al levantarse, pensé, se va a caer. ¿Era joven aquel hombre, era ya viejo, estaba curtido por la edad simplemente o por las guerras, por la guerra del Rif, la de Marruecos, la de Cuba, Filipinas, Ifni, el Glorioso Alzamiento? Yo era un joven poeta ignorante y lírico que confundía la Historia de España y, por otra parte, tampoco sabía leer en aquella abundancia de signos que el caballero llevaba sobre sí, cuál fuera el grado exacto de su rango.

—Y mis respetos a su señora abuela, que ya he sabido por el servicio que está enferma.

Creí que iba a marcharse, que aquello era una despedida, pensé que se ausentaba sin que yo supiese si había venido a solicitar la mano de la tía Algadefina, a hacerle una visita de cumplido, de paso por la ciudad, oh viejos tiempos, cuando estuvo aquí el Rey y él desfiló, a confirmar el rumor de su muerte

o a notificarle a mi tía, con el cinismo de la honradez, que se había casado y era muy feliz, con santa esposa y cinco sanos niños, en la guarnición donde estaba destinado. Le odié un poco, de pronto, aunque me fascinaba, porque era un personaje mío, porque le había creado yo como deuteragonista en mis fantasías sexuales, en mi amor por la tía Algadefina (que era ya —lo recordé de pronto, con un escalofrío— mi amante incestuosa). El caballero miraba de vez en cuando para el retrato, para la foto, luego bajaba la vista y se azotaba la bota con la fusta, como autocastigándose por el desliz, volvía a posar de medio perfil, mano en el sable, fusta en el regazo:

—No podía imaginar, no sé, en este caso no hubiera venido, quizá sólo unas líneas de condolencia, un telegrama, mejor, con el laconismo militar de nuestro estilo. —Le he agradecido mucho su visita.

Por sobre nuestro blanco diálogo, sonaban unos golpes allá abajo, todo el tiempo, en la calle, y ahora me daba yo cuenta y se lo dije:

—Ha venido usted a caballo, naturalmente. Estoy oyendo los cascos. ¿Me permite asomarme a ver la caballería de tan admirable caballero?

Y crucé hasta el mirador de la habitación azul, me cerré un poco la bata, en el cuello, por si acaso, para mirar afuera, abajo.

Allí estaba, sujeto a la ferralla artística que adornaba la puerta de la calle, un caballo militar, limpio, rubio, con la crin casi blanca, agitando los estribos en su manso cocear, y los chicos del barrio le rodeaban curiosos, le acercaban una mano diminuta al lomo, pero no llegaban a tocarle, no se atrevían. Me sorprendí calculando la magnitud del bicho, desde allí arriba, claro, no podía verle la verga, ¿cabría aquello en la ranura de una jovencita?

—¿Le gustan los caballos? —me preguntó el cadete (o lo que fuese, que debía ser ya mucho más), de vuelta yo en mi sillón.

—Hermoso animal —dije.

Me miró con simpatía, como si a partir del amor por los caballos (amor que en mí llegaba a los celos) pudiéramos identificarnos amistosamente en el arma de Caballería. Luego cambió su gesto, se hizo tenso:

—Se llama Algadefín. Me he permitido... Quizás a usted, que, al fin y al cabo, es ahora el hombre de la casa, le parezca una desconsideración. Yo no podía

suponer, cuando le puse ese nombre, ya me entiende.

—Todo lo contrario. Es un detalle. ¿A la tía Algadefina también le gustaban mucho los caballos, verdad, usted que la conoció bien?

Y le miré derechamente, con un detectivismo que me daba risa por dentro.

—Claro, había comprendido la belleza de nuestra arma, la gallardía que un caballo confiere a la figura, los servicios que tenemos prestados a la Patria, aunque ahora, con la guerra moderna, técnica, deshumanizada...

—Digo que si le gustaban físicamente.

—¿Físicamente?

Sus ojos claros, vacíos, duros, inocentes, me miraban sin comprender. Se cambió de mano el guante libre:

—Quiere usted decir la estampa del caballo, las carreras, supongo. Yo la llevaba mucho a los concursos de la Hípica. Era la más espiritual de las muchachas.

—¿Puede quedar espiritual una muchacha mirando a un caballo?

—Perdón, vuelvo a no comprenderle.

Aquél era el cadete, mi cadete, el hombre de oro y besos envinados que yo había muñido con postales rifeñas, letra picuda, billetitos de amor, páginas de revistas, crónicas hípicas, galopadas a caballo con la tía Algadefina encima o debajo de la bestia. Era mi personaje y me sentí novelista por primera vez en la vida. Quizá también por última vez.

—Quiero decir que si montaba.

—Oh, a veces, bueno, a mujeriegas, había amazonas, claro, hijas de generales (le aleteó el bigote, revelando que temía haber humillado a la tía Algadefina con la mención de mujeres de otra más alta clase). Pero las señoritas bien, como su tía, sin parentesco con las armas, iban a mujeriegas, solas o con uno de nosotros.

—Pues dejaban las medias muy tazadas.

Iba a haber añadido: «Usted lleva refuerzo de cuero en la entropierna». Lo

llevaba, pero me contuve, porque el cadete legendario, milenario, había apoyado una mano perdida en la cazoleta del sable (si es que los sables tienen cazoleta). No era más que un tic de su inseguridad, de su desconcierto ante aquella conversación. Pero a mí me pareció que iba a sacar el arma con el relampagueo de los personajes de Lope o Calderón.

—Caramba, joven, qué rápidos van ustedes, los intelectuales, porque usted debe ser un joven intelectual, no hay más que verle, dotado para la lucha, con esa estatura, dotado para la milicia, pero devorado por las lecturas, seguramente, ¿qué iba diciendo?, bueno, eso, qué de prisa va usted, sí, claro, a la amazona se le roza el pantalón en la, bueno, en la entrepierna, como a nosotros, mire (me mostró el refuerzo de cuero ya visto y dicho), pero no suelen montar sin el equipo, lo de usted me parece una picardía, o una broma de intelectual, créame, ahora que es joven, leen ustedes demasiado.

No sabía yo en qué «ustedes», en qué plural incluirme, tan solitario, enfermo y autista me sentía. Pero tuve un nuevo impulso de reconciliarme con mi personaje:

—Bueno, me gusta el Derecho Romano.

—El Derecho Romano (casi volvió a saludar militarmente, o a insinuarlo, como al principio). No ha dicho usted nada, el Imperio. No podía ser por menos en la noble familia de Algadefina, de la señorita Algadefina (e hizo una inclinación de cabeza hacia la foto de la muerta, como si le diese el pésame por su propia y lejana muerte).

—El latín es sagrado, el trigo es sagrado.

—¿Cómo dice?

—Perdón, cosas de los poetas. Entonces, ¿la tía Algadefina montaba ese mismo caballo que hay abajo?

Sonrió compasivamente. La cita de Pound, que pudiera haber sido una estocada baja, quedaba borrada por mi ignorancia sobre caballos.

—Desgraciadamente, un caballo no vive tanto, joven. Ustedes entre libros, claro. Los caballos envejecen pronto. Bueno, como nosotros, las personas humanas. Si me viese su tía Algadefina, ya no soy el que era. Más medallas, pero más arrugas.

Lo de «persona humana» es tautología simple que siempre me ha irritado/divertido mucho, en los discursos y editoriales, puesto que no se conocen personas entre las tortugas con alas. Mi personaje seguía hablando:

—Le agradecerá saberlo. Éste es hijo de aquél. Aquél, el que ella montaba algunas tardes, en la remonta, también se llamaba «Algadefín». (Sonrió como un ingenuo cadete de película.) Era un secreto entre ella y yo.

La sonrisa se le quedó estupidizada entre tanto herraje de oro, quizá porque yo no sonreía, sino que le miraba con la fijeza/tristeza de la enfermedad. Yo podía haber ido un momento a mi cuarto, haber traído las medias plata de la tía Algadefina, habérselas mostrado desgarradas en la entrepierna —¿desgarradas?—, haberle dicho que era mi amante nocturna, que qué pintaba él allí, qué pinta usted aquí, después de tantos años, la dejó abandonada por casarse con otra de dinero, seguramente, hija de un general, y ahora se acuerda de ella, usted la mató de desamor.

Pero ya comprendía yo, o intuía, que las grandes pasiones y las grandes palabras (insoportables Dostoievski, Balzac, Victor Hugo) no eran mi género literario en la literatura ni en la vida. Me interesaba más profundizar en aquellos ojos sin profundidad, en el secreto que habían tenido entre él y ella, hasta dónde llegaba aquel secreto con caballo. Semejante caballero no puede casarse gloriosamente con señorita a quien primero ha violado, pero la señorita, aunque esté muerta, necesita llenar su hueco, vivir su sexualidad como plenitud y no como vacío, y un amigo, un compañero, otro cadete, quedaría deshonoroso, entonces está el caballo, que es parte de uno mismo, la mitad animal del centauro militar.

Sonreí de mis deducciones, de mi lógica del absurdo (no hay otra lógica que la del absurdo: el mundo no es lógico), y mi sonrisa contagió la suya, la desheló:

—Lamento la infausta nueva —dijo con un fustazo, poniéndose de pie—, pero celebro, por otra parte, haber conocido tan interesante joven. Tiene usted mucho, y perdóneme, de su tía Algadefina.

—Era como mi madre —y me puse yo también en pie, más desafiante que cortés—. Como la hermana que no tuve, como la novia que pude haber tenido...

—Naturalmente, naturalmente.

Volvíamos a vivir en el gran espejo inclinado, aquel altar del *yo* donde, de niño, hice votos de escritor, sobre la consola, y el uniforme podía de nuevo contra

la translúcida bata (sólo membrana de bata, ya).

—Cuídese, joven.

Se iba sin que supiese yo a qué había venido. ¿A casarse, a vivir una nostalgia estúpida de horas junto a la vieja novia, a dejarnos oler su felicidad familiar, su triunfo profesional, a profanar la casa/tumba de la muerta, morbosamente, bajunamente, inconscientemente?

—Y no deje el Derecho Romano. Qué gran cosa.

Bajaba la escalera gargajeando retóricas sobre Roma, el Imperio, el Derecho, la grandeza, qué grandeza, y el golpe de su sable en los escalones de sonora madera, a cada saludo, vuelta, inclinación, ponía solemnidad a sus párrafos. Y yo transido de corrientes, allí, en la puerta entornada, deseando que se fuese, sintiéndome atravesado el pecho por un sable de oro y aire, adivinando a mi espalda el friso de la curiosidad aldeana, las criadas. Cerré y acudí al mirador. El cadete, o lo que fuese, aquel hombre intemporal y ecuestre, se subía ya al caballo, entre una expectación de niños callejeros y perros suspicaces. Se alejó con el animal al paso, la cabeza erguida, como emplumerada, seguido por los chicos, que pronto desistieron. Iba hacia una gloria solitaria de plazas, mediodías, pasado. Era como una de las muchas estatuas a caballo de la ciudad, que hubiese echado a andar, inexplicable y anacrónica en su paseo de oro.

DOÑA Hungría del Pazo me traía novelas de Rafael Pérez y Pérez y artículos del conde de Foxá. Doña Hungría del Pazo, viuda de legendarias viudedades, tenía un pasado altivo y vago, un señorío de velo y luto, una ferretería en la calle de Guadamacileros y un hijo tísico, como yo.

Doña Hungría del Pazo, relativamente nueva en el mundo cerrado y jerarquizado de mi barrio (conventos, capitanías, palacios), había intentado entrar por arriba en aquella sociedad, visitando a una marquesa de larga prole y escasa renta que vivía en torre con corralón al lado de mi casa. A la tercera vez que la marquesa le hizo saber que no estaba, o que no estaba en condiciones de recibir, o, en todo caso, ostentosamente, que la tarjeta de doña Hungría del Pazo no le decía nada, a la tercera vez, o cuarta, digo, doña Hungría decidió intentarlo por una escala inferior, como el gato que no llega a una ventana y al fin se resigna a entrar por la gatera.

Todavía alcanzó doña Hungría del Pazo los últimos miércoles de mamá, enferma, con intelectuales de izquierda huidos de Madrid y tuberculosos de cualquier ideología. Luego, volada mamá, doña Hungría prolongó sus visitas a mi abuela, que ignoraba grandiosamente a don Rafael Pérez y Pérez o cualquier otra forma de cultura escrita (vil y masónica, por tanto) que no fuese el Kempis. Allí, en mi habitación de enfermo, idos los intelectuales madrileños y los tuberculosos del clan de mamá, mi abuela y doña Hungría tuvieron sus últimas tertulias, al caer de la tarde, cuando septiembre hacía del crepúsculo un altar requemado y sombrío en los cristales del mirador.

Doña Hungría nos contaba las longanimidades y heráldicas de su familia (que a veces se le confundían en la memoria, quizá no involuntariamente), con las longanimidades y heráldicas de las familias inventadas de Pérez y Pérez (a quien ella no podía suponer que yo hubiese leído tanto). En todo caso, mi abuela se impacientaba, se aburría, hacía amagos de iniciar un rosario entre los tres y finalmente se iba:

—Sabe lo que le digo, doña Hungría, que aquí va haciendo frío para nosotras y que al niño le va mejor estarse muy callado.

Pero doña Hungría del Pazo había heredado de Pérez y Pérez el hábito noble de una noble tertulia al atardecer, de modo que siguió viniendo a casa, algunos anocheceres, y ya entraba directamente a mi cuarto, preguntaba por la abuela convencionalmente, como dando por supuesto que era una vieja loca que ya no conocía, con más soberbia de clase que cultura, y se me sentaba allí, en la

butaca de paisaje en fuga y patas de perro, en la butaca que había utilizado Luisa Lammenier, de las Lammenier de toda la vida, para alzar su falda, abrir sus piernas y suavizarse de talco las escoceduras de sus bravos muslos. Doña Hungría del Pazo venía de chal negro sobre los habituales lutos, por el relente septembrino del mirador, y era una sombra inquietante, fija, murmurante, incómoda, que empezaba glosando la novela de Pérez y Pérez que me había traído la vez anterior (y que permanecía escandalosamente intonsa sobre la mesilla), para pasar luego al último artículo de don Agustín de Foxá, conde de Foxá, de quien ella había llegado a la conclusión crítica —pura literatura comparada— de que tenía «una prosa muy florida». Esperaba que este tema de relativa actualidad (artículo llegado de Madrid en el *ABC* de mediodía), iba a despertar en mí al joven escritor, al artista cachorro, obteniendo a partir de ahí una verdadera tertulia, una conversación sobre «cosas elevadas», que es como ella decía para referirse a la prosa de Pérez y Pérez o de Foxá. Mas yo desfallecía pronto, por el cansancio vespertino, la febrícula, la falta de ámbito de aquella falsa tertulia (tan lejos de mis Pound y Baudelaire), la fealdad de la señora y la niebla de tristeza que de sus blondas iba emanando:

—Pues mi Manrique, hoy, ha tenido menos fiebre.

Éste era el verdadero tema, el contenido implícito a toda conversación explícita, como había leído yo en Freud. La equidistancia de la muerte entre Manrique del Pazo y yo. Doña Hungría, naturalmente, había establecido una competitividad entre la tisis de su hijo y la mía, e iba allí a verme morir o, más probablemente, a no ver morir a su hijo. A ver morir a su hijo en mí.

Doña Hungría del Pazo había tomado, al llegar a la ciudad, una ferretería en traspaso, una vieja y enorme ferretería de la calle de Guadamacileros, como ya he dicho. Se sentaba al lado de la caja registradora (complicada y bella como la Victoria de Samotracia), en un sillón de mimbre del que hacía trono, y observaba a la cajera y todo lo que pasaba en la sombría tienda. Yo había estado allí alguna vez, antes de caer en cama, a comprar algunos innecesarios cartuchos que me encargaba la abuela para sus viejas escopetas, herencia del difunto marido cazador, el de la foto (la ferretería era también armería y puede que tienda de taxidermia, en un sincretismo muy de provincias), y había visto el cambio de dueños, la aparición de aquella sombra alargada y murmurante al fondo, confundida ya, casi, con las sombras del almacén. Todo seguía oliendo a clavo pasado, cartucho húmedo, reostato, trastienda ascética, carburo y cartonaje, en la ferretería, más el olor místico y como a balneario de incurables que desprendía doña Hungría del Pazo, que había conservado todo el personal y empleados, incluso la cajera (solterona de gafas), de quien se había constituido en sombra. Por la ferretería, no sé por qué, me

parece que iba menos gente.

Al principio, Manrique del Pazo, alto y tonto, narigado y como sin control sobre sus brazos y sus piernas, atendía a la clientela como un dependiente honorario que se dignase. Pero en seguida cayó enfermo y me olvidé de él, incluso cuando enfermé yo también, teniéndole como le tenía al otro lado de la calle, en la casa de enfrente, unos pisos más arriba. (El egocentrismo de la muerte es superior a la solidaridad de la muerte.) De modo que allí estábamos ahora, muriendo frente a frente, separados por un río de sombra o de luz que era la calle, con el tráfigo tailandés de por las mañanas, como si lañadores, criadas y repartidores fuesen en barca, y doña Hungría del Pazo de uno al otro, pues mi Manrique ha tenido esta mañana menos fiebre, pues mi Manrique me come ahora mejor.

Doña Hungría del Pazo, en su ferretería, estaba como la muerte en la proa de no sé qué barca mitológica (me jode la Mitología), doña Hungría era como las naves, como las nubes, como la sombra —¿leído también en el Derecho Romano de mi primo?—, y debía sentirse una aristócrata de la industria, una alegoría del comercio, una diosa nocturna, amarga y serena de la navegación.

Pero la ferretería iba fatal.

La a abierta (que es final de sílaba o palabra) se pronuncia ei. La a cerrada (que lleva a continuación una consonante), se pronuncia entre a y e, como una e vagamente oscura. La e abierta (que es final de sílaba o palabra) se pronuncia e. La e cerrada (entre consonantes) se pronuncia i, sea o no doble: Gregory Peck (*Pick*). La i abierta (que es final de sílaba o palabra) se pronuncia ai. Asimismo la y griega. La i cerrada (que lleva detrás una consonante, como final de sílaba) se pronuncia como una i oscura, casi e. La o abierta (que es final de sílaba o palabra) se pronuncia ou. La o cerrada (que lleva a continuación una consonante, como final de la sílaba) se pronuncia casi a: por ejemplo, la Warner Brothers (Warner *Braders*: la th, a su vez, suele pronunciarse d). El ejemplo es sólo aproximado, pero vale: el inglés no es una ciencia exacta. (Brother: hermano; sister, hermana.) La u abierta (que es final de sílaba o palabra) se pronuncia iu. La u cerrada (que lleva detrás una consonante como final de sílaba) se pronuncia casi a. Por ejemplo, Burt Lancaster: *Bart* Lancaster.

Betsabé Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, era una niña gorda, grande, dulce, morena, con rizos o tirabuzones, según las épocas, edades, fastos, y se parecía mucho al Niño Jesús de Praga de mis devociones infantiles. Betsabé Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, había jugado conmigo en el Parque Infantil del Poniente, entre Pinocho y Pipo y Pipa, Lolita y Bobito, la Betty Boop, Popeye y toda la banda. Betsabé Caravaggio, con aquel nombre como de las Sagradas Escrituras, que agravaba lo italianizante, pictórico y glorioso del apellido, había intentado de muy niña, con la ayuda de mis manos nerviosas y entonces diminutas, embutir su culo grande y libre en el cajoncito del columpio de cadenas, para que yo la columpiase, y así había tenido uno su primer contacto abundante, exuberante, gratificante, con la riqueza natural de la vida, de la existencia, que es dilapidación y derroche, según leería yo luego (infinitos espermatozoides despilfarrados para conseguir la aventura ovular de uno solo).

Betsabé Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, me había brindado, sin saberlo, los primeros alimentos terrestres, la noción de riqueza, despilfarro, sobrante, exceso y barroquismo que es la vida, contra las morales cristiano/católico/calvinistas del ahorro, la estrechez, la reiteración, el economicismo y el ascetismo, que eran las que estaban en los padres, las madres, los maestros, los curas y los jefes de negociado a quienes yo debía veneración y respeto en las nubladas oficinas consistoriales. Así, hasta la revelación enceguedora de Rimbaud, *he descubierto que mi caos es sagrado*, o la libertad e irregularidad funcional y creacional del inglés, porque Betsabé y yo, después de una infancia pendular columpiándole el ya planetario culo y mirándole, en la subida, los blanquísimos muslos de mujer (con ligas flordelisadas), Betsabé y yo,

digo, en la adolescencia tardía, habíamos acudido juntos, de la mano, a las clases nocturnas de inglés del profesor Guzmán-Renshaw.

El profesor Guzmán-Renshaw (que algo debía tener de británico, por su segundo apellido) nos enseñaba pacientemente la fonética de las vocales según Shakespeare, y a mí de Shakespeare me fascinaban las metáforas y me aburrían los crímenes y las intrigas, las grandes palabras dramáticas que magnifican la condición usadera del hombre.

Creo haberlo dicho ya, siguiendo las anotaciones adolescentes de aquellos cuadernos —«borradores silvestres» y juanramonianos—, por los que hago ahora estas memorias de mi primera juventud tísica y lírica, memorias de un año de mi vida que fue, en realidad, un año de mi muerte: las grandes palabras, Tolstoi y Dostoievski, Balzac y Hugo, una mierda.

Pero en Shakespeare, junto a la chamarilería de las grandes palabras, estaban las grandes metáforas, y su uso libre de una lengua libre en sí, de modo que había que estudiar un poco de inglés de la mano de Betsabé Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, que era como una Ofelia gorda, como una hija tonta del rey Lear, como una Desdémona sin pañuelo, como una Lady Macbeth, quizás, enterrada y dormida en lo más grasiento de su grasa, en la entraña crasa de su gordura. Ay del día en que la Lady despertase.

Sería, en todo caso, una Lady Macbeth mezquina, pequeñoburguesa, de escasos medios, sin mayor ambición que casarse conmigo, tiranizarme mediante el Derecho Administrativo, llenar la casa de niños gordos y acudir al medio palco del medio abono de la media temporada de ópera como esposa de un jefe de negociado de la Casa Consistorial.

Para eso no necesitaba mancharse las manos de otra sangre que la pudenda sangre menstrual, que las de Caravaggio ya ocultaban hacía tiempo, por prolongar la niñez de la niña:

—Bueno, es que Betsabé no es más que una criatura. Todavía no anda en esas inmundicias. Se reserva para Francesillo, que tanto le gustaba, de pequeño, columpiarla en el Poniente.

Como si la menarquia o primera regla menstrual de la niña estuviera contenida en las esclusas de su matriz, esperando que yo aprobase las oposiciones, el Derecho Administrativo, esperando que yo ganase la plaza de auxiliar, oficial o

lo que fuese, esperando que yo llegara a fijo, de escalafón, con máquina tuerta de escribir y silla coja toda la vida, para desbordarse y desbordar a la niña en una inundación roja como la del Mar Rojo, inundación que nos inundaría a todos, como cuando el río se salía de madre, y se llevaría flotando las palanganas de su pobreza y de la nuestra, mi cama de enfermo, mis libros amarillos de poesía, las tenacillas de los tirabuzones de Betsabé, sus ligas flordelisadas (de una remota abuela que se hizo el ajuar para casarse con un señor que tenía la Flor de Lis, y luego desapareció como el cadete de la tía Algadefina, pero sin vuelta, ni flor ni lis ni cabello). Finalmente, el Mar Rojo se abriría para que pasaran, no aquellos que pasaron, sino Betsabé y yo, matrimoniales, entre dos orillas de gladiolos rojos.

O sea que habíamos ido juntos a clase de inglés porque a mí me gustaban las metáforas de Shakespeare y los pechos/lirio de Ofelia, y porque eso era una buena coartada familiar (propiciada por ambas familias) para que el niño y la niña pudieran verse al anochecer y a solas, salir un poco juntos, dar un paseo cogidos de la mano, en torno al edificio plateresco o lo que fuese de la Universidad, que es donde el bondadoso y sabio Guzmán-Renshaw daba su ciencia: la a abierta (que es final de sílaba o palabra) se pronuncia ei.

Yo era consciente de esta conspiración familiar, muy propia del espíritu renacentista y como veneciano de las Caravaggio (que quizá les venía del apellido), e incluso mi madre me había prevenido contra ella, pues posiblemente no quería perderme en el bosque lácteo de aquella nuera niña y gordísima. De modo que había vivido mi golfemia con la gallofa de las meretrices, Federico Lasalle, las chicas ferroviarias del barrio de las Delicias, Estrella y todo eso, pues estaba claro que las abundancias de Betsabé, entre Rubens y Botero, no eran la metáfora del derroche fourierista, sadiano, baudeleriano, rimbaudiano, nerudiano, sino camuflaje del economicismo cristiano, pequeñoburgués, sacramental, laborioso, funcionario y de escasos medios de las de Caravaggio, que no tenían en su mundo de lutos e insuficiencias otra bandera de oro que el apellido.

Pero, enfermo yo en la cama, ya varios meses, abandonado casi a una abuela centenaria, milenaria, que no conocía, y a unas criadas de toda la vida (y que por eso mismo tenían la rapacidad de los parientes pobres), he aquí que Betsabé Caravaggio había venido a verme aquella mañana, e incluso se ofrecía a leerme las lecciones de inglés, para que yo, sin esfuerzo, fuese asimilando mentalmente la irregular conducta de las vocales (cinco locas putas e imprevisibles), dentro del cambiante bosque de Macbeth o bosque del sueño de una noche de verano (no es así el título inglés) que era el idioma de Mario we y John Donne.

Entre la Universidad y la Catedral (de un herrerismo truncado) había unos billares, y a veces Betsabé, cuando habíamos dado ya varias vueltas al barrio monumental, artístico y recorrido por el frío, me proponía entrar en la Catedral para hacerle una Visita al Santísimo, cosa que acepté la primera vez, pero luego, soluble mi fe entre el oro triste y mísero de las velas y el dolor de rodillas (descalcificación) inducido por las imperiales losas que Juan de Herrera había hecho instalar para mí siglos atrás, me convertía en la pascaliana caña pensante, pero sin pensamiento, de modo que decidí, en lo sucesivo, jugar una partida en los billares mientras ella hacía la Visita al Santísimo:

—Tengo que hacer de ti un buen cristiano.

—Mañana empezamos.

Aquellas Visitas al Santísimo —había advertido yo— eran como pequeñas bodas que celebrábamos, mínimos ensayos nada generales para el día de la boda. Miraba de reojo a Betsabé y la veía ya, con Dios en los ojos y el sexo en la boca, dudosa de tules, soñando el arrodillamiento definitivo, que quizá no iba a ser nunca, pero, desde luego, no iba a ser en la Catedral, aunque ellas se apellidasen Caravaggio, que las ruinas juntas de ambas familias no daban para tanto y el cielo es caro.

Escapando a los billares me sentía escapar a un mundo de hombres y peligro (jamás entraban allí mujeres: hasta los servicios los atendía un viejo de guardapolvo, jubilado como ujier de la Universidad), a un mundo verde, nocturno y masculino que llegaba a convertirse para mí, a medida que profundizaba la partida, en los billares de Brooklyn o Long Island de las novelas de *La sombra*, que leía yo por entonces, fascinado por aquel Nueva York de las orillas del Hudson que describía Maxwell Grant.

Incluso había llegado (durante algún tiempo me soñé profesional de la novela policíaca: el adolescente descubre en seguida sus facultades, pero tarda mucho en aprender a invertirlas) a escribir algún cuento del género (que no era sino mero plagio del último capítulo leído en Maxwell Grant) en la máquina tuerta, alta y negra de mi oficina consistorial, lo que me valió una nota negativa (otra), en el expediente, cuando el jefe de negociado descubrió aquello entre los certificados de defunción (que por otra parte no eran cosa muy diferente, pero a aquel hombre no le funcionaban las asociaciones de ideas).

A los billares no iban más que estudiantes camastrones de la cercana

Universidad y algunos billaristas profesionales, y por allí corría la calderilla de cobre bajo las lámparas bajas, cónicas y también verdes, aunque su verdor se perdía en las profundidades superiores (*profundidades superiores*, ésta es la expresión) de la gran sala. Pero en mi imaginación, mientras seguía la partida correctamente (nunca fui gran billarista, por supuesto), aquel mundo más cercano a *La casa de la Troya* y Pérez Lugín que a Long Island y Maxwell Grant, iba volviéndose otra cosa, de modo que lo que yo abandonaba, al final, era un antro del hampa neoyorquina, lleno de gánsters que jugaban al billar en mangas de camisa y con la pistola automática en el sobaco. Y me gustaba mucho, me parecía muy cinematográfico provenir del mundo del Mal, de aquel infierno verde, para ir a encontrarla a ella, subiendo la grandiosa e irregular escalinata de piedra, esperándome en el mundo del Bien.

Porque Betsabé había terminado su Visita al Santísimo o, impaciente de besos y recuperada del frío de la calle mediante el frío de la Catedral, me esperaba bajo una de las arcadas secundarias, orinadas por los perros, como una santa en su hornacina. Yo subía aquellas escaleras herrerianas con ligereza y displicencia, como le había visto hacerlo a Cary Grant en cualquier otra escalera, y besaba a Betsabé en su sonrisa, en su frío, en su temblor, en su espera.

Luego, me gustaba desabrocharle el abrigo y abrirle la blusa, obteniendo la doble sorpresa mínima de sus senos, que eran como los senos de Ofelia en el cuerpo de Otelo (Betsabé, desde que íbamos a las clases de inglés, era para mí como una antología de Shakespeare, que siempre ha vivido uno confundiendo la literatura con la vida o ancheando la vida mediante la literatura). Aquellos senos pequeños eran el orgullo y la coartada de la familia, cuando las tías y madres de Betsabé lucían a la niña, convertidas en unas alcahuetas y celestinas de la honradez (que es el peor y más frecuente celestinaje).

—La niña no es más que una niña. Ni siquiera usa sostén. Mire qué pechitos.

El caso era vender la mercancía, aunque había yo leído en los nuevos antropólogos que la hembra primitiva y virgen no era exactamente una mercancía, en las permutas, matrimoniales o no, sino un don, una cosa como el champán, que no se regala, pero se vende con voluntad de fiesta y obsequio. Dos dones breves, adolescentes, suaves, blanquísimos, duros como luna craquelada, tenía Betsabé debajo de su blusa, y la gala de su poca edad (siempre dos años menos que yo, aunque sus madres y tías se hacían un poco de lío con las fechas) era el no haber experimentado la menarquia o primera menstruación y el no necesitar sostén. Una niña, oiga, si es que se lleva usted una niña. De gorda nada. Lo que pasa es que

está sana.

Dos flores sin nombre en aquel monte de carne eran los pechos de Betsabé. Siempre me habían repugnado un poco los senos grandes con su evidencia de «utilidad», con su inmediata realidad de lactancia, y esto me parece que no contradice lo que he escrito sobre la naturaleza como derroche (el culo de Betsabé), sino que lo confirma, porque aquella brevedad era un lujo, un adorno, no sugería función alguna y seguramente los dos pezones no iban a alcanzar, ni mucho menos, a nutrir los innumerables niños que Betsabé guardaba en sus anchuras de mujer múltipara, unos dentro de otros, como muñecas rusas (ella misma era la muñeca mayor).

Recastado yo por el Mal en el infierno verde de los billares, me gustaba estar allí, en aquella alta explanada de la Catedral, avanzada la hora, teniendo la niña semidesnuda a todos los vientos, contra el crudo frío castellano, el mar olfativo del cercano mercado, lleno de pescaderías cerradas y podridas, una cosa salobre que había en el aire, erosionando la pureza nocturna que descendía de lo alto de la Catedral y la pureza de la muchacha visitadora del Santísimo. Besaba yo aquellos pechos que se erizaban de frío, mordía el pezón, soso y suave, obligaba a Betsabé a mantener la blusa abierta con sus manos de priora joven, miraba la luz de aquella blancura doble, ingenua y firme. Propiciaba alguna forma de sacrilegio.

Había que hacer el Mal, pero uno no sabía muy bien cómo. Betsabé, temblorosa de nocturnidad y de pecado, crispada de frío y amor, tenía los ojos cuajados como dos grandes lágrimas y ya sus manos vacilaban atirantando la blusa. Yo, con una mano contra el muro de piedra, mordía un poco, miraba otro poco, aprendía a demorarme, respiraba lo sacratísimo de la hora y la Catedral, puesto en salazón por la podredumbre del mercado.

Nadie, en toda mi ciudad, podía imaginar aquellos dos senos desnudos y exhibidos, para nada, al costado mismo de lo más sagrado. Algo que quería estar, pienso ahora, entre la transgresión y el acto gratuito. Mas entonces me faltaba información para explicármelo a mí mismo. Abría mi pantalón lentamente y en el Niño Jesús de Praga se producía una deflagración de terror. Sencillamente, yo me alejaba un poco, hasta la barandilla de la explanada, y orinaba hacia allá abajo, a la calle vacía. Una meada olímpica, que decíamos entre hombres. Una meada caliente y abundante.

Nunca me decidí a orinar sobre la muchacha.

ALEJANDRITO venía algunas tardes, de tarde en tarde, con su gracia tartamuda, la cabeza como perdida en aquellas alturas de su mucho crecer de hijo único y tardío, con su pelo menudo, rizado, moreno, y asimismo un leve rizado de espuma en la boca habladora, y el parpadeo nervioso y continuo y las historias que contaba, los chistes de la radio, los tebeos que leía, el nescafé que le preparaba su anciana madre, las chicas que le gustaban, toda aquella nerviosidad de ideas y canciones y risas mareándose un poco a sí misma en la soledad del unigénito.

Alejandrino y yo nos habíamos conocido de muy niños, en la calle, abajo, allí mismo, jugando a la pelota, dos niños auristas que de pronto dejan de serlo en función uno del otro, y así tantos años de amistad, y sus dolores de cabeza, siempre sus dolores de cabeza, el hijo crecido y débil de un matrimonio tardío, matrimonio de viudo y solterona, matrimonio de filatélico y beata. Alejandrino venía algunas tardes, a la caída de la tarde, y yo creo que —aparte aprensiones, contagios y miedos de su madre— mi enfermedad era una fiesta para él, pues continuaba nuestras conversaciones del Paseo de las Moreras, en que él siempre hablaba más que yo, con la tranquilidad y la seguridad que le daba el tenerme allí confinado, entre el armario de luna y el mirador, sentado en la cama, sin posibilidad de salir corriendo, como había solido hacer cuando la compañía de aquel muchacho solitario y triste me contagiaba su dolor de cabeza, bueno, Alejandrino, adiós, que tengo que ir a esperar a Estrella a la salida del taller.

Y Alejandrino se quedaba monologando, tartamudeando bajo las grandes moreras que el anochecer, efectivamente, tornaba color de mora, y luego se volvía a casa solo, entre conventos y cuarteles, caminando muy despacio, con pies demasiado pequeños para su estatura, y él era el que nunca iba a tener una novia (ni siquiera ferroviaria y bizca, como Estrella, mi amor), porque su tartamudez se tornaba simplemente mudez cuando estaba a solas con una chica. Yo me veía un poco en Alejandrino, como el joven se ve siempre en sus amigos, en el espejo múltiple de su generación, por identidad o por contraste, y sabía lo que tenía de él y lo que no tenía —¿niño autista, también yo?—, y aquellas huidas mías eran un pavor repentino a ser Alejandrino, hijo único, caprichosito y cobarde, un pavor a sus dolores de cabeza, su timidez y su como vejez prematurísima. El joven realiza siempre, para ir dejando de serlo, el modelo de un viejo maestro o de otro joven, y asimismo huye de su contrafigura, de quien encarna lo que él teme ser y quizás es. Allí, en mi habitación, con el muchacho (algo mayor que yo) hablando y hablando, me salvaba de una excesiva identificación, por inferioridad o por superioridad. Mi enfermedad me había dado una como madurez (Alejandrino me lo dijo un día: «te encuentro más reposado, más profundo»), y, por otra parte, un sentimiento de desgracia y autocompasión (de que ya he hablado) que me situaba muy por debajo

de la vida de Alejandrino, tan llena de programas de radio, películas de reestreno, revistas de cine, tebeos infantiles (no se plantean incompatibilidades culturales para el adolescente omnívoro) e historias de su padre, que era un viajante de comercio muy narrativo, acostumbrado a entrarles a los comerciantes con un chiste de monjas o de loros, y que distraía luego a su sagrada familia, de vuelta, con la peripecia de pensión y provincia que acababa de vivir, lleno de aquella amenidad verbal que había heredado Alejandrino, por encima o por debajo de su tartamudeo, o quizás ayudada por él.

Pero con Alejandrino volvía la tarde barquillo y raso en que nos conocimos, niño él de trajecito de punto azul con borlas en el cuello y en las medias, niño yo de oro revuelto en el pelo, rodillas sucias y botas violentas.

Y la gravitación de aquella tarde remota estaba en ésta, y hasta sentía yo, sin decirle a él nada, que si nos asomásemos al mirador, allí abajo, en la calle de junio o julio, solitaria de gente, populosa de luz, habría un Alejandrino y un Francesillo diminutos, iguales a los que fuimos, cansados pronto de jugar a la pelota, entrados ya en lo que iba a ser el carril de nuestra amistad: la conversación de horas y horas.

Mas, sin necesidad de llegar al mirador, en sus cristales veía yo lucir y deslucirse aquella tarde de infancia, mientras Alejandrino, en la tarde presente y casi extinta, me contaba una película, seguramente *El tercer hombre*, tralaralará, lará lará, la cítara de Anthon Karas, que Alejandrino reproducía con buen oído, en una audacia casi solitaria que sólo puede darse en un gran tímido.

Orson Welles, la Viena barroca de luces y sombras, lo mucho que añoré a Alejandrino cuando, tiempo más tarde, muerto él, vi y volví a ver la película. Porque alguien había escrito que el cine europeo es un violín sonando por calles mojadas, y esa frase demasiado literaria para un crítico me la había descubierto Alejandrino en una revista, y soñábamos Europa, la Europa nunca vista, como una Viena total, gesticulante de bombardeos, hermosa de contraluces, transida por Orson Welles y su gato, en la noche, sobre un fondo de violín y calles mojadas, o la cítara de Anthon Karas, tralaralará, lará, lará, algo así. Estábamos profundizando una amistad que yo, de no ser por la enfermedad, no habría profundizado nunca, pues mi vida había entrado en mayores velocidades y vértigos que los lentos y adultos paseos de Alejandrino bajo las grandes moreras y los castaños de Indias, cuando nuestro pensamiento juvenil oía siempre como fondo el rumor de los astros, la armonía de las esferas, que no era más que el ruido del agua en la presa del Puente Colgante, el río de cuando aún no habíamos leído a Heráclito, porque yo, en el viaje hacia atrás, hacia el atrás solar de la cultura, estaba aún en el

Derecho Romano de mi primo (el latín es sagrado, el trigo es sagrado).

De pronto me parecía inútil, estéril, aquel enriquecimiento de la conversación, la amistad y la visita de Alejandrito, porque mi vida iba a ir por otros caminos o, sencillamente, iba a extinguirse. Y simultáneamente me avergonzaba de este egoísmo, de esta mezquindad de tipo social, digamos, y con la vergüenza me subía la fiebre, y yo hablaba poco para no fatigar mis pulmones y Alejandrito seguía contándome películas «que había que ver», tralaralará, lará, lará, y el mirador, lleno de noche, era una urna cineraria y yo, aunque me estaba enfriando, seguía con el pecho desnudo, sentado en la cama, sintiéndome repentinamente etrusco, clásico, antiguo, prestigioso, como una estatua joven del pasado, entre muerto y mítico.

DRAMATIZADO octubre en el mirador como una cosecha incendiada, ya tarde, entre dos luces, después de haberse ido doña Hungría del Pazo, llegaba Luisa Lammenier, sigilosa y casi ladrona, con todo su alegre estruendo personal, pero un estruendo, ahora, silencioso, todas las tardes, a esta hora, me acuerdo de ti, Francesillo, en el Coriseo o en el Salón Rojo del Cantábrico, ya sabes, o en el Casino, allí estará, el pobre, solo en la cama con aquellas viejas brujas, tendría que hacerle un poco de compañía, hasta que hoy no lo he pensado más y me he venido, una expectación, bueno, ya sabes cómo se pone aquello, todas las cotorronas de la ciudad, y luego los señores de la guerra y los hijos de los señores de la guerra y las hijas de los señores de la guerra, a mí no me miran con buenos ojos, claro, hoy con éste, mañana con otro, pero me pongo el mundo por montera, Francesillo, de sobra saben quién soy, de mí no van a dudar, yo soy una Lammenier, que piensen lo que quieran, y además que esta tarde no ha llegado el cadete que esperaba, un chico de Madrid, muy majo, que está pasando unos días, pero tampoco tenía muchas ganas de verle, Francesillo, qué quieres que te diga, o sea que aprovechando he cogido y me he venido, todo el mundo adónde irá esa loca, hijas, pues una cita que tengo, que es que no salís de esta jaula colorada, que os vais a volver cacatúas, y aquí me tienes, cuántas cosas, ¿verdad, Francesillo?, cuántas cosas, y la mala fama que yo tengo, pero te voy a hacer una confesión a ti que no se la he hecho más que al confesor, te vas a reír y no sé ni por qué te lo digo, pero yo soy virgen, Francesillo, yo soy virgen, qué quieres, de otra generación, vosotros ya no podéis entenderlo, mucho Luisa Lammenier, mucho liguero de colores, mucho enseñar el culo, mucho cadete para aquí y para allá, pero yo creo en el matrimonio, Francesillo, pertenezco a una clase, a una familia, estoy virgen, ¿por qué no puedo yo casarme como mis hermanas, di?, o sea que toda una vida recalentando cadetes y masturbando a los heridos de todas las guerras, que ya hasta me confundo de guerra, a esta ciudad nunca han parado de traer heridos, del Rif, de Alhucemas, del desastre de Annual, de Cuba, de Filipinas, de Cavite, de Callao, del Glorioso Alzamiento, yo creo que me los he masturbado a todos, es una ley de la guerra, o casi, Francesillo, no te me asustes ahora, se había sentado directamente en la cama, al entrar, con una sola nalga, y hablaba un poco inclinada sobre mí, en la sombra, yo enfermera toda la vida, ya sabes, bueno, enfermera honoraria, madrina de guerra, todo eso, y venga de masturbar heridos, porque al herido no se le puede hacer otra cosa ni moverle de postura, que nunca se sabe las balas que trae el cuerpo, siempre se ha hecho, no digamos en el extranjero, tampoco vayas a creer que soy una de éstas, una prostituta, vamos, una tirada, una de la calle, con la boca nada, que nunca se sabe lo que te traen del frente, en el frente hay de todo, hasta putas, que se las llevan en camiones, pero masturbarles hay que masturbarles, lo necesitan o sea un desahogo, son hombres, yo como Santa María Egipcíaca, ya sabes, que se acostaba con los humildes por caridad, claro que de alguno me he enamorado, sí, a ver, ya me dirás,

con este temperamento, pero no sabes lo que son ocho o diez masturbaciones en una noche, a diez desconocidos, a diez momias vendadas, a diez muertos, que yo creo que se la he meneado hasta a los muertos, luego un poco de agua y jabón y hale, o alcohol, cuando había, te cuento todo esto para que no me tomes por una perdida, Francesillo, y tenía ya la marejada rubia de su pelo caída contra mi pecho y sollozaba en silencio, aquella mujer tan estruendosa.

Lo tengo anotado en estas memorias de mi tisis: el enfermo grave o crónico se convierte, como el muerto, en el oráculo de la tribu. Todo el mundo necesita contarle sus secretos, porque se va a morir o porque es la muerte misma, porque es como echar los secretos y las palabras a un pozo. El muerto es un oráculo al que recordamos vivo, y por lo tanto podemos dialogar con él. El enfermo es un muerto que responde y, por tanto, el oráculo ideal (aunque la humanidad no busca respuestas, como ella misma cree, sino que se responde a sí misma en su pregunta: de ahí el prestigio del elocuente silencio de Dios, tan prolongado, tan absoluto y por lo mismo tan sabio: el hombre, la mujer, toman de Dios las respuestas que necesitan, se responden a sí mismos, y a ese monólogo/diálogo lo llaman Dios).

Así me había convertido yo en sagrado, por enfermo, y me divertía y entristecía el sombrío privilegio de mi condición. La última confesión, por el momento, era la de Luisa Lammenier, que se me presentaba virgen —¿no habían fornicado, entonces, con los caballos de la remonta, ni ella ni la tía Algadefina?—, anhelante de matrimonio, desesperada en su alegría que llenaba toda la ciudad, y que había sublimado la fornicación en masturbación, sublimando a su vez la masturbación en obra de caridad, penitencia, virtud teologal o yo qué sé. Estaba allí porque no le había acudido a la cita el novio de Madrid.

Estaba allí porque yo era, quizás, el único hombre del mundo que le quedaba por masturbar y, efectivamente, había ido pasando del sollozo a la caricia con la misma gracia silenciosa con que el incendio del mirador pasaba a la ceremonia nocturna de los astros, y tanto cuerpo, tanta mujer, tantos años, apenas pesaban infantilmente sobre mi pecho, lo cual me sorprendió y me gustó, y su mano derecha, anillada, acariciaba mi desnudo bajo la sábana, como un animal de sombra trabajando en la sombra, con demora, temblor, seguridad y ternura.

Hubiera sido el momento de preguntarle si ellas fornicaban con los caballos de la remonta, era quizá la última oportunidad que me quedaba de morir o vivir sabiendo, por fin, hasta dónde llega la sexualidad de la mujer, que llega a todas partes. Pero Luisa Lammenier me había hecho confesión de virginidad (quizá garantizándose ante Dios y ante sí misma mediante la virgen sacrificial de la tribu

que yo era), y, además, la conducta de aquel animalillo de cinco patas, grato y mudo, hacia lo profundo de mi cuerpo, era inequívoca (que Luisa Lammenier lo había justificado todo previamente, sin saberlo ni quererlo, con la saga de los soldados, los heridos y las guerras).

Me masturbó, sí, me masturbó con mano de madre, de meretriz, de esposa, de desconocida, habiendo reconocido mi cuerpo en el tacto de la nada, penetrado la espesura de mi vello, hasta lo más obstinado, habiendo empuñado mi erección como el guerrero que de pronto encuentra, entre la maleza, una lanza de oro del enemigo, un trofeo. Sentía en mi falo la presión de sus anillos, que acrecentaba el placer.

Sentía en mi glándula la caricia de su dedo pulgar, suave y tirante, y era como si le hubieran desaparecido de la mano las largas uñas rojas y rasgantes. Lo hizo despacio, de prisa, calculó mi placer como lo habría calculado yo mismo, al principio todo era como una cura, luego tomó la velocidad de una orgía y finalmente Luisa Lammenier, maravillosa Luisa Lammenier, supo exprimir delicadamente los últimos espasmos de mi cuerpo. Quedó su cabeza contra el hueso plano y seco de mi cadera, la sábana de por medio, más jadeante ella que yo, quedó su mano como de una sola pieza con mi falo, fundidos ambos en el calor, el espesor y la humedad. Y medité largamente, el mirador cargado de maduras estrellas otoñales, que me había quedado para siempre sin preguntar y sin saber si las señoritas bien de mi ciudad fornificaban con los esbeltos caballos militares.

LA rosa herida, la sangre en punta, el alfiler de alarma, el rojo instante, la sangre estaba allí, la roja sangre, la mínima sangre, la sacratísima sangre, eso que somos, ese cangilón de fuego que nos recorre, esa materia huidiza, de vuelo corto y larga consecuencia, la sangre en mi pañuelo, la sangre de la tos, de la hemoptisis.

La segunda hemoptisis ¿y por qué? Después de varios meses, en vida de reposo, entrando en el otoño: la sensación de culpa de la sangre.

La sangre, como el semen, se derraman con culpa porque son un derroche. La naturaleza dilapida, pero cada ser en particular, atesora.

Y aquello era mi sangre, la tos de las mañanas, escupir en el pañuelo, lo de siempre (el enfermo obtiene e inspecciona no sin cierta satisfacción temerosa las excrecias de su enfermedad), pero en la leve tos, en el blanco pañuelo prevenido, otro golpe de sangre, gota o nota, algo había roto en mí, algo se había roto silenciosamente, durante la noche, como cuerda ya enferma que sólo a la mañana, al pasarle una mano distraída, suelta su última nota, ya quejido.

Me vinieron las culpas, los recuerdos: viajes al ropero de aguardiente y sombra, a la habitación azul, a la alcoba italiana de la tía Algadefina, masturbaciones tristes, el ánima del Purgatorio, siempre en su cuadro malo, antiguo, planchando ropa, enhebrando agujas, siempre en combinación de pobre por soportar el fuego de las cocinas, de las planchas, de las habitaciones sin ventanas, del Purgatorio, en fin.

Hasta la fornicación suavísima con la difunta, donde quise ser caballo de remonta, loco de mí, tísico hasta los huesos y caballo, queriendo igualar la hazaña sexual de una verga de potro, la locura penetrativa de desgarrar sedas interiores de la mujer, y sedas exteriores, de llegar con mi falo al otro lado de los incestos, las prohibiciones, los interdictos, las edades, la virginidad y la muerte.

Tengo escrito que lo peor es la enfermedad de la enfermedad, lo que entonces llamábamos neurastenia, con palabra muy de la época, algo así como el miedo al miedo, que no es sólo físico, sino moral, porque el enfermo se avergüenza y autoculpa de sus enfermedades, cosa que sólo puedo explicarme por el miedo a la muerte, como todo el sentido/sentimiento de culpa que abrumba a la humanidad en general y en cada individuo: el sentido de culpa y las variadísimas expiaciones que a nosotros mismos nos imponemos, son el chantaje, la moneda, la respuesta frente al miedo a la muerte.

No se entiende la muerte como trámite natural de la vida. Seguimos leyendo la muerte como castigo: quizá si uno borra en sí la culpa —qué culpa—, borrará la muerte, o al menos las razones para morir.

En cuanto a mí y mis hemoptisis, encontraba miles de culpas, justificaciones, explicaciones, generalmente sexuales o lujuriosas, para merecer aquel aviso, aquella alarma de mi propia sangre, aquella nota roja en el gris plata y callado de la mañana otoñal.

Porque todo se había hecho silencio, dentro y fuera, dejé venir y marchar desayunos y almuerzos sin probarlos, no respondí a las preguntas de las criadas, me arrojé en mi helor de octubre y de miedo, y estuve horas inmóvil, mirando al techo, con el pañuelo ensangrentado bajo la almohada, junto a las medias de la tía Algadefina (que no había vuelto a mirar), degustando en mí el sabor de la sangre o de la muerte, paladeándome muerto, saboreando la enfermedad en todos mis sabores, que afluían a la lengua desde el alma, pues que estaba en ayunas.

Sólo tiempo más tarde, y gracias a los poetas y los revolucionarios, aprendería que el hombre no es culpable nunca de nada, que mi caos era sagrado, que la culpabilidad no es sino miedo a la muerte o a la vida (es igual), y esto, que parece literatura, me ayudó mucho, porque la gran sorpresa del escritor profesionalizado es comprobar alguna vez que la literatura sirve para la vida, cosa que, en cambio, creen ciega y casi exclusivamente los lectores, como un feligrés es siempre mucho menos reticente que un cardenal respecto del milagro o eficacia de la fe, ya que el cardenal, con la profesionalidad, ha perdido ingenuidad. Claro que lectores y feligreses se equivocan también por ese lado, pues hay que creer por creer y leer por leer, y no como remedio o ayuda de nada. Pero tanto ensayismo en mis cuadernos de los veinte años me revela lo malo que debía yo estar entonces. Uno filosofa tanto y tan mal cuando tiene miedo.

El miedo nos reduce a la bestia fosfórica que somos. Aquel día, habían desaparecido los ruidos de la calle, concertados o desconcertados, las músicas del día, el metal amaneciendo clarín, los incendios sucesivos del otoño en los cristales, que otras veces me gustaba observar, reducido tanto barroquismo a simetría y rectángulo como un material poético/caótico sometido a endecasílabo.

Sólo a primera hora de la tarde, cuando el mundo era efectivamente silencioso (los balcones del barrio empezaban a estar cerrados, en la nueva estación), me llegaron los coros y cánticos de colegialas, monjas de clausura, modistas, muy lejanamente, en un entrecruce de cielos musicales y femeninos que

era como un funeral de voces blancas por mi alma, y esta idea simple y cielista me hizo reír, me devolvió, de pronto, lo que en mí es el primer síntoma de vuelta a la vida: la ironía o, mejor, autoironía. El día que se me crea muerto, volveré aquí con una frase sobre la muerte que estará entre el chiste y la metáfora. Salté de la cama para secarme el sudor helado, cerré el mirador mientras andaba desnudo por la estancia, evité encontrarme en el espejo con aquel muerto de veinte años, me puse un pijama, tomé un libro y volví al lecho.

Pero la gota estaba allí, la gota de sangre, el pañuelo que me había bordado la muerte durante la noche (quizá la misma muerte que, en figura de tía Algadefina, viniera una noche a fornicar conmigo, cosa que jamás se había repetido y me tenía en la nostalgia y el anhelo continuos).

De pronto dejé el libro, el Derecho Romano de mi primo, una lectura austera y cálida, un mundo de guerreros, monedas y navegaciones mercantiles, donde no había enfermedades, para mirar el pañuelo que tenía bajo la almohada.

Sangre, sí, sangre que ya iba secándose, en una manchita que se había duplicado, por el pliegue, pero que en sí misma no era nada, bueno, poca cosa, y la saliva en torno, ya también seca, sin expectoración espesa (eso es importante). Sabía que el reflejo del sol rojo en el mirador iba a tener la calidad de esa mancha, pero traducida a infinito, y me alegré de que el día estuviese nublado.

Te vas a morir, te vas a morir y hay que hacer algo, escribir a mamá, llamar al doctor Arapiles, que vaya la Ubalda, o a otro doctor, yo qué sé. O esperar la muerte allí quieto, tranquilo, resignado (como había visto a algunos amigos que efectivamente murieron, como veía a mi madre, a temporadas, viviendo ya como instalada en la muerte: la muerte sólo puede vivirse, disfrutarse un poco por anticipado, en lo que tiene de balneario, antes de que llegue).

Pero la tarde iba girando en el mirador como un mundo que agoniza y tuve el aviso interior: llegaría, al cabo de pocas horas, doña Hungría, a preguntarme cómo había ido de fiebre, de sueño, de tos, a hacerme el regalo envenenado de un periódico de Madrid con artículo de Foxá u otra novela de Pérez y Pérez. Eso sí que no. Soportar la muerte mitológica y ferretera ante mí, un par de horas, hacer la comedia de la mejoría, mentirle o confesarle: eso sí que no. Y empezó a angustiarme la idea de que iba a cazarme allí, doña Hungría del Pazo, madre enlutada de la muerte segura de su hijo, madrastra voluntaria, madrina (como Luisa y Eugenia habían sido madrinas de guerra, pero a la inversa) de mi propia muerte.

Anohecida la tarde prematuramente, me puse la bata y anduve los pasillos, me enfriaba en todas partes, probé la habitación azul: demasiado espejo. El espejo me cazaba desde todas partes, y yo huía aquella tarde los espejos como ciertas reinas de cuento que, suprimiéndolos de su castillo, creen haber suprimido el tiempo, la edad.

Yo era un monarca de nada que quería suprimir la muerte.

Fui a dar a aquel fin de pasillo donde estaba, vivía, era, no sé, el ánima del Purgatorio (quizás el animal interior, hostigado por la muerte o el miedo, buscaba el último rincón caliente de la casa).

Pero estuve en el pasillo sombrío, friolento, reflexionando sobre algo que era obvio, ya que sólo ciertas alarmas del cuerpo o del alma nos ponen en lucidez de ver lo obvio: aquél no podía ser el cuarto de mi infancia, como siempre había creído, sin detenerme nunca a pensarlo, en realidad, pues que mi alcoba infantil daba directa o indirectamente a algún balcón, a la calle, y este cuarto/enigma era cerrado, tapiado, sin ventanas, quizá con uno de esos altos ventanos, cerca del techo, que nunca he sabido a qué trascoros del hogar se asoman, y una puerta al pasillo, aquella puerta que tenía ante mí, aquel pasillo en que estaba, con luz sólo de patio.

Debió ser el cuadro, pues, el cuadro de las ánimas, en alguna mudanza interior de la casa, mudanza a la que yo habría asistido desde la edad difusa, lo trasladado a aquella, esta habitación, y con el cuadro había trasladado yo, imaginativamente, todo mi cuarto, todo mi mundo infantil, que así juega con magnitudes la memoria, y lo real casi nunca coincide consigo mismo.

Esto hacía aún más improbable (o más domésticamente explicable) la persistencia de la señorita ánima, como me gustaba llamarla para mí solo, en aquel cuarto alto y estrecho, como una celda exagerada o una sepultura de pie. Las escasas y confusas veces en que había llegado hasta allí, apenas sabía por qué fue, pero ahora sabía que me llevaba la huida de doña Hungría, el instinto del calor y, quizás, un último deseo suicida y cobarde de hundirme en el sexo, la tiniebla y la muerte (carácter misterioso de aquella planchadora del más allá), como esos niños que se abrazan a las piernas del ogro del bosque por no verle la cara y la barba.

Giré el viejo, breve, blanco, redondo pomo tan sabido, igual a los de tantas otras puertas de la casa, que cedió con el silencio que sólo los años ponen, como engrase, en las cosas, y entré un poco deslumbrado en aquella luz de bombilla

escasa y alta que no deslumbraba nada, recibido por un olor de papel quemado, plancha al rojo, ropa caliente o pelo en llamas, que era el olor de siempre, asimismo, y ya una figura de mujer en combinación, la conocida mujer de rostro no mirado, poco visto, se precipitaba a ponerme una mano en la cara y apagar la luz (llavecita de porcelana en la pared).

No hablamos nada, nunca hablábamos nada. Me condujo despacio hasta el pequeño lecho, habituada ella a la estructura del cuarto, o vidente en la oscuridad, como los gatos y las ánimas.

Olía a ella, sí, a lo de aquella remotísima tarde dominical de infancia, como a una lejía celestial, dulcísimo asperón, jabón lagarto muy lampasado de otros perfumes de mujer más íntimos.

Me tendió en la cama con manos tibias de plancha y aliento vago de guindas —¿iba ella también al frasco del ropero?—, me abrió la ropa con lenta decisión doméstica, y se tendió a mi lado, siempre en combinación, de modo que su rostro era amorosa lija junto al mío, su pelo me refrescaba como un jabón barato (quizás acababa ella de lavarse la cabeza y aún tenía los cabellos húmedos), sus manos me recorrían, picoteadas por la pobreza, como las de Estrella, pero más grandes, finas, ovales, espirituales, manos de ánima, a juzgar por el tacto. Su cuerpo era un satén que me rozaba con rumor y aquellos labios ignorados, puede que agrietados, maternísimos, me besaban la boca, el mentón, el cuello, el pecho, el sexo, hasta la felación profunda, la lengua culebreante, la sumisión entera y tibia de la boca, la erección más voluptuosa (qué palabra), más voluptuosa, ya, que poderosa, de mi sencilla verga ya no de caballo. Sus manos en mis muslos, y otra vez, como en tiempos, el topito del sexo, el animal menudo, empelambrado y cálido de su sexo posándose en mi cara, en mis manos, en mi vientre. Qué edad podía tener aquella criatura.

Su contacto no era enteramente joven, sino más bien como el de ese papel finísimo que hay entre dos láminas, en los libros de láminas. Pero esta calidad era precisamente la que más me recordaba los primeros contactos, en la infancia, o sea que ella, espíritu puro, atormentado en cuerpo, lo que fuese, estaba siempre igual, era la misma.

Se oyeron dos golpes oscuros, suaves, lentísimos, como si ella se hubiese descalzado las zapatillas, usando un pie para el otro, dejándolas caer en la vieja alfombra, discreta, silenciosa de años, como todo.

Y la señorita ánima se deslizó sobre mí, me montó como caballo, de rodillas ella en la cama, los muslos muy abiertos, mi falo ya en su vientre, y la mujer/amazona me atormentó de nuevo con miles de imágenes, recuerdos, imaginaciones. Ellas sabían cabalgar un hombre, ellas sabían fornicar un caballo, desde las ánimas a las criadas planchadoras.

Nacían sabiendo, nacen sabiendo.

Por donde sale un niño, por qué no va a entrar la verga de un caballo.

Pero la mujer a oscuras, doblada sobre mí, como cuando el jinete pega la cara al cuello del caballo, enjambraba en su silencio suavísimos rumores, palabras que no eran palabras, murmullos de la infancia o del orgasmo, dichos a un niño o sólo al hombre añorado en la cópula.

Ligera, delgada, sólida, fuerte dentro de mí, me galopaba y me retenía, me inundaba, y respondió al grito mudo y ciego de mi semen con contragolpe oceánico, abundante, definitivo. Dulce amor de criada, aspérgimo, certísimo, suntuoso y paupérrimo, amor de Purgatorio, y sólo una raya de luz, muy tenue, debajo de la puerta, el tiempo que allí estuve, dormido entre sus brazos, o despierto, sonriendo como sonrío la carne agradecida y, dentro de esta sonrisa, dejando aflorar otra más irónica, menos inocente: había burlado a doña Hungría del Pazo, que estaría ahora en mi cuarto, o se habría ido ya, esfinge inútil, ángel de luto al pie de una sepultura vacía, sin despojo posible (el pañuelo ensangrentado lo tenía yo en el bolso de la bata).

La Virgen del Carmen (debía ser miércoles) descendía sobre nosotros a través del alto techo de la habitación de la plancha. Sólo la luz harapienta de la bombilla iluminaba desde abajo su gloria de escapularios y manteos, la carne macilenta del Niño que portaba, las estampas bordadas en su ropa, su sonrisa que no quería decir nada, una sonrisa como de yeso, y sin duda aquello era el Purgatorio, por la luz de bombilla de un fuego demediado, y en el alto ventano misterioso se asomaba un querubín sobrante, cara de monaguillo, aureolando o fisgando nuestra escena. Querubín/serafín que quizá nos había visto follar.

CON el título algo hermético de *Structures élémentaires de la parenté*, el extenso libro de Claude Lévi-Strauss se esfuerza por resolver el problema del incesto, el problema del incesto se plantea, en efecto, en el marco de la familia: es siempre un grado o, más precisamente, una forma de parentesco lo que decide el interdicto opuesto a las relaciones sexuales o al matrimonio de dos personas, recíprocamente, la determinación del parentesco tiene por objetivo establecer la posición de cada individuo en relación con otro desde el punto de vista de las relaciones sexuales: éstos no pueden unirse, aquéllos sí pueden, finalmente, cierto vínculo de primazgo representa una indicación privilegiada, a menudo incluso con exclusión de cualquier otro matrimonio, Isidorito Latarce hablaba y hablaba, citaba libros franceses, leía *La Croix* y *L'Aurore*, era de un pueblo de la provincia, se había pasado la infancia, la adolescencia, leyendo la patrística, la teosofía, la teología, leyendo en francés, escribiendo en castellano, y las gallinas del corralón le pasaban por encima de los grandes libros, y seguramente un aura de pueblo y cochura venía a ratificar sensorialmente, sin que él lo advirtiese, las verdades campesinas del Evangelio que estaba leyendo, de modo que su conocimiento racional de Dios tendría, como todo lo racional, una levadura irracional de la verdad de los sentidos, que otra no hay, Isidorito Latarce era menudo y nervioso, parecía abrumado, en su ligereza, por alguna carga metafísica, a veces sombría, a veces llevada alegremente, piedra de Sísifo o, simplemente, carterón de periódicos franceses y teólogos de moda (Guardini, Maritain, Chardin, todo eso), que se echaba a la espalda, en banderola, como cabás de colegial o chepa kierkegaardiana, y tenía los ojos claros y las uñas sucias, y al quinto cigarrillo, allí en mi habitación, si iba a verme, me pedía permiso para fumar, cuando ya el cuarto estaba lleno de humo, fumaba picadura que liaba él mismo, y sus manos de niño viejo, liando la picadura, eran un reposo en el monologar a media voz, suasorio y contumaz, y luego se rozaba los dedos de la mano, unos contra otros, haciéndolos gatear, como quien toca el arpa o el piano, pero la mano a la altura de una oreja, y se quitaba así las briznas de tabaco que se le habían quedado pegadas, y nunca utilizaba la otra mano para eso, a quién se lo habría visto hacer, porque sabía yo que estábamos en una edad en que nuestros mejores gestos los habíamos tomado de otro:

—¿Puedo fumar un cigarrillo, te molesta?

—No, los que quieras —le decía el pudor de mi enfermedad.

De entrada, si consideramos el incesto, nos sorprende el carácter universal de la prohibición, bajo una forma u otra, toda la humanidad la conoce, pero sus modalidades varían, tal tipo de parentesco está aquí afectado por un interdicto, así, el primazgo de hijos habidos, uno del padre, otro de la hermana; al contrario, en

otro lugar, es por la condición privilegiada del matrimonio por lo que los hijos de dos hermanos o de dos hermanas no pueden unirse, los pueblos más civilizados se limitarán a las relaciones entre hijos y padres, entre hermano y hermana, pero, por regla general, en los pueblos arcaicos encontramos a los diversos individuos repartidos en categorías muy distintas, que deciden las relaciones sexuales prohibidas o prescritas, e Isidorito Latarce liaba otro cigarrillo a la manera de su pueblo, pero no sin cierta distinción vaticana, empezaba de nuevo a fumetear con ganas, metía más humo en el humo, claro que ya era casi invierno y algo se ventilaba la habitación, que yo no cerraba el mirador y él ni se enteraba nunca del calor o el frío, metido en teologías, sacramentos, prehistorias, estructuras elementales del parentesco, estructuralistas franceses y vaticanistas o antivaticanistas, el pelo corto y rizado, la cara consumida, la color amarilla, el pie de niño en el zapato de niño, bailando en el aire, la pierna cruzada, el otro pie en el suelo, con el cordón del zapato desanudado y el calcetín de rombos un poco caído, el joven sabio desaliñado y distraído que buscaba no sé qué equívoco entre Dios y los hombres, habido en algún punto oscuro de la Historia, o antes, para ponerlo en claro, me gustaba escucharle, algo aprendía, pero nada de aquello iba conmigo, que había encontrado ya la verdad, esa verdad anticipada que encuentran los jóvenes, en la prosa miliar/militar del Derecho Romano y en los versos suntuosos y fúnebres de Baudelaire.

El humo ya era total, una nube de humo como de yeso, envolvía la pequeña figura del muchacho, le hacía como levitar, le alejaba de mí, sentadito en la butaca de mamá, de Luisa Lammenier, de doña Hungría, de modo que el chico iluminista/vaticanista me hablaba ya desde dentro del espejo del armario, viéndole yo de frente y de espalda, la alarmante e incipiente calva prematurísima del cogote y el rostro de frente abultada, mirada inteligente, boca pequeña y expresión ardida, como abrasado todo él en un fuego místico de masallaes e idiomas, debemos por otra parte considerar dos situaciones distintas, en la primera, que examina Lévi-Strauss, la modalidad precisa de los vínculos de sangre es lo que rige las reglas que determinan, a la vez que ilegitiman, la posibilidad del matrimonio, en la segunda parte, que el autor designa, pero no trata de ella en la obra que digo, con el nombre de *Estructuras complejas*, la determinación del consorte se establece según otros mecanismos económicos o psicológicos, las categorías permanecen inmutables, pero si algunas siguen siendo prohibidas, ya no es la costumbre la que decide de aquella por la que la esposa debe ser elegida (si no estrictamente, al menos de preferencia), eso nos aleja de una situación cuya experiencia tenemos, pero Lévi-Strauss piensa que los interdictos no pueden ser considerados solos, que su estudio no puede ser dissociado de los privilegios que los completa, es sin duda la razón por la cual el título de su obra elude el nombre de incesto y en cambio designa,

aunque con cierta oscuridad, el sistema indisociable de los interdictos y de los privilegios, de las oposiciones y de las descripciones, hubiera yo querido preguntarle a Isidorito Latarce si acostarse una señorita con el caballo de su novio era incesto, si acostarse uno con su tía muerta era incesto, si tirarse a un ánima del Purgatorio era incesto, si morder en la boca a la mejor amiga de mamá, que habría querido ser mi madre, era incesto, pero Isidorito Latarce me hablaba de *las respuestas sucesivas al enigma del incesto*, monologaba, como siempre, se explicaba las cosas a sí mismo, buscaba una verdad libresca en los libros, nunca la verdad viva de la vida, y no se iba, seguía allí (por lo menos, doña Hungría no me pillaré solo, si viene, pensaba yo, como consuelo de tanto humo y tanta tos contenida por pudor de mi gravedad, aunque Isidorito Latarce ni hubiera reparado en la tos, él también tosía mucho, del tabaco), y estaba allí, niño sabio amortajado en la urna de azogue, plata y luz nocturna, en una nube de oro de su pueblo (el trigo es sagrado), incienso de todas las catedrales de Europa que había visitado (el latín es sagrado) y mirra de la Tabacalera Española, S. A., o sea la picadura barata que fumaba.

ALLÍ estaba yo, ciego en la sombra, claro en la luz de mis ojos cerrados, «una rosa en las tinieblas», goteante de profundidad y miedo, lampasado de corrientes subterráneas y humedades calladas como reptiles.

Probé a cerrar los ojos, sí, para ver menos y estar aún más muerto, más negro en lo negro, pero «cierro los ojos y el negror me advierte que no es negror». Mallarmé, Guillén, todos los poetas se habían bajado conmigo a la sepultura. Abrí los ojos, miré fijamente la oscuridad de la piedra, el carbón de la nada, la mina de sombra, y vi negro en lo negro, no vi nada, sino que adiviné (con esa especie de adivinación de la vista, que también tienen los demás sentidos, y que es anterior a la verdadera percepción) que había esquinas de brillo, regueros de siglos, industrias de la araña, ciudades del polvo, todo vertical en la pared corta, en la cueva suburbana, en el bajorrelieve de aquel último sótano, adonde habíamos bajado cuando la guerra y los bombardeos a jugar a perseguimos, cuando tan perseguidos estábamos, entre el rezo de las viejas, el fumeteo de los viejos y el olor a caries de las porteras. Por fin, en mi tumba fresca, en mi muerte insana, en mi elegida sepultura, largo miedo, parpadeo fijo, sin parpadeo.

Alguna vez (creo haberlo dicho aquí, según remotas anotaciones) había yo decidido hacer la experiencia de la tumba para irme acostumbrando o, mejor, para vivir la muerte y su ámbito, ya que de muerto me parece que no se vive nada. Y aquella mañana, herido todavía en el alma por la segunda hemoptisis, culpable no sé si de mi vida o de mi muerte, me había acordado de aquel profundo sótano, infancia y guerra, adonde nos bajaban cuando pasaba el ángel estirado y cruel de las sirenas. De pijama y bata, zapatillas sin talón (que otra cosa siempre me ha parecido que le convierte a uno en mujeruca), recorrí los pasillos, salvé la habitación azul, encontré la escalera de caracol, como de púlpito o coro, que bajaba a unas cocinas abandonadas, y en aquellas cocinas, la puerta que se abría a una escalera negra, carbonífera, de honesto crujido, sin embargo, hacia la profundidad más profunda del subsuelo, por donde las cañerías volvían a ser reptiles y los pasos de arriba ni se oían.

Muerto y todo, en mi quietud de muerto, apoyado contra una viga (la piedra estaba demasiado fría para mi pleura), me preocupó sentir tanta humedad, el catarro que iba a agravar mi tisis, como lo leve agrava siempre lo más grave, pero permanecí allí cumpliendo mi deber, que no era autocastigo, qué vulgaridad, sino imposición intelectual, gusto de la mente por conocerse cuando ya no ejerce, o, al menos, cuando no hay elementos exteriores en que pueda ejercerse, salvo un olor de rata, el trayecto sigiloso de una tubería, la población como africana de las arañas y la mina insondable de la sombra. Por un breve pasillo se pasaba a otra cueva más

pequeña, según yo recordaba. De aquella otra cueva iba viniendo un gris resplandor, la luz de un ventanuco a ras del suelo, que daba a un patio. Dentro de aquel ventano barrían las porteras, desde el patio, despojos y pelusas, animales sin nombre caídos del cielo o el tejado, flores de trapo, liendres, gatos.

Me orientaba hacia la luz, inevitablemente, porque estamos hechos para lo exterior, y acabaría yendo a la otra cueva, más tarde, para ver la vida desde la muerte.

Pero primero quise, desde lo más bajo, pensar en lo más alto, los remotos buhardillones donde la abuela ya perdía el sentido, rodeada de gatos muy viejos con los que yo había jugado niño. Los animales son los depositarios de nuestra infancia. Ella moría cerca del cielo, se disponía a coger ya la luz con su mano temblorosa, y yo me disponía a morir cerca del infierno, en una experiencia intelectual, que entonces me parecía casi geométrica, como aquel famoso, no recuerdo quién, que agonizó anotando sus síntomas. Pero bien sabía yo que lo mío, más que intelectual, era literario. Siempre que he creído asimilar una experiencia científica, el resultado ha sido lírico.

Cada uno tiene su metabolismo.

Por fin decidí acercarme a la otra cueva, pasado no sé cuánto tiempo, y aquello era pasar como de una a otra cara de la Luna, o de uno a otro hemisferio del tiempo. Incluso en lo igual hay siempre gradaciones y mitades, infinita variedad, y esto permite a presos y cartujos amenizar su vida donde todo nos parece a nosotros uniforme.

Estuve en pie (imposible sentarse en aquella rocalla helada y húmeda: por otra parte, me había impuesto esta postura más gallarda). La luz gris, pobre, mordida, del ventanuco, la bebía yo como lo más nutricional de la vida, en mi experiencia de muerto. Estamos incondicionalmente entregados a la vida. La muerte, más que temerla, es que no hemos podido ni imaginarla, en tantos siglos de religiones, supersticiones, filosofías y culto de la muerte.

Puesto en el ventano, me quedaba justo por encima de la cabeza. Podía ver sin ser visto. Al nivel de mis ojos, aupándome un poco, aquel suelo de patio, empedrado. Era bellissimo el empedrado, visto así, a su ras. La vida es fascinante desde cualquier ángulo, cuando no se vive, y ésta fue la mayor y mejor enseñanza de mi enfermedad.

Yo tenía algo de preso pegado a aquella corta reja, donde no me atrevía a poner las manos por no alarmar porteras, que habrían creído en otro rojo escondido en aquel refugio, como cuando la guerra.

Unas zapatillas de cuadros pasaban por delante de mí, de vez en cuando. Un rumor de patio y vecindario, la conversación interior del inmueble consigo mismo, me llegaba como un zureo de palomas o runcular de tórtolas o crotorar de cigüeñas, con todo el exotismo que tiene la vida para el muerto.

De pronto, la tortuga, la milenaria tortuga de la portera, con el caparazón verde y como musgoso. Estaba allí, parada en medio del patio, no sé de dónde había salido, y mi cámara oscura me afinaba la vista para mirar la cabecita del bicho, entre prepucio y reptil, entre tótem y vieja aldeana. La forma de moverse de la tortuga era la inmovilidad, pero mi inmovilidad me permitía seguir la suya, y así la veía desplazarse de adoquín en adoquín, con el levísimo y casi dulce traqueteo que suponía para ella caminar por una superficie no lisa.

La tortuga me hacía un poco egipcio, me faraonizaba. Ya tenía el animal sagrado de mi muerte inventada. Pero siempre he sido más dado a la vida que a la mitología, más sensible al lirismo de la vida que el fosilizado lirismo de los mitos, y gocé la tortuga, no sólo como animal heráldico de mi muerte, sino como amantísima criatura de mi vida, de la vida. Durante casi todo un día, la tortuga de la portera, eterna, verde y de oro, fue para mí las especies todas, el sagrado caos del derroche, la dilapidación y el despilfarro que, según creo tener anotado en estos cuadernos, es el universo, que hasta se permite la joya móvil, inútil y adorable de una tortuga.

Pero me moría de frío y tosía mucho. Incluso mi tos podía descubrirme. Volví fácilmente (y con vergonzante alivio), a lo más caldeado de la vida, las escalas de temperatura de la casa, y ya en el pasillo de mi cuarto me crucé a la Inocencia:

—Que dónde ha estado el señorito. Le he hecho un poco el cuarto al señorito, aprovechando.

Me encerré en mi habitación, puesta en orden por Inocencia. Aún había mucha luz al nivel de la luz. Sobre la cama muy hecha, extendidas y abiertas, las medias plata de tía Algadefina, con el desgarró de mi masturbación en la hoja de morera. Lo que no había querido ver ni saber. La verdad elemental y bruta, puesta de manifiesto, con odio respingón y humilde insolencia, por una criada de toda la

vida.

QUE dice el doctor Arapiles que los análisis como siempre (me habían hecho análisis), que la velocidad (de sedimentación) como siempre, que eso que tú llamas la segunda hemoptisis seguramente es una irritación de la garganta o de los bronquios, que lo tuyo es crónico, o sea que puedes estar así mil años, que cuánta gente más grave que tú anda por la calle, que ya vendrá él a verte, de todos modos, y que, mientras tanto, lo de siempre, o sea tranquilidad y buenos alimentos, Eugenia haciendo de madre, Eugenia Primo, madre vicaria y secundaria (la había yo mandado avisar por la Ubalda, en mi desolación y alarma de la sangre), Eugenia Primo, en la tarde vencida, con su olor a bondad, a santidad, ordenando las cosas tan ordenadas, los pocos libros de la estantería, a los pies de mi cama, y entre ellos el Niño Jesús de Praga, en yeso pintado, del tamaño de un libro grande, con bola del mundo y todo, hijo, qué escondido y qué sucio tienes al Niño Jesús, con lo devoto que tú eras de pequeño, te lo voy a desempolvar un poco, y lo tienes aquí, entre los libros, que serán libros malos, o sea que los santifica, seguro que no le rezas nunca, le puso hasta una lamparilla, tristísima luz, capilla mínima que ennegrecía lo prematuramente negro de la noche, y arrimó una butaca, la butaca, aquella de paisajes en fuga y patas de perro donde mamá se había sentado a hacerme las uñas, con unas tijeras mínimas y una palanganita, donde Luisa Lammenier, de las Lammenier de toda la vida, se había subido la falda y se había dado polvos de talco en el entremuslo, donde Isidorito Latarce había levitado en nube de humo de tabaco, oro, incienso y mirra, explicándome las estructuras elementales del parentesco y los males del incesto, la butaca, digo, butaca entre las butacas, Eugenia Primo arrimó la butaca al altarcito, la usó como reclinatorio y le rezó un momento a la escayola.

Luego trajo la butaca al lado de la cama y, pese a la poca luz que había, se puso a hacerme las uñas:

—¿Encendemos la luz?

—No, que lo ve la Inocencia por la rendija y en seguida me entra con la cena.

—¿No tienes apetito?

Eugenia Primo me hacía las uñas casi como mamá, con pausa y sin prisa, remojando la cutícula, recortándola despacio, limpiando primero, innecesariamente, la uña que luego iba a cortar. Era una manera de hacer manos. Pero Eugenia Primo necesitaba coartadas maternas. Yo me sentía las mías, mis manos, aún un poco febriles, y las manos de Eugenia eran suaves y sólidas, como una crema de frutas, como una nata de mujer, como mano de santa.

Naturalmente, acabamos con mis manos en su regazo. Tú ahora te vas a cuidar mucho y ya sabes que lo tuyo no es nada, yo voy a rezar por ti, que siempre lo hago, y a mortificarme, mira, y me llevó una mano a su cintura, donde toqué espantado hierros y espinos, debajo de la ropa, un cilicio (muchas lo usaban) religioso en la cintura, lo llevo a temporadas, hay que purificarse y más ahora, que cierto día hemos pecado un poco, tú y yo, y además hay que ofrecer algo por tu salud.

Primero me dio como asco aquel descubrimiento, aunque hubiera debido imaginar algo así. Ella se sentó en la cama y alzó un brazo, mira, ¿ves esa cremallerita en la cintura?, claro que la veía, la de todos los vestidos de mujer, branquia femenina por donde uno soñaba meter la mano, pues bájamela un poco, anda, ayuda, y me aprietas el cilicio, no tienes más que enganchar en el eslaboncito siguiente, voy a rezarle otro poco al Niño, antes de irme, por ti, ya lo sabes, bueno, también por mí, y es mejor hacerlo con algo de mortificación, bajé la cremallera, que susurró brevemente a lo largo del vestido, vi en la penumbra la carne clara y oscura de Eugenia Primo, la incógnita carne de la cintura, aquella cosa odiosa, cadena de pinchos, cruz de espinas, yo qué sé, hincándose un poco en su piel, e hice lo que me mandaba, por rozarle con mi mano en aquellas interioridades y por curiosidad del artefacto. Hincué un poco más el cilicio y a Eugenia Primo se le mudaba la mirada, quise abrazarla, nos está viendo el Niño, dijo, apaga la candela, dije, Dios sin una candela no ve nada, pero Eugenia Primo se llevó otra vez la butaca ante la imagen, la utilizó de reclinatorio, y adiviné su cintura sufriente, penitente, el endurecimiento de sus piernas, toda ella de perfil ante mí, su cabeza clamando al cielo en silencio o caída sobre el pecho, las manos fijas y fuertes, sujetas una a otra, crispadas, los codos en el respaldo de la butaca, y gemía, gemía, gemía como las meretrices del sábado en el orgasmo, pero mucho más, y los suspiros se le quebraban en dolor y los dolores languidecían en suspiro, esto debe ser un éxtasis, me dije, la Santa Teresa de Bernini, todo eso, el misticismo, la luz de la candela, que no habíamos apagado, claro, con su temblor de luciérnaga vil a los pies diminutos y desnudos de un niño monarca de santero, y nunca había visto yo a una mujer gozar tanto, o trastornarse tanto, un grito se le iba y otro se le venía, ahora iba a doblarse sobre sí misma, seguro que dulces culebrones sexuales debían escurrirse ya por sus muslos de cosecha.

La lamparilla ponía una máscara de luz gesticulante sobre la gesticulación de su rostro. El éxtasis o el orgasmo, yo qué sé. Escuché en ella susurros que nunca había oído, gritos mudos, todo un lenguaje del más allá del goce, lenguaje que parecía romper con la música más que con la palabra. Y los estremecimientos finos de su cuerpo denso, de perfil, los latigantes que parecían azotar su carne en la

sombra, aquel gregoriano del placer o el dolor.

Yo jamás haré gozar tanto a una mujer, me dije.

Gozar o sufrir, era lo mismo. Trastornarla, en todo caso, tenerla uno en su poder, a su merced, escapada a los últimos delirios de su cuerpo de madre y su alma de santa, pero dócil siempre al estímulo voluntario o involuntario del cilicio de espinas, que había gustado de que yo le apretase un punto más y no la dejaba respirar. Así, conocía yo plenamente, profundamente, asombradamente, la capacidad de transvaloración de la mujer, no gracias a un acto sexual, sino (la vida siempre es irónica) gracias a un azar religioso, místico, sacrificial.

Aquello, sin penetración ni contacto, era algo así como el tan acostumbradamente llamado acto de la posesión: estaba alguien poseyendo a aquella mujer en cuerpo y alma, en las almas plurales que le nacían en gritos, en el cuerpo profundo, infinitamente capaz de placer y dolor.

Si Eugenia Primo no hubiese sido Eugenia Primo, me habría vuelto la duda de si, para aquellas sublimidades, no necesitaba ella también la verga de un potro.

Por fin cayó sobre sí misma, con la cabeza en el respaldo de la butaca/reclinatorio, y el pelo recogido dejó visible su nuca en la penumbra, aquel cuello sólido y dibujado: yo he pecado mucho, Francesillo, había empezado a decir con la cara entre las manos, y luego más erguida y serena, pero siempre de perfil, más como hablando con el Niño que conmigo (quizás en aquel momento éramos una sola persona para ella), desde que tus padres, bueno, en fin, ya sabes, yo he sido de muchos hombres, me he enamorado mucho, yo tengo mucho que purgar, por eso a temporadas me mortifico (y me decepcionó un poco aquella confesión, pues mi orgullo, no sé qué orgullo, necesitaba que ella llevase el cilicio sólo por mí, que nuestro beso de una tarde de agosto hubiera sido su única culpa; con la decepción vino la ironía: Eugenia, la santa, se me confesaba fornicatriz, y Luisa, la perdida, se me había confesado virgen). ¿Por qué todas arden en un pecado, un secreto, una contradicción o una insatisfacción? ¿Son todas ánimas del Purgatorio, y no sólo la del cuadro y el cuarto de la plancha? Y tras la ironía, necesariamente, la autoironía: yo seguía siendo oráculo, tótem, muerto, con quien la humanidad se confesaba, pese a las noticias relativamente tranquilizadoras del doctor Arapiles sobre mi salud Eugenia Primo aún se estremecía levemente. Tras la confesión de aquella mujer, sentí como si nos hubiese traicionado mucho a la familia: la ingratitud exige, además, incondicionalidad. Y resulta que ella no se había resignado a su destino, aunque lo purgaba. Pero me gustaba haberla visto morir

tanto. Era la dimensión vertiginosa de la mujer, corroborándose y profundizándose. No les basta con hombres, me decía, y menos hombres enfermos. Necesitan caballos o dioses, o centauros del caballo/dios. El Niño Jesús de Praga, consternado de tanta muerte y tanto sexo, de tanta mujer y tanto amor humano/divino, dudaba en su lamparilla de llama balbuceante.

QUERIDO Francesillo: verás por esta que lo es que no me olvido de ti, lo cual que te recuerdo mucho y en estas Navidades, o sea las fiestas, quiero que tengas un recuerdo mío, y no sólo un crisma, que eso se deja para las amistades, sabes que yo te quiero bien y te recuerdo, Francesillo, cuando venías a verme aquí al barrio, o cuando me llevabas los domingos a los estrenos, ay lo bueno que has sido conmigo, yo no soy más que una costurera de este barrio y tú has estudiado muchos libros y hasta tienes una plaza en el Ayuntamiento (me parece que tú lo dices con otra palabra más difícil), y espero que pronto te repongas bien del todo, para las próximas Navidades, eso por descontado, a ver si lo pasamos juntos, por lo menos un día, y me llevas a la Calle Ancha a ver escaparates, los turroneos, los regalos, las luces, todo eso que ponen tan bonito, yo sólo con verlo ya me entra como una alegría y no necesito más, que es lo que yo digo, mucha gente tiene esas cosas y no las disfruta, yo las disfruto más sólo con verlas.

Bueno, perdona, Francesillo, que te diga estas bobadas, y menos a ti que eres tan listo y que no te emocionan mucho las Navidades ni estos jaleos, y menos ahora que no sales de casa y no puedes ver lo bonito que está todo, pero algo tengo que contarte, que yo no tengo facilidad para escribir, y poca escuela, ya sabes, no es como tú, y en estos días, qué quieres, una se acuerda más de las personas que una quiere de verdad, y sabes que yo te quiero, Francesillo, perdona, no es una declaración de amor, no estaría bien, que tú has salido con señoritas de lo mejor de aquí de la ciudad, y hasta con francesas de las Francesas, pero te lo digo en buen plan, aunque nunca seamos una cosa formal, siempre me acordaré de ti, toda la vida, hasta que sea muy vieja, te estoy hablando como si nunca más fuera a verte, qué bobada, tú te vas a poner bueno en seguida y me parece que alguna vez querrás venir al barrio a que demos un paseo o llevarme a los estrenos, los domingos, que no es que me importe alternar, ya lo sabes, pero me siento como vanidosa de ir contigo, ya ves qué bobada, y no es hacerte de menos, es que me he acostumbrado a ti, no sé, bueno, lo primero y principal es que te pongas bien, que ya sé por Alejandrino y por Federico, esos amigos tan finos que tienes (me he atrevido a pararles en el paseo, perdona, para preguntarles por ti), que lo tuyo va mejor, que no todo el mundo lo pasa igual, yo sé de mucha gente que se ha salvado, aquí en el barrio, y sin los medios que tú tienes, bueno, me parece que estoy escribiendo bobadas, quién me manda a mí meterme en eso, ni que fueras un enfermo grave, sólo felicitarte las Pascuas, que no escribo a nadie este año, nada más que este crisma para ti, bueno, crisma, me parece que es ya un testamento, nunca me había salido una carta tan larga y tan seguida, se ve que tenía muchas cosas que decirte, y cuando estoy contigo no me salen, o sea que me da rabia, y además lo bonito que está todo, con la música esa de Navidad, que a mí me hace llorar, qué quieres, tú tienes tantos estudios que no lloras por nada, pero veo un

escaparate de turrone y me acuerdo de ti, veo un escaparate de jamones y me acuerdo de ti, veo un escaparate de radios nuevas y me acuerdo de ti, ya ves qué tendrás tú que ver con el jamón, que ni te gusta, pero ahora tienes que comer mucho para curarte, es lo mejor para lo vuestro, o sea alimentarse y tener defensas, ya sé que no conviene ir a verte ni molestarte, y además yo no sabría comportarme, pero tienes que tener mi recuerdo y mi cariño en estas fechas tan señaladas y perdona si la postal no te gusta, es lo de menos, lo importante era decirte lo mucho que me acuerdo de ti, y más en Navidades, ya ves qué bobada, con mucho afecto y estimación, un beso, que estás enfermo, y esperando verte pronto por el barrio, qué feliz me harías, Estrella.

Se paraba la rueda de la noche. Vagos ángeles malva... La *Segunda antología* de Juan Ramón Jiménez, con su color y olor de borrador silvestre, aún, comenzaba así, más o menos, y yo tenía el libro en la mesilla, y los ángeles parnasianos del poeta se me confundían con los ángeles católicos y convencionales de la Navidad, y entre las hojas del libro puse la carta/postal de Estrella, inesperada, perfumada e ingenua. Había en la postal un laúd teológico y una nieve realista que no desmerecía de la nieve ilesa y absoluta que tenía vestida la ciudad. Los cronistas locales escribían un año más lo del «blanco sudario», en sus periódicos, y yo comprendía que iba a ser un periodista que nunca escribiría «blanco sudario».

Aldeas nevadas de Marc Chagall, a quien yo acababa de descubrir en un libro francés de láminas que me trajera Isidorito Latarce (él prefería los vitrales cristológicos de Rouault o Rouolt o como rayos se llamase aquel Van Gogh de Cristo). Mi ciudad era una aldea nevada de Marc Chagall, con los colores mágicos e incoherentes del ruso judío, colores que el cielo nevado iba tomando en los cristales del mirador.

Se respiraba cielo en el aire y el sentimentalismo comercial y convencional de la Navidad me hería en la llaga débil de mi enfermedad y mi soledad, mientras el mundo parecía abrirse en caminos poblados de violinistas felices, novias volantes, burros conversadores, casas sin tejado, palomas como jarrones con alas y ramos de luz inexplicable.

La carta de Estrella era como un golpetazo de salud y verdad contra mi pecho enfermo y mi vida en círculo cerrado, la vida de tantos meses entre el sótano, el patio de la tortuga, el ropero de sombra y aguardiente, la habitación azul, la alcoba italiana de la tía Algadefina, el gran espejo que me esperaba como un gran sarcófago de plata en pie y el cuarto/Purgatorio donde un ánima planchadora planchaba toda la vida, aliviada tan sólo por la visita de la Virgen del

Carmen, los primeros miércoles. Estrella, el deseo violento de aquel cuerpo, de aquella salud obrera, de aquel amor directo y panificado. Los domingos, cuando la llevaba al cine, ella entraba primero en los lavabos a quitarse la braga y guardarla en el bolsero de plexiglás. Durante toda la película, durante el programa doble o la sesión continua, yo podía esconder mi mano en el sexo terso, húmedo y apretado de la costurerita.

Eso podía haber sido mi vida con ella, en matrimonio: un anidar en lo más cálido, escondido, honrado y efusivo de la pobreza entendida como felicidad a toda costa. Estrella tenía orgasmos, durante la película, pero se mantenía rígida para no dar el escándalo de los gemidos o los espasmos. A la salida, volvía a los servicios, se ponía la braga y nos íbamos a merendar a un café de la Calle Ancha.

Había quizás un sadismo frío, excitado, cerebral y despótico en mi imposición de aquella costumbre de la braga, en la fruición con que yo vivía las sumisiones de la muchacha bizca. Había una tristeza sexual y dominical en la facilidad con que mi mano se albergaba en aquella vagina joven, de ligero estremecimiento contenido, cuando calladas afluencias femeninas y húmedas descendían hasta mi puño. Pero era turbador, maligno y bello, sobre todo, verla venir hacia mí, entre el público dominguero, sabiendo que se había quitado la braga (pulcra braga de percal rosa) porque sus entrañas esperaban mi visita. Aun deseándolo tanto ella como yo, me manchaba cierta mala conciencia de humillación, mientras los mariachis mexicanos de la película llenaban nuestros ojos de una alegría charra y retostada: Guadalajara, Guadalajara, tienes el alma de provinciana, hueles a campo, rosa temprana. Volví a la postal, al libro, a la influencia dulce, fría y fácil de la Navidad. Vagos ángeles malva, juanramonianos, hacían tríptico en el cielo del mirador.

MARZO era un temporal de funerarias y un caballo vestido de Voltaire. Manrique del Pazo, el de doña Hungría del Pazo, había muerto a media noche y toda la calle se había estrellado de gritos y sustos, como siempre que había un difunto (don Eusebio Rodríguez, presidente de la Cámara de Comercio, don Abdón, soltero, usurario y elefantiásico, el marqués de la marquesa paredaña de mi casa, a quien doña Hungría no había conseguido ver en visita protocolaria, a lo mundo de Guermantes). Porterías, criadas, fregadoras, recaderas, chicas de taller, eran el coro implícito y griego de las tragedias del barrio, y no tanto, pienso ahora, por lo que pudieran esperar del dolor y generosidad o longanimidad de los ricos como porque el pueblo, antes de tener conciencia de clase, ha tenido conciencia de coro. En sus últimas visitas, ya muy espaciadas, doña Hungría del Pazo me había comunicado que su Manrique no estaba bien, y lloraba como un llanto negro.

La mañana fue un pasar de lutos y sombras por el cielo del mirador, un hervor de conversaciones que subía de la calle y un entrar y salir de las criadas —la Ubalda, la Inocencia, la Eladia, la Manuela, Pilar, mi ama de leche—, que me comunicaban el susto con la voluptuosidad (por ellas no reflexionada, claro) de estarme comunicando mi propia muerte. No todos los días se vive el placer extraño y temeroso de poder darle a un muerto la noticia de que se ha muerto.

Ellas apenas habían vivido la enfermedad de Manrique del Pazo, pero en cambio vivían a diario la mía, siendo yo de la misma edad y dolencia que el hijo de la gran dama ferretera y enlutada.

La traslación era inevitable y se hacía sola dentro de la cabeza de aquellas mujeres, o bajo la boina pensante del señor Juan: no tenían otra manera de ver a Manrique del Pazo muerto que verme a mí. Tengo anotado por entonces, de cuando alternaba el Derecho Romano de mi primo con mis primeras lecturas políticas modernas, que los socialismos, aparte redimir al pueblo y darle una conciencia histórica (o intentarlo), le habían redimido de todas estas servidumbres y morbideces de la ignorancia. El pueblo ha vivido secularmente con fruición la tragedia de los ricos, la épica de los grandes, no sólo por el espíritu de venganza atribuido al destino, sino también porque el pueblo cree no tener vida propia, épica propia (y en cierto modo ha sido así, desde el feudalismo).

La conciencia histórica y la lucha de clases no habían llegado a mi reservado barrio de plazas impecables y conventos sigilosos, por entonces, de modo que porterías y encomenderos, ignorantes de la épica del futuro, de que, según libros, eran portadores, vivían vicariamente la épica de los poderosos o no tan poderosos, como doña Hungría del Pazo, viuda, ferretera y arruinada, que perdía un hijo

atilargo y enfermo en la flor misma. Yo lo que tenía era el miedo en el cuerpo, y por encima del comadreo de los portales, me pareció oír el fabulario de los tejados: un gato devorando o fornicando una urraca, en el alero del balcón donde expiraba Manrique del Pazo.

A primera hora de la tarde llegaron los caballos, llegó el negro arreo, la fúnebre cuadriga, en el viento de marzo, y aquellos dieciséis cascos golpeando el silencio de mi calle eran el redoble de la impaciencia de la muerte. Yo, que había querido vivirme muerto en el sótano de la casa, bajo el nivel del patio de la tortuga, por conocer científicamente mi propia muerte, iba a asistir ahora —sutil e incesante ironía de la vida— a algo mucho más verdadero y menos intelectual o lírico: a mis propios funerales, como el emperador aquel. Porque el entierro de Manrique del Pazo era la teatralización de mi propio entierro en la acera de enfrente. No pude almorzar, claro, y estuve sentado en la cama, soportando en el corazón dieciséis patas pateantes de cuatro caballos vestidos de Voltaire enlutado.

Me estaba fabricando ya una especie de estoicismo para una tarde, a solas, pero ocurrió lo natural, y con lo que yo no había contado: hacia la hora del entierro, la habitación se me fue llenando de gentes negras. Criadas, vecinas, vecinos, porteras, modistas (las del coro radiofónico y zarzuelero), toda esa humanidad que sale de sus huras a la husma de la muerte.

Querían verlo todo bien desde el mirador. El otro mirador, el de la habitación azul, debía estar también rebosante de vecinos, parientes y curiosos. La Inocencia me anunció que habían venido las de Caravaggio, sin la niña, «a ver el entierro», porque aquí entre nosotros la muerte es tan espectáculo como el desfile o la feria. Me puse la bata sobre el pijama, me peiné con la mano, me eché colonia de mamá, al vuelo, y me senté en la butaca verde y desvaída, que hice llevar hasta el mirador, para ver el entierro y recibir a las de Caravaggio y a quien quiera que llegase, de mayor o menor respeto. Mujeres de negro estaban en torno de mí, me dejaban un hueco en los cristales para mirar. La calle negreaba de una multitud silenciosa y murmurante al mismo tiempo, el carruaje era negro, grandioso y a punto de desguace. Los caballos tenían la cosa mitológica de ser cuatro, y me parecieron muy hermosos: no caballos de picador o funeraria. El balcón de Manrique del Pazo, al otro lado de la calle, allá en lo alto, estaba abierto como desesperadamente, para que saliese el alma del muchacho o entrase el cielo ventoso de marzo, para establecer alguna corriente entre la vida y la muerte.

De pronto sentía que tenía el corazón muy emocionado y la cabeza muy fría. Me experimenté cortado en dos mitades, como en una especie de autopsia rara, ya

que me parece que las autopsias son longitudinales. La tensión de la calle se había resuelto en inmovilidad. ¿Por qué no se llevaban ya al muerto, si estaban todos, si estábamos todos? Era la puntualidad de la muerte. Aquello tenía algo vagamente taurino, vagamente nacional, vagamente fanático. Era la puntualidad trágica de un pueblo impuntual. Oí comentarios sobre la madre, que se hacían por encima de mi cabeza. Doña Hungría del Pazo estaba sentada a los pies del muerto, lluviosa de velos, inmóvil y digna, resignada, gran señora de la muerte, dama de la fatalidad, echando quizá de menos la tarjeta (con el doblez de pésame) de la marquesa vecina.

Llegaron las de Caravaggio, tías y madres y abuelas, todas de negro y rojo, bocas Toulouse-Lautrec, como toda la vida, sombreros incoherentes y graciosos, cataratas en los ojos, gemidos con deje, un protocolo revuelto de satenes, negruras, carmines y mohínes. Me besaron copiosamente:

—Betsabé, la niña, no ha querido venir. Es tan sensible.

Eran como una familia de cómicas celebrando siempre la función de la vida. Le agradecí vagamente algo, a Betsabé, por no haberse mezclado en aquella fiesta negra. La calle se adensaba de silencio, de negror, de gente.'

Si no arrancan de una vez, va a congregarse ahí toda la ciudad, pensé. Los entierros se nutren tanto de compromiso como de mimetismo. La muerte genera mimetismo. Dolor, si acaso, un poco de dolor, en el corazón necrosado de doña Hungría del Pazo: dolor mezclado al sufrimiento social por no haber encontrado en la bandeja de plata, entre las tarjetas, la tarjeta de la señora marquesa. Llegaron Luisa Lammenier y Eugenia Primo, juntas y separadas, como toda la vida, distanciadas por unos minutos, siguiéndose como la tesis sigue a la antítesis. Afortunadamente, la vida no había hecho de ellas una síntesis. Luisa Lammenier, enlutada y rubia, perfumante y con la voz mayormente enronquecida para apagar la alegría habitual de su decir, me besó a ambos lados de la boca, pero no en la boca. Eugenia Primo, de tacón bajo y llanto relativo (apenas conocía al muerto) me besó en la frente. Ya está, me dije. Ya estamos todos, esto es mi entierro, mi funeral, mi muerte. Lo mío va a ser una cosa así, más o menos. Apenas hay diferencia. Mi muerte sólo será una invariante de la muerte de Manrique del Pazo. Me gustó esta frase y la anoté mentalmente, para pasarla luego al cuaderno de las décimas y las vitaminas. Luisa y Eugenia, arrodilladas junto a mí, me cogían cada una la mano de su lado, como mis ángeles custodios, como duplicaciones pecaminosas de mi madre. Las amé muchísimo y me sentí improbablemente defendido de nada por ellas dos.

La hora no marcó el momento, sino que el momento, el acontecimiento, la puesta en pie del cadáver, marcaron la hora, la hicieron descender a los relojes.

La multitud se ondulaba como un culebrón no de mil cabezas, sino hecho todo él de cabezas, el ataúd surgió del portal llevado por cuatro hombres, navegante entre la masa humana como una barca negra que se aproxima al gran acorazado, la carroza, y no se sabía si hubo un gran silencio o un gran alarido. En el balcón de Manrique del Pazo había una criada poniendo un lazo negro, en la calle se alzó, como Napoleón en su ascensión irresistible, el cochero vestido a la federica, subido en el pescante, dueño de las riendas, a las que daba una ondulación previa, sobre el lomo negro de los caballos, que a su vez hacía ondular a éstos con la impaciencia del viaje, que era casi como la conciencia animal de la muerte y el rito.

Curas revestidos, venidos de no sé dónde, monaguillos, sacristanes y una cruz alzada, como palo mayor del buque fantasma que se internaba ya en la niebla de marzo (parado el viento como una bandera derrotada).

Doña Hungría del Pazo, invisible, recatada, digna. El coro de las porteras y, en torno a mí, en el mirador, el llanto fluido y silencioso de las Caravaggio, de Luisa Lammenier y Eugenia Primo, el llanto en cuchillos de las criadas: la humanidad llora por clases sociales, cada clase llora a su manera. Una mano en mi cabeza: la abuela, descendida entre gentes, vecinas, criadas, estaba en pie detrás de mí, se negaba a sentarse, sostenida por las mismas apreturas, y no sabía yo bien si me ponía su mano firme y temblorosa en el pelo por protegerme del ala de la muerte, que sesgaba el cielo, o por apoyarse en cualquier cabeza desconocida. La abuela asistió al entierro con una cierta indiferencia de veterana de la muerte. Era grandiosa.

El mirador fue una capilla de rezos, suspiros, conmociones, oraciones, olores y murmullos. Las de Caravaggio perfumaban como un naranjal ya podrido, no cosechado, y las criadas olían a caries, como siempre, y Luisa me olía a los polvos de talco de su entropierna, y Eugenia a la colonia de mamá, que era la mía. La abuela olía a desván y pelo chamuscado por las tenacillas de la coquetería senil. Allá abajo, el entierro iba transcurriendo lejano y silencioso, como una película.

La carroza se perdía en su vuelta a la plaza y la multitud se desflecaba bajo mi mirador. Me levanté, fui hacia la cama y me senté en ella sin quitarme la bata, la espalda contra las almohadas y los barrotes de hierro, como siempre. Quería disfrutar el alivio de que hubiera pasado de mí aquel cáliz. Por fin tuve la

evidencia de que el muerto no era yo. El personal del mirador se dispersaba. Habló la abuela, sostenida por la Ubalda y la Inocencia:

—Ahora, un rosario por el muerto y Francesillo. No os vayáis ninguna, vosotras tampoco (a las criadas). Traed sillas si hacen falta.

La muerte deslumbra y esclarece a los muy viejos como la vida esclarece a los muy jóvenes. La abuela, mi abuela, reina de su lucidez, creía oportuno rezar por el muerto o por el vivo. Nos juntaba en un mismo rosario, como en un haz negro donde arderíamos confundidos. Hubo una cierta perplejidad entre todas aquellas mujeres, pero el señor Juan trajo sillas y butacas, mi abuela ocupó la butaca verde que había sido reclinatorio y tantas cosas, Eugenia y Luisa estaban a sus lados, como asistentes honorarias, y en el gran espejo del armario se prolongó una multitud de mujeres arrodilladas, mujeres sentadas, cabezas con velo, cabezas blancas, el relámpago rojo del pelo de Luisa Lammenier y la calva entrecana del señor Juan, con pestorejo de agricultor, todavía.

Ajeno yo a los mecanismos del santo rosario, y ajeno a la situación por la duplicidad del espejo, que además me permitía verles a todos de espaldas, asistí a la devoción teatralizada de las de Caravaggio, que habían bajado el medio velito de sus sombreros sobre la picardía del rimmel y la pestaña. Primer misterio, dijo la abuela, y hubo un general santiguamiento que agravaba otra vez la tarde y el color del cielo.

Como todo rito, aquello del rosario llegó a crear un segundo clima, una nueva tensión, ido el muerto, y el adunamiento de gentes en mi cuarto, que era ya el gráfico mismo de la soledad, más los olores, que me han turbado o atormentado siempre como los velos inexplicables y flotantes de la existencia, todo esto, digo, llegó a crearme una nueva situación de premuerto, o de muerto que asistía al rosario por su propio cadáver. La abuela me había puesto un crucifijo de plata y nácar entre las manos, y sólo Luisa Lammenier, virgen y loca sexual, me sonreía entre lágrimas, advirtiéndome lo mal que sostenía yo el enser sagrado. Los muertos de verdad lo sostienen mucho mejor.

La habitación llegó a tener una densidad de alientos y orapronobis que me ahogaba realmente, que acortaba mi respiración, porque todo lo que va en bien del alma, suele ir en contra del cuerpo. Y esto es más verdad que formulado a la inversa.

Sin duda, doña Hungría del Pazo estaría celebrando en el comedor de su

casa un rosario semejante (las mujeres no iban a los entierros), rosario presidido por una foto del muerto, imagino. Esto le habría dado, de paso, la ocasión de sentirse, al fin, zarina de la muerte, señora del barrio, dama entre la plebeyez del vecindario.

Las de Caravaggio (tres generaciones de mujeres igual ataviadas, igual pintadas, igual tocadas) me observaban entre suspiro y suspiro, calibrando quizá las posibilidades que tenía Betsabé de quedarse viuda y virgen, aunque Betsabé y yo nos habíamos distanciado bastante, salvo sus visitas y clases de inglés. Unas miradas me calculaban para la vida y otras para la muerte. En todo caso, yo era el protagonista de aquel rosario fúnebre, no sabía si como vivo o como muerto, y luché con la ironía contra el miedo, y con el miedo contra la risa, y finalmente me sentía muy cansado, fatigado, y todo el mundo se daba cuenta de eso, excepto mi abuela, que tenía la fijeza estática y extática de los santos, los místicos, los puros y otras almas crueles.

Nunca un rosario había durado tanto, más la inagotable letanía, donde la fe se hacía ya hipnótica. Pero al fin la abuela vino hacia mí, sin apoyarse en nadie, me dio un beso en la frente y me apretó las manos en torno del crucifijo. Salió apoyada en criadas y parientes, llevada por todos, como una momia diligente. Luisa y Eugenia se despidieron besándome en las mejillas. Las gentes me sonreían pálidamente, de lejos, y las de Caravaggio me bendijeron a distancia, una por una, con ademán papal, juntando dos dedos dentro de sus guantes blancos o negros, de ganchillo.

Solo, entrada la tarde en negros, el olor a velas, a presencia, a ausencia, a gente, a rezo, a devoción y amistad, a vecindario y mujerío, me confinaba, y llegué a angustiarme como condenado a estar en aquella cama toda la vida, ni vivo ni muerto. Había que hacer algo. Pero me dormí así, agotado, sobre la cama, hasta despertar a oscuras, enfriado de nuevo. En el alero de Manrique del Pazo (y ya no había Manrique del Pazo), el gato y la urraca seguían su fiesta de devoración o fornicación. Era una heráldica de plebeyez para la distinción fúnebre de doña Hungría.

LA muerta en el retrato, en un rayo de luna horizontal, con sus ojos exteriores y su sonrisa helada por el olvido, la alcoba italiana, más adentro, como una tumba abandonada en la que hubieran crecido muchas flores, el olor genciana, la luz genciana, la noche que se hacía genciana en aquel lecho, en aquellas paredes, en aquel armario de la tía Algadefina, abierto, inútilmente disponible, con sus vestidos y sus perchas, un fantasma en cada percha, un verano en cada vestido.

Irritado y amedrentado por el clima de velas, rezos, gente, lamparillas, que habían dejado en mi cuarto el entierro y el rosario, me levanté una vez más a media noche, como tantas veces, y el fabulario del tejado, el gato y la urraca, en su ordalía caníbal o sexual, se oían de otra forma desde allí, desde el interior de la alcoba italiana de la tía Algadefina, como cuando cambiamos de sitio en el concierto (lo hacíamos a veces con mamá), porque hay una corriente de aire, porque no se oye bien, porque el señor de al lado se ha dormido y ronca. Descubrimos entonces, por azar, que Bach suena de otra manera en esa esquina del teatro, que estamos oyendo otro concierto, que cada oyente tiene su propio concierto, no por su propia percepción (que esto es obvio), sino por su ubicación. Bach no suena lo mismo en la platea que en la cúpula del teatro. Y un Bach no es más válido que otro: son distintos, son múltiples, son maleables, como es siempre el genio.

El genio y la vida.

Los gritos del gato y la urraca, desde el interior de la alcoba italiana, alcoba/tumba, alcoba/cenotafio, alcoba/yoquesé, se oían como estilizados, lejanos, mejorados, como los gritos y susurros de una tragedia en un bosque, entre lo dramático y lo filarmónico, pero sin llegar nunca a lo sangriento. De modo que estuve tendido en el lecho y llegué a mayores audacias, abrí la cama y me metí en ella, deslicé mi cuerpo desnudo (otro enfriamiento, otro agravamiento, otra bronquitis, cuando menos), entre las sábanas heladas de la muerte, de la muerta, como enfundando una espada en el agua helada de un lago romántico. El solo hecho de estar desnudo allí, entre las sábanas ilesas de la muerta, salvado de la acumulación de muerte y devoción de mi cuarto (qué remoto, al otro lado del pasillo), me produjo una erección desconocida, una erección fría, pienso ahora, una erección como nunca la había tenido, aunque en ningún momento soñé profanar el lino de la difunta con mi falo, como en el lecho de la infancia, bajo la apoteosis pintada, amenazadora y mediocre de las ánimas del Purgatorio.

De invisibles baúles subía la fragancia necrosada del pasado, de fracasados espejos me venía la luna horizontal en vaga ballestería inmóvil, y las flores de la

pared y de la almohada, los dibujos del techo, la humedad cementerial de la alcoba, me tuvieron inmóvil mucho tiempo. La experiencia del sótano y el patio de la tortuga había sido una experiencia de la muerte frustrada por intelectual o lírica. Por deliberada.

La experiencia del entierro de Manrique del Pazo, con el rosario subsiguiente, había sido algo bastante aproximado a lo de aquel emperador que asistió a sus propios funerales, pero primero me distanció la ironía y luego el cansancio, el estragamiento, el exceso.

Ahora me encontraba viviendo una tercera experiencia que en absoluto había premeditado. Sólo quería dormir a gusto, sin olor a funeral, y toda una época, «mariposa en cenizas desatada», lucía en la tiniebla, ante mis ojos abiertos, como traducción a perfume de los recuerdos imposibles, las pesquisas y los amores de la tía Algadefina, por la tía Algadefina. Nostalgia aguda, infinita, de aquella época en que yo aún no había nacido, de la muchacha que aún no era mi tía, la tía Algadefina, sino que en aquella alcoba italiana desnudaba su cuerpo delgado, encuadrado en espejos, blanco de virginidad, virginal como la idea de la rosa que tiene el jardinero antes de que le nazca.

Llegaron a marearme y exaltarme los perfumes inaprehensibles de la alcoba como una droga violenta. Su cuerpo en combinación, sobre las puntas de los pies descalzos, eligiendo un vestido, un color, una seda dentro de aquel armario que era el repertorio de su vida y sus veranos.

Sábanas frescas, sutilísimas holandas donde ella había dormido desnuda alguna noche, por el calor o el urgente e inexplicable deseo nocturno, ofrecida a la noche, ignorada de días y cadetes, como cuando yo desnudaba los pechos pequeños de Betsabé Caravaggio, contra el frío del invierno y las alturas de la Catedral, sólo por enfrentar la hermosura gratuita, pura y suntuosa de la mujer, a la utilidad de los tiempos, al cierzo de lo necesario. Una mujer desnuda para nada es lo único que detiene el tiempo y lo desautoriza.

El gato y la urraca debían dormir al calor de una tronera, o quizá se habían caído desde el alto tejado y eran dos cadáveres viles aún no mirados por el alba.

El silencio del mundo era un dato indudable de que no había mundo, y me amortajé de frío y pureza, de perfume y deseo, de insomnio y muerte, en la alcoba italiana de la tía Algadefina, con la que ya estaba todo consumado y roto, pues que ella acudió una noche a mi cama para tenderse sobre mí y hacerme el amor, verdad

que destrozaría luego la criada con la evidencia de las medias desgarradas por la entrepierna sutilizada en hoja de morera, como lo evidente destroza siempre lo verdadero, y es su enemigo, su opuesto. Qué hacía yo allí.

Aquella erección invencible, después de consumada nuestra noche sexual en el ya remoto verano, no era sino una cosa estatuaría que monumentalizaba mi deseo por la muerta, mi gloria incestuosa y necrófila.

Intocadas desde que se llevaron el cadáver, hacía tantos años, aquellas sábanas habían tenido la forma de su cuerpo, se habían modelado en un escorzo, en una postura, habían sido el fantasma cálido de una mujer joven y enferma. Había como manzanas de luna perfumando la ausencia de la tía Algadefina, y un misterio de armarios y arcones que era el misterio pueril de las jovencitas de su época y de todas las épocas.

Pero hacía mucho tiempo —desde que me empezaran las décimas— que no disfrutaba yo una inmersión tan pura y lozana en la nada de una mujer, máxime cuando mi madre estaba lejos, retenida por altos sanatorios.

Con la primera sombra fucsia del día me quedé dormido y rendido, pensando que el ver un nuevo sol me distanciaba siglos del día anterior, de la muerte de Manrique del Pazo. Y era yo, en sueños, tan sólo una erección inmensa, rosa y sin deseo.

EL culo de Betsabé era el mapamundi con sus dos hemisferios, un viaje completo por los países que sólo existen en el mapa, la adaptación graciosa y casi monstruosa de dos circunferencias, una fantasía entre copernicana y de agencia de viajes.

El culo de Betsabé era el Sol y la Luna en movimiento, una nalga siempre con más luz que la otra, o a la inversa, porque el Sol siempre da de un lado. En sus glúteos había países celulíticos, provincias solitarias, inmensidades que se curvaban perezosamente hacia otras inmensidades.

El culo de Betsabé, como toda ella, lindaba más con la geografía que con la pornografía.

Era un culo por el que se podía viajar interminablemente hacia el deslizamiento de las ligas flordelisadas o hacia la curvatura poderosa, lenta y firme de la cintura. Era una travesía y un oasis al mismo tiempo. Era una extensión rosa que agotaba lo rosa y se perdía en regiones pálidas, blancas, remotas, donde quizás había pueblos de niñas —todas con cara de Betsabé— jugando a la comba, ignorantes de que su planeta era un culo.

—La doble o, en inglés, siempre se pronuncia u. Por ejemplo, Hollywood.

El culo de Betsabé era la aseveración sólida y suave de la existencia, la cimentación de una familia, la geometría sublimada ya en astronomía.

Los muslos de Betsabé eran dos mares combados hacia su revés, dos templos de una sola e inmensa columna cada uno, dos basaltos de fina carne de mujer, donde el rigor de la circunferencia se asombraba de sí mismo y abarcaba un poco más de lo que abarca la circunferencia, sin perder redondez, ganando siempre tiempo al tiempo y espacio a los ojos.

Los muslos de Betsabé eran dos penínsulas, dos Atlántidas emergidas de la mar de gasa de sus medias, del acantilado corintio de sus ligas flordelisadas, dos pagodas rebosantes de cielo, dos cielos combados y rimados, desconcertando el universo, anulando toda relatividad, cegando con la luz de la carne la sombra del pensamiento.

—La doble e, en inglés, siempre se pronuncia i.

—Por ejemplo.

—Por ejemplo...

Betsabé no tenía ejemplos para la doble e.

Yo tampoco.

Los muslos de Betsabé, como dos mañanas que hubieran amanecido el mismo día, como un día con dos amaneceres rosáceos y firmes, se resolvían en el interior de las medias de gasa humo, sin apreturas ni rodetes, sencillamente, con la misma sencillez que el mar se resuelve en un estuario o el desierto en un camello. Los muslos de Betsabé eran dos mares en pie, avanzando rítmicamente, uno primero y otro después, como dos motivos wagnerianos llevados con seguridad y potencia por el director de orquesta. Los muslos de Betsabé eran así.

—Me parece que me acuerdo de un ejemplo para la doble e.

—Qué despejado eres, Francesillo.

—Caffee, que se pronuncia cofi.

—Cuánto sabes, Francesillo.

—O sea, puré caffee, que se pronuncia piur cofi y significa, más o menos, café solo.

—Quiero casarme contigo, Francesillo.

El vientre de Betsabé Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, era una elipse inmensa, segura y blanca, que iba de cadera a cadera, como un pez pálido y grandioso que temblase entre las dos aguas profundas de ese cielo sin luz que está por encima de la luz.

El vientre de Betsabé Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, era una elipse (no puedo ni quiero renunciar a esta figura) abultada como un pez que tuviera un único ojo (el ombligo) en mitad del vientre.

El vientre de Betsabé palpitaba como un niño de oro, como un pez de plata, como una mujer dormida, como un agua rebosante y enlunada, como un lago envenenado de noche y blancura, como un animal tranquilo, dulce, digestivo y sin rostro. El vientre de Betsabé olía a cordero ingenuo.

—La doble o, en inglés, siempre se pronuncia u.

—Eso ya lo hemos dado, Betsabé.

Betsabé Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, había sido para mí una confusión de mujer y viaje, un sueño adolescente.

La mujer y el viaje van muy unidos en la imaginación infantil del hombre, de la humanidad, pues la imaginación es lo más infantil que tenemos, lo infantil para siempre. Betsabé era la mujer/viaje por la que yo, en una época virgen anterior a los billares y a la desnudez de sus pechos ilesos en la salazón teológica de la Catedral, el mercado y la noche, había pensado redimirme de la vida sedentaria y funcionaría que me esperaba.

Soñaba, como tantos hombres de destino corto, reunirlo todo en uno: mujer y viaje, destino y hogar, amor y geografía. Por estas cosas se casa la mayoría de la gente. Luego, Estrella (aparte meretrices de sábado, francesas de verano y niñas bien fugaces) se había constituido en la anti/Betsabé, en la muchacha obrera, sencilla, delgada, humilde, que me ofrecía una felicidad escueta, sin la retórica de la gordura. Yo había ido escapando de una en otra, pero la postal de Estrella estaba enterrada en el tomo de Derecho Romano desde las Navidades, y Betsabé seguía viniendo algunas tardes para darme oralmente la clase de inglés.

Yo nunca le había visto a Betsabé el culo, ni los muslos, ni el vientre, y por eso ahora puedo describirla desnuda con toda precisión. Sólo le había visto un poco las ligas, cuando niños, en el columpio, y más tarde los pechos de Ofelia en su cuerpo de Otelo.

Sin más ejemplos que poner, volados los idiomas, es cuando empezamos a hablar de verdad, como siempre que se queda uno sin palabras.

—Yo no puedo seguir mintiéndote, Francesillo.

—Te advierto que no voy a poder soportar la historia de un novio sin hemoptisis, y con las oposiciones aprobadas, que te ha hablado ya de matrimonio. Lo encontraré sensato, pero aburrido.

—No es eso, Francesillo. Es que en mi casa mienten, mi familia miente.

—Ya sé que estáis en la ruina, como nosotros.

—Y eso qué importa. Mienten sobre mí.

—Yo sé de ti más que tu madre, tus tías y tus abuelas.

—No es verdad que aún no haya menstruado. Llevo cuatro años menstruando.

—Yo calculaba tres.

—Eres cruel conmigo, Francesillo, pero no soporto más esta farsa. Cada mes, cuando tengo la menstruación, mares y mares de sangre, veo mi mentira roja y estúpida, me siento muy culpable por estarte engañando, por estaros engañando. Quieren que te cases con una niña.

—Nuestras familias se han mentido recíprocamente toda la vida. La verdadera amistad es así.

—Ya sé que eres un poco cínico, pero yo te quiero.

—Y yo te agradezco esta confesión, Betsabé, pero me lo suponía.

—Es como si no fuera virgen y te lo ocultase. Me parece que, cada mes, llevo un niño muerto en el vientre y lo tiro por el retrete, para que no te enteres.

—De todos modos, te agradezco que sigas siendo virgen.

Abril era un desgajadero de luces frías en el cielo del mirador. La habitación en penumbra era una capilla de olores y silencios. Betsabé estaba sentada en la butaca verde, al lado de mi cama, con las manos y los cuadernos en el regazo. Yo, incorporado a medias en la cama, con la espalda contra las almohadas y la rejería de la cabecera, como siempre, miré la cara de la muchacha y la cara del Niño Jesús de Praga, en la estantería, que Eugenia Primo había dejado visible y desempolvada. Busqué un parecido entre ambos rostros, por jugar cansadamente a una profanación. La verdad es que no se parecían nada.

—Ahora mismo estoy con la menstruación. He empezado hoy.

—Mares y mares de sangre.

—No te burles.

—Tú lo has dicho.

—Sólo he manchado un poco la braga. Es la primera señal.

—¿Es un crimen?

—Es un hijo. El hijo que no tendré nunca.

Y se echó a llorar.

—Mujer, no ibas a tener un hijo todos los meses.

—Pero tú no quieres casarte conmigo.

—Yo me voy a morir en seguida y no quiero dejar huérfanos. Te agradecí que no vinieras al entierro de Manrique del Pazo. Fue macabro. Parecía que me estaban enterrando a mí.

—No digas eso.

—Cuéntame, por lo menos, tus menstruaciones, todos los meses.

—Si lo dices así, me da vergüenza.

—Estás en la edad y además eres una niña precoz, tienes un cuerpo de mujer. Era natural. No me sorprende nada. Y hasta me gusta. Me gusta mucho.

Pensé en mi mota/nota/gota de sangre de los pulmones. Pensé en los mares de sangre del sexo de Betsabé. Lo mío era la sangre de la muerte. «La menstruación de la muerte», tengo anotado en mis borradores silvestres, haciendo una imagen desastrosa, intolerable y guarra.

Lo de Betsabé era la sangre de la vida. Aquel cuerpo geográfico, global, total, aquellos muslos en que la juventud aún salvaba sus líneas, abiertos para dejar paso al ladrido alegre, lozano y profundo de lo rojo. Mares y mares de sangre, paños higiénicos colgados por toda la casa, en la cocina, por encima de la mesa del comedor, en el despacho no usado de los abuelos, padres, tíos, maridos de la familia, todos muertos, todos a punto de la notabilidad, todos mediocres. Una vez, de niños casi, todavía, Betsabé me había llevado de la mano hasta aquel despacho.

Íbamos de puntillas y la niña me recomendaba silencio y secreto con un

dedo convencional en los labios. Abrió la puerta del despacho y vi aquella biblioteca, aquella mesa, aquellos tresillos, aquellos artesonados, todo atravesado de un velamen blanco, de unas colgaduras breves, que iban, en un bramante, del brazo de una estatua al esquinazo o perinola de un aparador. ¿Eran ya los paños higiénicos de Betsabé, o los de alguna otra mujer de la familia?

La niña había descubierto —y me descubría a mí— el secreto sangriento y puntual de la feminidad, pero entonces no supe valorar aquello, o tuve un rechazo subconsciente de tal revelación. Las mujeres, que sangran como yeguas paridoras, quizá reciben la verga del caballo en su entraña fuerte y sufrida. Betsabé respondía casi demasiado exactamente a la imagen de la mujer que sólo puede ser poseída de modo satisfactorio por un caballo. Mares y mares de sangre, la idea del hijo, de los hijos, soluble en tanta sangre, las esclusas de la vida abiertas de par en par, esperándome a mí, débil, enfermo, cansado, lleno de flojas fantasías sexuales (la tía Algadefina, el ánima del Purgatorio) que me agotaban.

Mi pobre sangre escasa, que se me iba en esputos de niño tísico, tenía que fecundar aquellas landas brillantes de sangre de mujer. De la impotencia me nació la crueldad, el sadismo, lo que fuese, como siempre:

—Te vas a quitar la braga y me la vas a dejar aquí, como recuerdo de tu primera menstruación.

—Francesillo.

—Hazlo, anda.

—Ya te he dicho que no es la primera.

—Para mí lo es, puesto que no me lo has contado hasta ahora.

—Perdóname. Tenía miedo de perderte. Y miedo a mi familia. Perdóname.

—Quiero tu braga un poco manchada, como me has dicho.

Quizá la niña, aquella vez que me llevó al despacho sombrío, asordado de polvo y cadáveres, a ver las grímpolas y gallardetes de los paños higiénicos (que yo conocía por las mujeres de mi casa, la familia y las criadas), quiso revelarme sin palabras el secreto que la enorgullecía y que no quiso esconder ante mí: su primera menstruación.

La niña se me sentía destinada por aquello.

—Pero prométeme que no miras.

—No miro.

Volvió de espaldas la butaca, como Luisa Lammenier, aquella vez, para darse talco en la entrepierna. De nuevo el contrarrespaldo de saco, polvo y telarañas. ¿Es que todas las mujeres hacen siempre lo mismo?

Pero en esta ocasión no vi nada. El espejo no recogía apenas su sombra y además estaba ya demasiado oscuro. Betsabé, sin duda, se estaba quitando la braga, con una sumisión que me sorprendió a mí mismo y me llenó de excitación y fuego:

—Toma.

Había girado con la butaca. Estaba recatada y normal. Me alargaba una prenda en la casi oscuridad. La gran braga de Betsabé hacía aguas, brillos, tenía mucha puntilla, mucha pasamanería, algunos lacitos. En la entrepierna, una huella oscura.

—Veo que también llevas la braga flordelisada.

La primera mancha de sangre era una olorosa flor de lis en la braga de Betsabé.

—No te burles —dijo.

Mujeres que vivían de esconder la sangre menstrual, como los primitivos y los faraones. ¿Me la devuelves? No puedo volver a casa así. Sí, vas a salir a la calle sin braga, vas a cruzar así la ciudad, desnuda por dentro. Ya te he dicho que la braga me la quedo. Lloró blandamente en la oscuridad. Me enardecía la idea de imaginar a Betsabé cruzando sin braga la ciudad, con toda aquella carne suelta, bajo la falda y la combinación, acariciada por la brisa fina de la noche de abril, que le refrescaría el sexo.

Se fue en silencio, dejándome un beso húmedo en la frente. Nunca tanto volumen había desplazado mayor sigilo. Solo con la braga, repetitivo, recordando las medias plata de la tía Algadefina, con las que me había masturbado como en una penetración incestuosa y necrofílica, tuve cansancio de mí, me acerqué al

mirador, envuelto en la bata, y dejé caer la braga en el negror vertical de la noche. Imaginaba muy claramente a Betsabé cruzando las calles y las plazas sin otra lencería que abril entre sus muslos. La doble o, en inglés, siempre se pronuncia u. Por ejemplo, Hollywood.

SANTA Teresa (tan cerca de su Rondilla y sus teresianas) se entregaba al dulce suplicio del querubín, a la pena penetrativa, al punzón de oro y sombra que entraba y salía, en el fondo del ropero de sombra y aguardiente. Los indios de Orissa encajaban penes de piedra entre los muslos firmes y erosionados de las sacerdotisas, las cortesanas sagradas y funerarias de Alejandría alzaban su clámide hasta el vientre para dejar visible el sexo, en aquella profundidad roja del aguardiente, las ménades bailaban en orgía con personajes itifálicos macedonios, y sus volúmenes corporales eran globos de blancura en lo negro, había bubúes de pechos en punta, vientres enormes y éxtasis sonriente, que se enfrentaban a los inmensos falos de hueso sacerdotal, la calavera de los teatros besaba a una mujer corpulenta y desnuda al borde de un baúl abierto como una tumba, los soldados lansquenets buscaban con mano letal el sexo de las jovencitas, un hombre y una mujer hacían el amor de pie, y ella alzaba su pierna izquierda al máximo, hasta casi tocar con la rodilla el pecho de él, para facilitar así una penetración placentera y cruel, en el rincón de un templo hindú, el asno de Titania, el asno de oro cuyo Apuleyo era yo, la bestia entre equina y unicornal, fornicaba con insistencia y fatiga, con vigor y dominio, a la muchacha de pelo de estopa, cuerpo crujiente y ojos asombrados. Todo ocurría en el interior profundo de la bodega de sombra y aguardiente o, quizás, incluso, en el interior de la botella de aguardiente de guindas, y las guindas eran senos ligeros, alegres y rosados en el clima vináceo del ropero.

Por fin, la acometida caballar, la mujer acogiendo aquella penetración reiterada, bestial y estéril. Las láminas más escondidas de la casa, aquellas en que las mujeres de la familia habían entrevisto un día la verdad del sexo o la mentira de la cultura, tenían la vida gesticulante de una luz de vela para el niño tuberculoso de veinte años que había probado (y no sólo probado) el aguardiente prohibido de la abuela patriarca. Titania/Algadefina/Colombina recibía toda la plenitud del macho bajo su faldamenta pueril de un percal de otra época, de una época de percal.

La bestia latiente y embistiente era yo.

Orgía triste de aguardiente, láminas secretas, guindas rancias y sexo loco, contra el serrín y la cretona de una Colombine retirada ya del mobiliario. Mi pene penetrativo dejó como la huella de un sexo donde no lo había, y la humedad del semen, el arrugamiento desgraciado de la falda, el descoyuntamiento de las piernas, no fingían ninguna vida en la Colombine de ojos espantados, banales y todavía graciosos en su reojo, a la luz de aquella vela que lo entristecía todo.

Has vuelto a masturbarte contra cualquier cosa, imbécil, me dije. Sentado en un baúl de pelo de camello, o de becerro, o de lo que fuese, pelo en todo caso tiñoso y raído, reposé mi esfuerzo viril, soplé la vela, y las alegorías espontáneas del humo fueron como las formas en huidas de sacerdotisas hindúes, teresianas extáticas, cortesanas funerarias de Alejandría, ménades de contraluz, bubúes de sombra y señoritas bien de la ciudad, que arrojaban su culo en polisones.

En el ropero de sombra y aguardiente no había día ni noche. Reinaba una noche/día que era la luz de otro ropero inmediato, menos misterioso, al que ya he aludido, y que seguramente tenía una ventana a un patio. Ambos roperos, ya lo he contado, estaban separados o unidos por una ventana, en cuyo quicio lucía siempre la botella de aguardiente de guindas, no sé si renovada por la abuela o las criadas. En todo caso, eternizada. Pero ahora la botella estaba en el suelo, entre mis pies. Más que botella, era frasca.

Yo mismo me olía a vino y me dio una risa ni siquiera triste aquella orgía de aguardiente casero, láminas pornoculturales, Colombine de serrín violada y guindas mustias, como mejillas de mujer madura y bella, amortajadas en aquel alcohol, pequeñas momias de guinda, cuyas semillas había escupido yo por el suelo inencontrable del ropero, cuando la consigna familiar de los buenos tiempos era: «De la frasca un solo trago, de las guindas, una sola, y la semilla en la mano». Quizá lo que ocurre, me dije, es que uno se va quedando cada vez más solo, que Alejandrito está muy malo, o se ha muerto ya, que Luisa Lammenier y Eugenia Primo van a tardar mucho en volver, porque las asusta lo que puede pasar o porque temen contagiarse. Que la abuela quizá no va a bajar nunca más, como no sea en el ataúd, que el doctor Arapiles se ha cansado de mi enfermedad, como los médicos se cansan siempre de las enfermedades largas, que Federico e Isidorito cada vez vienen menos, y tampoco tengo ganas de que vengan, que Betsabé Caravaggio lleva cuatro años menstruando y no es la mujer/viaje, sino la probable madre gorda de diez niños o de mil niños, de todos los niños que se pueden empanadillar con tanta sangre menstrual. Además, la he humillado mucho el último día, también teme al contagio y no me ve claro como marido.

O sea que el enfermo se va quedando solo, siempre se va quedando solo, porque hay que estar muerto o vivo, pero no se puede instalar uno en la raya entre la vida y la muerte (tan confortable, por otra parte: si ellos supieran), pues la gente se cansa.

Me puse en pie. Estaba completamente mareado. Me había emborrachado como siempre que le dejan a uno solo. Claro que yo llevaba un año solo, pero muy

acompañado de mis sueños. Nunca se sabe si uno se emborracha porque está solo o ha querido que le dejen solo para emborracharse: de victoria, de fracaso, de miedo, de muerte, de gloria, de poder, de vanidad, de sexo, de amor, incluso de aguardiente de guindas. Ordené algo por allí, casi a oscuras. Mi orden se limitó a revolver un poco el desorden. Ni siquiera miré a la Colombine que me había convertido en la bestia shakespeariana, que me había experimentado, al fin, como falo de caballo. Como tía Algadefina prefinal (y de serrín). Me organicé un poco la bata y el pelo. Salí al pasillo central de la casa y por algunas puertas abiertas vi la luz del anochecer en los velados balcones. Llegué en silencio, mareado, pero firme, hasta mi cuarto. Giré el pomo con alivio.

Allí, en la capilla de farmacopeas y olores, de reflejos y recuerdos, a contraluz del mirador sombrío, apagado, como puntiagudo, estaba doña Hungría del Pazo, sentada en la butaca verde/huida, como un espantajo de velos estirados y crespones en pico.

Esperándome.

MAMÁ: parece que lo mío (lo nuestro) es crónico, que hay que andar con ello por la calle, ir tirando como se pueda y a ver qué pasa. Yo ya he decidido echarme a la calle, porque la verdad es que me encuentro mejor, sin fiebre la mayor parte de los días, y espero que tú también estés mejor, como me decías en la última. Durante este tiempo (va a hacer un año que estoy en la cama) me he acordado de ti más que nunca, he pensado mucho en ti, porque he tenido tiempo de sobra, e incluso he buscado por los roperos y baúles cosas tuyas, fotos y vestidos de cuando salías con los cadetes, cosas que tú me has contado, para tenerte más presente, ya que estás tan lejos. Hasta he probado (sin pasarme) el aguardiente de guindas del ropero grande, que sé que tanto os gustaba a ti y a las tías, precisamente porque no os dejaban probarlo. La abuela, como la pobre ya no es lo que era, ni se ha enterado. Alguna vez baja a verme. Yo no subo nunca, por las escaleras. Ya ves que me cuido. Por aquí han venido a verme alguna vez, como me parece que ya te he contado, Luisa Lammenier y Eugenia Primo, tan cariñosas las dos y que tanto rezan por ti (y por mí). También han venido mis amigos, Alejandrito, Federico Lasalle, Isidorito Latarce, ya sabes. Alejandrito me parece que está muy malo. Bueno, no quiero hablar de muertos. Isidorito cada día cita más libros en francés, y Federico Lasalle es un cursi, mamá, no sé cómo puedes decir que es un chico fino, educado y culto. Le odio. Me parece que, ahora que vuelvo a la calle, no voy a ser amigo de él. Un día vino un cadete preguntando por no sé quién. Algún novio que teníais de jóvenes, que debíais ser todas unas locas. Claro que era un cadete viejo. A lo mejor era ya general, no me fijé mucho. Se fue en su caballo sin enterarse de nada. No sé si esto te lo había contado, pero como esta carta es una especie de resumen, ya que he decidido echarme a la calle (el doctor Arapiles así lo aconseja), tengo que contarte un poco de todo.

También ha venido por aquí Betsabé, de las de Caravaggio, a darme clases de inglés. Pero está muy gorda y es boba, o sea que no me voy a casar con ella. Te comunico esta resolución porque sé que te gustará. Además, tengo un secreto espantoso que decirte: las de Caravaggio nos han mentido toda la vida: Betsabé lleva cuatro años menstruando. Y decían que era una niña.

Una vaca es lo que es.

Eso me parece a mí. Ahora, al principio, voy a hacer una vida tranquila, levantándome tarde, dando un paseo a mediodía, para tomar el aire, durmiendo la siesta y dando otro paseo por la tarde, por el Campo Grande o así, que el aire es más puro. Me iré con un libro al Campo Grande (como tantas veces he ido contigo) y me estaré sentado leyendo. Creo que es una buena convalecencia. Además, que ahora leo mucho de Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén y todos los poetas del 27

(ya sabes que se llaman así), y el Campo Grande me parece a mí que es un sitio muy adecuado para esas lecturas y para comprender a esos poetas. De momento no voy a estudiar nada, que eso me cansa más. La Ubalda y todas éstas me han atendido como han podido, las pobres, aunque ya sabes que son unas brujas. También he reflexionado sobre la cuestión social y algo me ha explicado Isidorito Latarce sobre el problema o «la dialéctica», como él dice, del señor y el siervo, que es una cosa que viene en Hegel, pero yo de Hegel sólo he leído, todavía, tratados de estética y así.

Lo que quiero, mamá, es que vuelvas muy pronto, que me escribas, y que si lees algún libro bonito, me lo mandes para leerlo yo también. Cuando estés aquí, podremos ir juntos al Campo Grande, como una pareja de novios, porque yo creo que en la cama he crecido. Tú siempre lo decías, que la cama hace crecer.

Con todo mi amor.

Sólo escribiendo las cosas se entera uno de lo que piensa sobre ellas. En esta carta a mi madre, anunciándole mi vuelta a la calle, en precario, pero esperanzado, comprendí, mientras la redactaba, que lo de la tía Algadefina no había sido sino una coartada inconsciente para desear abiertamente a mamá, para liberar mi amor por ella. Lo que me deslumbró, el primer día que reparé en el retrato de la tía Algadefina, fue el parecido con mi madre y, sobre todo, la posibilidad de desear, adorar sin culpa (o con una culpa atenuada, que me relacionaba más con el objeto pecaminoso de mi deseo) a mamá. Así, me había lanzado a la búsqueda loca, por toda la casa, de libros, retratos, láminas, vestidos, prendas interiores de la tía Algadefina, que era una manera venial de perseguir la intimidad adorada de mi madre cuando estaba tan lejos, otra vez tuberculosa en altísimos sanatorios, donde sus pulmones respiraban directamente el cielo.

Una mujer completamente ajena a la familia no me habría servido, porque no habría generado culpa vinculante. Luisa Lammenier y Eugenia Primo eran dobles de la personalidad —de las personalidades— de mamá, de modo que tampoco servían, por todo lo contrario. La tía Algadefina, muerta antes de nacer yo, bella y nunca vista, era el fantasma de mi madre, justamente.

Ahora no me interesa apenas el psicoanálisis, pero el psicoanálisis era y sigue siendo un descubrimiento de adolescencia (por lo que tiene de anovelamiento de la personalidad), y en estos términos rudamente psicoanalíticos encuentro explicados en mis «borradores silvestres» la aventura de aquel año, el amor por mi madre, la enfermedad, la reclusión y la locura sexual que me llevó a

violar muertas, ánimas del Purgatorio y Colombines de serrín.

La madre es todo, cuando falta la madre.

Mayo era un río verde y equivocado de cauce, atravesando caudaloso el cielo. Me bañé despacio, me afeité despacio, me vestí despacio, me miré la cara despacio, en el espejo, ya peinado, y sólo veía un hombre joven, alto, pálido, miope, rubio, con la expresión floja y crispada. Quizás un enfermo, quizás un rostro con ojeras, pero los datos objetivos (análisis, febrículas, etc.), se habían hecho invariantes.

Iba a echarme a la calle como a una liberación o a un suicidio, pero confiaba en que fuese una liberación, aunque también degustaba literariamente el improbable suicidio. Procuré no hacer grandes ruidos, no alborotar la casa, por evitar la ayuda y las atenciones de las criadas, que me habrían embarazado más que otra cosa, pero cuando ya estaba vestido con mi traje de entretiempos, perfumado con la colonia de mamá, afeitado y dispuesto, apareció la Inocencia, con unos protocolarios y rutinarios golpes de nudillos en la puerta de mi cuarto.

Comprendí que me había espiado todo el tiempo:

—Pero adónde va hecho un marqués el señorito.

—A la calle, ya lo ves.

—¿El doctor le ha dado la alta?

—Más o menos.

Inocencia evitaba siempre pronunciar el apellido Arapiles, porque no sabía.

—Se lo tengo dicho hace mucho, señorito, está usted hecho una rosa y tiene que salir y demostrarle al barrio que es un mozo, todo un hombre, ya.

El barrio, con sus marquesas y sus conventos, con sus canónigos y sus criadas, con sus militares y sus familias de clase media, era el mundo total y completo, el mapamundi en que Inocencia repartía la vanidad de mi familia o la mendacidad (su mendacidad) contra mi familia. Había que curarse, no por la salud, sino por el barrio.

Envié a Inocencia a comprarme betún para los zapatos (negros y

puntiagudos) a la ferretería de doña Hungría del Pazo, que, dado lo mal que iban los tornillos, se ayudaba con otros productos. Quizá, de paso, quería yo dejar constancia en doña Hungría (Inocencia iba a contarlo todo en la tienda, sin duda) de que me iba a la calle por mi pie, huyendo de su madrinazgo negro, pero, de inmediato, lo que quería era ahuyentar a la criada antes de que llamase a las otras y me montasen un coro griego en mi salida a lo Ulises.

De modo que me eché a la calle en seguida, sin esperar, naturalmente, a que volviera Inocencia con el betún. La primera imagen del aire libre, el primer abrazo del mundo, no fue una imagen de luz o color, sino de olor: el sentido que más se había agudizado (o abstenido) durante mi reclusión, era, no sé por qué, el olfato, de modo que, dotado de una pituitaria monstruosa, que recibía el aroma de lo más central de las acacias, de las mujeres y de los establecimientos, empecé a pasear entre globos de olor, entre órbitas de perfume, deslumbrado por dentro, mi cerebro, con aquella fiesta luminosa de las plurales fragancias del mundo.

Era como un miope del olfato con gafas de aumento. Me mareaba tanta dicha olfativa, la blanda agresión de un mundo que es todo perfume, y no lo sabemos o lo hemos olvidado. Procuré abandonar pronto el barrio, donde mi presencia podía ser más espectacular. Era la hora del mediodía, del almuerzo, y quizá por eso apenas me crucé con ningún vecino por la calle. Iba camino de Correos con la carta para mamá en el bolsillo de la chaqueta. Cuando los olores se fueron ordenando en mi cabeza, como ideas demasiado evidentes, o cuando mi cabeza se acostumbró al caos, empecé a ver mejor las calles, las plazas, las casas, las iglesias, las tiendas, y todo me parecía más pobre y caedizo que en mi estilización de recluso, pero también mucho más luminoso y entregado a la hoguera loca de mayo, de la que yo había tenido sólo un pálido reflejo en el mirador.

Había salido de casa con una última mirada al retrato de la tía Algadefina, que volvía a ser el retrato inexpresivo de toda la vida, la gran foto de una pariente perdida y desconocida. Me consideraba «curado» de aquello (tras la última reencarnación de tía Algadefina en serrín y cretona), mas para entrar en mayor mal: el reconocimiento explícito del amor por mi madre, que durante un año había vivido yo mediante el rodeo de la tía como imagen vicaria.

Pero era este mal, tan viejo y tan tópico, tan de moda y a trasmano al mismo tiempo, este edipismo, una dulce plenitud relajante, que es la que se experimenta cuando por fin se ha sacado al sol la cosa monstruosa que uno llevaba dentro, y que resulta no ser nada monstruosa ni despertar la curiosidad de nadie. La evidencia de este amor, que tan laberínticos rodeos había dado en mí antes de su

revelación total, me sostenía como una seguridad, una certidumbre, una verdad muy al fondo de mi yo (que nunca ha tenido mucho fondo), y era más fuerte que la enfermedad, la ansiedad literaria o el miedo a la muerte.

En Correos, el león de latón dorado llevaba muchos años haciendo la digestión de la correspondencia de la ciudad. Verifiqué el franqueo y la dirección. Aquella carta no podía perderse, porque a mí me parecía que había dicho muchas cosas en ella, aunque realmente no decía nada. Luego caminé hasta la Plaza Mayor y tomé el tranvía del Paseo de Zorrilla, con la intención de bajarme en el Campo Grande.

Ni siquiera había cogido un libro al salir de casa, pues era la ciudad completa lo que se me ofrecía en luminosa relectura, y comprendí (ahora venía la ofensiva de la luz) que la realidad no nos asalta en bloque, sino por sectores o compañías, como un ejército en una batalla, la caballería primero, la infantería después, y tras la invasión de los olores, se imponía la de los colores, o más bien la de la luz total que los secaba todos y me los acercaba demasiado al rostro, en un ramo. Será, sin duda, que nuestros sentidos seleccionan, que la sensibilidad es también un sistema defensivo y que, para salvarme de la locura, mi cabeza iba disponiendo el mundo en oleadas.

La velocidad del tranvía me devolvió en seguida a la memoria involuntaria del día en que, un año atrás, volvía de casa del doctor Arapiles en un taxi, para meterme en la cama indefinidamente. La velocidad torna gesticulantes las ciudades. Iba yo del lado de los edificios, y no del lado del parque, en el tranvía, y de pronto empecé a reconocer, a identificar el itinerario de la infancia, aquel camino que había hecho de la mano de Eugenia Primo. Talleres, herrerías, corralones, casas de vecinos, algún bar vagamente taurino (proximidades de la Plaza de Toros). Me bajé en una de las paradas del tranvía, sin saber por qué, seguro de que estaba en las inmediaciones del taller de coches de los hermanos Primo.

Había olvidado mi primer proyecto de viajar hasta el Campo Grande y sentarme allí para ver el parque a una nueva luz: la de mi resurrección y la de los poetas «puros» leídos en la cama. El cisne del lago, uno de aquellos cisnes de toda la vida, ya no iba a ser rubeniano ni verlainiano, sino «deidad de la corriente» guilleniana.

Ahora estaba ya muy por encima del Campo Grande, y me sentía suelto y seguro, quizá porque había traicionado en algo la carta a mamá, quizá porque

mamá era lo imposible de traicionar, ya, nunca. Algo definitivo, por fin, encontrado a los veintiún años.

Empezaban a edificar por aquella zona, nuevas viviendas y nuevas fábricas, de modo que temí que el taller de automóviles ya no existiese, pero he aquí que las grandes puertas de tablones blanquecinos, entornadas, pesadísimas, me dejaban pasar deslizante, y encontré aquel recinto de la infancia, un taller abandonado al sol del mediodía, cuando los operarios están almorzando. Caminé despacio, escuchando bajo mis zapatos (sin betún) el sonido de la grava y el pedregullo: ahora la audición se imponía a los otros sentidos, en mi progresiva y sectorial captación de la realidad. Había coches desguazados, despojos de latón, harapos industriales, había un cobertizo que era el de siempre, el viejo cobertizo de las herramientas, con un techo de cristales rotos y vigas viejas por donde el sol prendía alegremente la penumbra. Allí, me senté, en la sombra morada de mayo, sobre una pequeña fila de neumáticos, a contemplar el Ford T.

Porque el Ford T, el de siempre u otro, estaba en medio del patio, del corral, del garaje. Le faltaba una puerta, tenía otra abierta, una rueda era sólo el cubo, una ventanilla estaba tapada con un periódico.

Pasó el tiempo, no sé, o dejó de haber tiempo. No existía la tortilla francesa con azúcar, pero vivir sabía a tortilla francesa con azúcar. El Ford T estaba en alto, sobre cuatro tocones de madera (quizá fuesen travesaños o «durmientes» de la vía del tren). El Ford T tenía saltada la pintura negra en islitas, y por allí mostraba un feo latón. El Ford T era el siglo veinte, el cine de los domingos, mi siglo, mi infancia. Respiré el mundo profundamente, ahora con todos los sentidos a la vez. El latín es sagrado, el trigo es sagrado.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El*

Norte de Castilla promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico* (1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar* (1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País* (1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977), *Spleen de Madrid-2* (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de*

un hijo del siglo (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.